



# LEGALMENTE ENAMORADOS

PATTY LOVE

# Legalmente enamorados

Patty Love

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Legalmente enamorados

Patty Love©, septiembre 2018

Imagen de portada: FreePick

# 1

—¿Desde cuándo somos las hermanitas de la caridad?! —exclamó Lewis Maddox, mirando sin poder creérselo a Jack Lefkowitz, su amigo desde la universidad y socio en el bufete—. No pienso meter en el despacho a la hija de Albert Johnson por muy buen cliente que sea.

—No es solo un buen cliente, Lewis. Es nuestro mejor cliente y uno de los mejores amigos de mi padre, me lo ha pedido como un favor personal.

—Seguro que es una niña malcriada que no sabe hacer la *o* con un canuto —le repuso de malos modos—. ¿Qué será lo siguiente?! ¿Que le pidamos matrimonio?

Jack estalló en una carcajada

—Pues igual no nos vendría mal hacer un matrimonio de conveniencia. Estamos casi en números rojos y un acuerdo así con Albert Johnson podría salvarnos de la bancarrota. Además, no nos ha pedido que la contratemos, solo que la aceptemos en calidad de becaria. No nos va a costar ni una sola libra del bolsillo y tendremos una secretaria que hará todo el trabajo sucio del bufete. Qué más da que no sepa hacer la *o* con un canuto, con que sepa usar la fotocopidora nos es suficiente.

—Visto de ese modo.

—No hay otra forma de verlo. Una secretaria gratis. —Alzó las cejas.

—¿Pero por qué tiene que ser mi secretaria y no la tuya? —Lewis tomó un sorbo de café y le sonrió con seguridad a la camarera de la cafetería donde se encontraban desayunando. Esa chica nueva era una monada.

—Yo ya tengo a Miranda.

—Y yo a Carter, y con lo celoso que es de su trabajo va a pensarse que quiero reemplazarlo por esa niña de papá.

Jack levantó el brazo para llamar a la camarera, que recorrió la barra a toda prisa y fijó sus ojos de gata en el rostro de Lewis—. Me pone una berlina rellena de crema para llevar. —En cuanto la guapa camarera se retiró, Jack miró a Lewis—. La he llamado yo, ¿por qué te miraba a ti?

—Yo soy más guapo. —Lewis volvió a sonreír a la camarera, que no le

quitaba el ojo de encima mientras metía la berlina en una bolsa de papel—. ¿Vas a comerte eso? ¿Sabes las calorías que lleva? Es una bomba energética. —Lewis habló con desprecio.

Jack miró molesto a su amigo y negó con la cabeza.

—Es para Miranda.

Lewis suspiró teatralmente con los ojos en blanco y dijo:

—Entiendo.

—Si no le llevo azúcar me cuelga de los huevos —explicó.

—¿Desde cuándo tu secretaria tiene ese poder sobre ti? —se rio Lewis, sin apartar sus azules ojos de la camarera.

—Desde el primer día que la vi.

—Pues como siga comiendo berlinas, no vas a ver otra cosa que no sea ella.

—Ese comentario es cruel y lo sabes.

—Venga, va, Jack, no te me cabrees. Sabes que estoy de broma.

Su amigo cerró los ojos y suspiró hondo.

—Eres incorregible. Y volviendo al tema que nos ocupa. La hija de Albert Johnson se incorpora mañana. Así que ve haciéndote a la idea.

—Me hago a la idea, pero sigo sin entender por qué no puedes hacerte tú cargo de ella.

—Ya te lo he dicho, Miranda no se tomaría bien que pusiera otra mujer a mis órdenes.

Lewis entornó los ojos.

—Está bien, pero serás tú quien se lo diga a Carter.

—Trato hecho —respondió extendiendo la mano para cerrar el acuerdo.

—Y me deberás un favor —añadió, tomando la mano de su amigo y sacudiéndosela con brío.

—Ya te estás pasando. No te estoy pidiendo tanto y piénsalo bien, ahora tendrás dos asistentes por el precio de uno. ¿Qué más quieres, hombre?

—Que me toque la lotería.

—En eso no puedo ayudarte, pero estoy seguro de que esa chica no será tan inútil como piensas.

—Como bien dices, si sabe hacer fotocopias me daré por satisfecho. Aunque ya que está, tal vez podría hacerme algunos recados y traerme café al despacho... —hizo un alto reconsiderándolo— aunque, eso mejor no, me privaría de las bonitas vistas de esta cafetería. De nuevo concentró los ojos en la camarera, que en ese momento estaba atareada preparando unos pedidos

para unos escandalosos clientes. Como si notara los ojos de Lewis clavados en su perfil, volvió el rostro y esbozó una leve sonrisa.

—No te pases. Es la hija de Albert, no podemos esclavizarla.

—No he dicho que vaya a hacerlo, solo que ya que estará a mi entera disposición, me aprovecharé de la situación —afirmó apurando el café.

—Prométeme que la tratarás bien.

—Tienes mi palabra. —Jack entornó los ojos con desconfianza—. Si tanto te preocupa cómo la vaya a tratar, insisto que te hagas tú mismo cargo de la niña.

—De eso nada. Te toca a ti cargar con este marrón.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Seis meses como mucho, hasta que empiece el máster.

Lewis arqueó las cejas y consideró:

—Ah, entonces puede que no sea tan inútil después de todo. ¿Y qué estudia?

—Solo tú has dicho que lo sea. Por lo visto la chica es un cerebritito.

—¿Y si es un cerebritito por qué necesita que su padre la enchufe en nuestro bufete?

—Pues eso no te lo sé responder. Tendrás que preguntárselo tú mismo mañana.

—Estoy deseándolo —ironizó Lewis, levantando el dedo para llamar a la camarera, que de nuevo se acercó a los dos socios a toda velocidad—. Me da la cuenta y su teléfono.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó ella sorprendida.

—La cuenta, por favor —dijo Lewis, obviando esta vez la segunda parte de su petición. Si esa guapa camarera quería algo con él, acababa de perder la oportunidad. No le gustaban las mujeres que iban de mojigatas sin serlo.

—Menudo cabrón estás hecho. —Jack observó marcharse a la camarera por el rabillo del ojo—. No acabo de entender tu éxito con las mujeres.

—Les doy lo que quieren —aseguró malicioso.

—¿Las mujeres quieren que se las trate mal? —se burló su amigo.

—No exactamente —respondió—. Y dime, ¿cómo se llama esa chica?

—Heather.

—Así que Heather Johnson. Muy bien.

Jack se echó a reír, negando con la cabeza.

—Pensaba que te referías a la nueva camarera.

—No, me refiero a la niña que me has endosado los próximos meses.

—La hija de Albert Johnson se llama Genevieve, y no es ninguna niñaata.

¿Genevieve Johnson? Escuchar ese nombre de nuevo tras tantos años lo sacudió por dentro y Lewis se quedó pasmado de repente. Podría ser una mera casualidad y que la hija de Albert solo se llamara igual que la Gene con la que estuvo saliendo un par de meses en el verano del 2.008, pero algo en su cabeza le decía que esas probabilidades eran tan raras como que te tocara la lotería. Debía indagar un poco más para cerciorarse.

—¿Y qué edad tiene? —preguntó para acortar posibilidades.

Jack lo miró dándole un par de vueltas en la cabeza.

—Calculo que unos veinticinco —dijo al cabo de unos segundos.

Blanco y en botella. Era ella. Sin duda. Pues se iba a enterar. La idea de tener que lidiar cada día con una becaria no era santo de su devoción, pero que la becaria en cuestión fuera Genevieve Johnson cambiaba mucho las cosas. Podría ser incluso divertido. Lewis sonrió para sí mismo.

—¿Voy bien así? —Gene le preguntó a su amiga Sarah, plantándose ante ella con el atuendo que había elegido para su primer día en Lefkowitz y Maddox Asociados.

Su amiga la observó desde el sofá, dejando sobre la mesa el tazón de leche con cacao que estaba desayunando, y frunció la nariz.

—Podrías haberte maquillado un poco. Estás más blanca que Casper.

—Voy a trabajar, no a ligar —le repuso seria.

—Que vayas a trabajar no te impide ir guapa.

—Quiero parecer una mujer profesional.

—Eso lo tendrás que demostrar.

—Tengo mucho que demostrar —aseguró, abriendo el frigorífico para servirse un vaso de zumo de pomelo—. Deben pensar que soy un parásito.

—¡Venga ya!, ¡¿solo porque tu padre les pidió que te contrataran?! No eres ni serás la primera enchufada de la historia. El mundo laboral está minado de enchufes y las ayuditas siempre son buenas para empezar. ¿Cómo pretenden que tengamos experiencia si no nos contratan porque no la tenemos? ¡Es una incongruencia total! Además, eres una chica lista y estoy segura de que enseguida te harás de valer. Vas a sorprenderlos, ya verás.

—No tengo ni idea de leyes, no sé cómo a mi padre se le ocurrió la idea de meterme en un bufete —dijo Gene mordiéndose el labio con peligro de hacerse una herida mientras se servía el zumo.

—Ni falta que te hace, vas a ser secretaria. Así que, ánimo, mujer. Estoy

segura de que lo vas a hacer genial.

—Estoy muy nerviosa —dijo y se llevó a la boca el vaso de zumo con tal ansia que parte del contenido se le derramó encima de la blusa blanca, empapándole el cuello y las solapas. Cogió un trozo de rollo de cocina y trató de secarse el estropicio—. Lo que me faltaba. Ahora además apestaré a pomelo.

—Es normal que estés nerviosa, es tu primer día —apreció Janice entrando en la sala con un suéter negro ajustado y unos pitillos blancos que le quedaban de maravilla a sus finas formas— y vas vestida como para un entierro. ¿Por qué no te pones algo más cuco?

Gene consultó su reloj de pulsera y negó con la cabeza.

—No me da tiempo. Tengo que estar allí a las ocho y, si no salgo ya, perderé el autobús y llegaré tarde en mi primer día. Bonita presentación: tarde y con la blusa llena de manchurrónes de pomelo.

—Toma, ponte mi suéter —dijo Janice, quitándose el jersey que llevaba puesto y ofreciéndoselo con una sonrisa—, y píntate un poco con colorete al menos, parece que te han dado un susto.

—De acuerdo —aceptó Gene, empezando a desabrocharse la blusa mientras se dirigía a toda prisa hacia el baño para coger su pequeño neceser de básicos—. Aquí está —dijo al salir, agitándolo en el aire ante sus dos amigas—. Deseadme suerte, chicas.

—Mucha suerte, Genevieve —corearon ellas al unísono—. ¿No te olvidas de algo? —añadió Sarah tapándose la boca con la mano.

—¿El qué? —Las observó reírse a las dos desde la puerta.

Entre risas, Janice le lanzó desde el sofá a Gene el suéter.

—Porque me caes bien, si no te dejaba salir a la calle en sujetador —se burló.

Las carcajadas de sus amigas la persiguieron hasta que cerró la puerta. Cuando se dio la vuelta se encontró con los ojos abiertos de par en par de su vecino y casero, el señor MacDermot.

—Buenos días —lo saludó Gene con un aire muy formal mientras se embutía dentro de aquel jersey una talla más pequeña que la suya. Casi que hubiera sido mejor presentarse en el bufete con su blusa llena de manchas que con los pechos a punto de estallar en aquella minúscula prenda.

—Y tanto —respondió él, esbozando una sonrisilla maliciosa—. Estamos a primeros de mes y te recuerdo que aún no me habéis pagado el alquiler.

—Lo sé, señor MacDermot, y créame si le digo que lo siento. Mañana

mismo se lo ingresaremos en la cuenta.

—Eso espero, porque la cantidad es ridícula tratándose de Edimburgo y hay muchas jovencitas en la calle esperando que os eche a la calle para entrar.

—Lo sé y le agradezco mucho la generosidad que tiene con nosotras. De verdad, muchas gracias —aseguró Gene, notando que el hombre no despegaba los ojos de su delantera, ahora cubierta con el jersey de Janice. Era un viejo verde que se dedicaba a espiar a sus inquilinas a través de las ventanas del patio de luces—. Perdone, pero llevo un poco de prisa —dijo, apartándolo a un lado para salir escapando escaleras abajo.

Mientras bajaba los escalones de dos en dos se dijo que tenía que mandarle un mensaje a su padre y pedirle que le ingresara la asignación mensual. Aunque le había encontrado un trabajo, no cobraría hasta final de mes y eso era una gran contrariedad. Seguiría dependiendo de la gratitud paternal hasta el mes siguiente, y ¿cuánto iba a cobrar? Su padre no se lo había dicho, pero suponía que no mucho, pero al menos ese *no mucho* era mejor que nada y engrosaría su currículum, que se ceñía a un sinfín de cursos empresariales y ninguna experiencia laboral.

A pasos rápidos se dirigió hacia la parada del autobús, el bufete estaba en el distrito financiero y si no se daba prisa iba a llegar tarde.

## 2

Cuando vio el imponente edificio de diez alturas, donde se ubicaba el despacho de Lefkowitz y Maddox Asociados, el estómago le dio un vuelco y los nervios se instauraron con fuerza en su cuerpo, haciéndole temblar las manos y las piernas.

Recorrió la distancia que la separaba de la entrada principal, apostada entre dos columnas gigantes de estilo neoclásico, con pasos lentos, pero decididos, y entró en el edificio, no sin antes comprobar en el reflejo del cristal de la puerta su aspecto. Aquel jersey le había colocado la delantera como dos balones medicinales apuntando al cielo, pero ya no había marcha atrás. Fue hasta el ascensor y pulsó pensando en los pros y contras de trabajar en ese lugar y en lo poco que le gustaba que su padre hubiera utilizado su amistad con Jack Lefkowitz y su relación laboral con el bufete para enchufarla. Era algo que siempre había criticado, pensando que los enchufes solo provocaban que personas mejor cualificadas no encontraran el trabajo para el que se habían estado preparando durante mucho tiempo.

El ascensor hizo una parada en el quinto piso, y dos mujeres entraron. La miraron de arriba abajo y eso incomodó a Gene que, intentando disimular que aquella situación le había robado la poca templanza que le quedaba, se recolocó la ropa y eliminó dos falsas pelusas del jersey.

La señal sonora del ascensor avisó a las tres mujeres de que habían llegado a la séptima planta y Gene amablemente dejó que las dos mujeres salieran primero, tomándose un poco más de tiempo antes de enfrentarse a su primer día de trabajo. Respiró hondo y salió en el momento en que las puertas empezaban a cerrarse. Comenzó a andar más tiesa que una vara, clavando los tacones en aquella moqueta color gris que se notaba que cuidaban, pues no se apreciaba ni una mísera mancha de café, algo que la preocupó, pues ella necesitaba cafeína para rendir al cien por cien fuera cual fuera la tarea que tuviera que realizar.

—Disculpe —dijo, dirigiéndose a la señora que se encontraba tras un gran mostrador con el logotipo metálico de la empresa un poco más arriba de

su cabeza—, soy Genevieve Johnson.

—Así que tú eres la hija de Albert —respondió la mujer con una sonrisa amable.

—En efecto, soy su hija.

—Un placer tenerte aquí, querida.

Sonrió agradecida y respondió en un tono similar al de la mujer:

—Gracias. Un placer para mí también.

—Avisaré al señor Lefkowitz que has llegado. Mientras puedes sentarte allí —le dijo señalando una hilera de sillas, del mismo color que la moqueta, apostadas contra la pared de la derecha.

—Gracias.

La mujer, que debía rondar los cincuenta años y que no se había presentado en ningún momento con ningún nombre, se dispuso a marcar en su centralita y avisar de la llegada de Gene a Jack Lefkowitz.

El padre de Gene conocía desde niño a Jack Lefkowitz padre, y no dudó ni un segundo en contratar sus servicios de abogado cuando este decidió montar su propio bufete con un socio, un tal Colin Craig, del que Genevieve había escuchado hablar mucho, pero no había visto en la vida. En la actualidad, el bufete estaba dirigido por su hijo, al que Gene no tenía el placer de conocer, Jack Lefkowitz hijo. Pero su padre seguía fiel a sus servicios, ya que sabía que Jack padre, aunque desvinculado del bufete por problemas de corazón, seguía de cerca los pasos de su hijo y su nuevo socio. Aun así, su padre le había prometido que él mismo la recibiría ese día en el bufete para hacerle más agradable la incorporación.

Un chico de su misma edad, con pantalones color gris marengo, camisa blanca y chaleco a juego, se quedó mirándola fijamente y la sonrisa, que Genevieve se había obligado a tener dibujada en la cara, se desvaneció de golpe.

—Tú eres la hija del señor Johnson, ¿verdad? —Aquello de que todo el mundo allí la conociera y le preguntara directamente si era la enchufada hija de Albert la estaba haciendo sentir aún más incómoda.

—Supongo que esa misma soy —contestó suspirando.

—Te advierto que trabajar con Lewis es muy complicado, nadie lo conoce mejor que yo. Te deseo buena suerte, la vas a necesitar.

Gene no supo qué contestar a aquel chico sin nombre, ¿es que en aquella empresa nadie se presentaba?

—Señorita Johnson —la llamó la mujer del mostrador—, ya puede pasar.

Es esa puerta —añadió, señalando una gigantesca puerta de madera oscura al fondo.

Gene apretó los labios y se incorporó. Ver a Jack no le preocupaba, era casi un tío para ella, pero las palabras de aquel chico la habían descolocado un poco.

Escoltando la puerta del despacho de Jack Lefkowitz había un escritorio, suponía que era el lugar de trabajo de su asistente, pero se hallaba vacío en aquel momento, así que se decidió a llamar sin más preámbulos a la puerta con los nudillos y luego la abrió lentamente. Sabía que Jack la estaba esperando, pero tenía buenos modales y eso era lo correcto.

—Adelante, señorita Johnson, no sea tímida.

Y eso hizo, y cuando terminó de abrir la puerta se quedó algo confundida, ¿dónde estaba Jack Lefkowitz? Ese chico moreno de ojos vivarachos y con un innegable atractivo no era el hombre que esperaba encontrar en ese despacho.

—Disculpe, me he debido de equivocar, yo había quedado con el señor Lefkowitz.

—Y ese soy yo —le respondió él con una media sonrisa que la puso aún más nerviosa.

—¿Eres el hijo de Jack? —preguntó tímidamente.

—Efectivamente, y tú la hija de Albert. Es una pena que no nos hayamos visto antes, pero mis padres se empeñaban en meterme en internados, aunque no les guardo rencor por ello, me han hecho el hombre que soy —dijo sin modestia alguna, agarrándose las solapas de su impoluto traje negro.

—Supongo que eso lo dirás por mí.

—¡No! ¿Por qué iba a hacer eso?

—Lo siento, supongo que no llevo bien ser una enchufada. Esperaba ver a tu padre hoy en el bufete.

Jack sonrió divertido y supo que a Lewis le iba a encantar trabajar con Genevieve Johnson, era una chica preciosa y tenía una inocencia atípica en las mujeres de su edad.

—Verás, Gene, ¿puedo llamarte así? —le preguntó Jack, recibiendo un gesto de aprobación por parte de ella—. Mi padre no ha podido finalmente venir, como sabes se encuentra delicado de salud. Y respecto a lo de ser una enchufada, no quiero que te sientas como tal, piensa que estamos echándote una mano para impulsar tu currículum. Nadie nace enseñado y nadie consigue un primer trabajo sin que le ayuden un par de amigos.

Aquellas palabras la hicieron sonreír y empezó a sentirse más relajada.

—Te lo agradezco, Jack, ¿puedo llamarte así? —preguntó y él asintió con una sonrisa muy agradable—. ¿Por dónde puedo empezar: te traigo un café o quieres que te acerque algunos papeles...?

—No, siéntate. Quería comentarte un par de cosas.

—Está bien —dijo Gene tomando asiento en una de las dos sillas para las visitas.

—Verás, Gene, hemos pensado que la empresa sería más imparcial a la hora de brindarte las calificaciones si trabajaras para otra persona que no fuera como de tu familia. Todo el mundo sabe que mi padre es íntimo amigo del tuyo, incluso creo que solías llamarlo tío Jack, ¿no es así?

—Sí, es cierto. Pero no entiendo lo de las calificaciones.

—¿No te lo ha dicho Albert? —dijo él cruzando las manos por encima de la mesa.

—¿Qué tenía que decirme?

—Que estarás en calidad de becario.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que trabajarás con nosotros por una pequeña gratificación económica y una carta de recomendación según tus cualidades laborales.

—No se me había comunicado tal cosa, creía que venía a trabajar por un sueldo como todo hijo de vecino.

—Hemos pensado que eso te haría sentir menos incómoda. Tú misma me acabas de decir que no llevas bien lo de ser una enchufada.

—Y no lo llevo bien, pero trabajar gratis lo voy a llevar peor.

—Piensa en tu futuro, además, te encantará trabajar con mi socio.

—Lo que hayáis decidido me parece bien —respondió ella algo molesta.

—Es el otro socio nominal del bufete y gran amigo mío.

—Antes un chico me dijo que trabajar con Lewis no era tarea fácil y no he entendido por qué me decía eso, pero ahora ya lo entiendo. Voy a trabajar para Lewis, tu socio —dijo imprimiendo fuerza a cada una de las palabras.

—Ese habrá sido Carter, su antiguo asistente. Es un bromista, no tengas en cuenta sus palabras.

—Qué gracioso —ironizó.

—Te acompañaré hasta su despacho, nos está esperando —contestó Jack incorporándose e instándola a seguirlo hasta el despacho de su socio, ese tal Lewis.

### 3

Jack la acompañó hasta otra puerta similar al otro lado del vestíbulo y la informó de que aquel era el despacho del hombre para el que iba a trabajar, gratis. Aquello le seguía martilleando la cabeza, ¿cómo se suponía que iba a pagar el alquiler y los demás gastos? Aquello era algo que su padre había pasado por alto cuando le dijo que le había conseguido trabajo, podría haber sido más específico y ella quizá se lo hubiera pensado dos veces.

Al igual que con el despacho de Jack, la mesa apostada al lado de la puerta se hallaba desocupada en aquel momento y de nuevo se decidió a llamar con los nudillos en cuanto Jack se despidió de Gene con la clara intención de no presentarla él mismo a su socio.

Una voz masculina la invitó a pasar. Al fondo observó tras una amplia mesa de caoba a un hombre mirando absorto por la ventana, con las manos metidas dentro de los bolsillos del pantalón y con una actitud poco profesional para recibir a alguien. Pero los hombres poderosos, o los que creían serlo, solían ser así y Gene no iba a dejarse intimidar por él ni por nadie, y mucho menos si iba a regalar su tiempo a tiempo parcial durante seis meses.

—Tome asiento —le dijo aún mirando por el ventanal y Gene se sentó a la espera de ver el rostro de aquel enigmático abogado.

Durante unos segundos de incómodo silencio, el hombre decidió recibir de frente y de manera formal a su nueva secretaria. En cuanto lo hizo, ambos se miraron cara a cara. A Gene le dio un vuelco el corazón al reconocer el rostro que había ocupado sus sueños hacía diez años. No había cambiado mucho. Su pelo castaño seguía brillando igual y sus facciones habían adoptado un aire más maduro que lo convertían en un hombre muy atractivo y guapo, más aún que en aquel verano en la isla de Skye cuando le había hecho creer que estaba enamorado de ella para después desecharla como un pañuelo de papel usado. Se obligó a mantener el tipo, diciéndose a sí misma que era una mujer fuerte y que podía sobrellevar con madurez esa incómoda situación y mucho más

—Siento llegar tarde —se excusó Gene y él sonrió levemente sin apartar

sus ojos azules de los grises de ella, que se había quedado con la boca abierta sin poder evitarlo. No podía ser. Maldita casualidad. Con todos los Lewis que debía haber en Escocia y tenía que ser precisamente él—. ¿Eres Lewis Maddox? —preguntó con poca seguridad, algo que la hizo sentirse tonta. Esa no era la imagen que quería mostrarle de sí misma.

—Y tú, Genevieve Johnson —dijo al fin él, antes de sentarse en su silla con los brazos cruzados sobre el pecho, observándola detenidamente antes de volver a abrir la boca—. Así que le has suplicado a tu padre para que te consiguiera este trabajo.

—Yo no he suplicado a nadie jamás, y dudo mucho que esto sea un trabajo, puesto que voy a trabajar gratis —respondió ella recuperando la entereza.

—Perdóname que discrepe, pero me suplicaste que te besara en el embarcadero, ¿lo recuerdas, Vivi?

Gene no pudo evitar una mueca de disgusto, nadie la llamaba con aquel diminutivo tan estúpido desde aquel verano en Portree.

—Era una cría y había hecho una apuesta, y me parece una falta de respeto que te dirijas a mí por ese mote. Veo que tu cuerpo se ha desarrollado a la perfección, pero tu cerebro no, Lewis.

—Lo siento, supongo que no es lo correcto y te pido disculpas. Me alegra saber que aún conservas el carácter, te vendrá bien si vas a trabajar para mí —le repuso sin poder evitar reírse.

—Ya me han informado de ello, un tal Carter me puso sobre aviso nada más poner un pie en la moqueta de estas oficinas.

—No le hagas caso, está celoso. He tenido que cederlo parcialmente a Charles Paterson hasta que terminen tus prácticas. Espero no arrepentirme de ello, Carter es muy eficiente.

—¿Celoso, acaso es tu novio? —Gene se rio suavemente.

—No, eso le gustaría a él —contestó Lewis entre risas—, pero yo no soy gay.

—Me alegro, no por nada en particular, pero me alegro de que tengas clara tu orientación sexual —dijo ella, pensando que en el fondo sí se alegraba de que le siguieran gustando las mujeres—. Y ahora si me explicas un poco en qué consiste mi trabajo te estaría muy agradecida.

Lewis entrecerró los ojos.

—¿Tu trabajo? —respiró resignado—. Serás mi ayudante, o mi secretaria, como quieras llamarlo.

—Bien, ¿y qué necesitas que haga por ti ahora?

—Podrías pasear con George.

—¿Quién es George y por qué tengo que pasear con él?

—George es un amigo mío, de hecho, el más leal que tengo.

—¿Quieres que haga de *escort*? —preguntó incrédula.

—¿De dónde sacas esas ideas, Vivi? George es mi perro.

—¿Por qué tengo que pasear a tu perro? —le repuso contrariada. Aquello era absurdo.

—Porque eres mi ayudante y Carter lo hacía. También me recoge los trajes del tinte y me pide cita en la peluquería si yo se lo pido.

—¿Y eso es todo?

—De momento sí. Aquí tienes las llaves de mi casa —dijo tendiéndole un juego de llaves que sacó de un cajón—. No le hagas correr mucho, es un perro viejo y no tiene demasiada energía.

—Seguramente te la has quedado toda tú.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lewis con el ceño fruncido.

—A la energía, Lewis, a la energía.

—Por cierto, creo que no te he dado permiso para que me llames Lewis.

—¿Y cómo quieres que te llame: mi amo, mi señor? —preguntó ella en tono burlón.

Lewis sacudió la cabeza emitiendo una fuerte carcajada, luego respondió:

—No, con señor Maddox será suficiente.

Gene abrió los ojos de par en par y, tratando de calmarse, apretó los puños y respiró hondo.

—Está bien, señor Maddox —dijo su nombre con acritud—, ¿me puede dar la dirección de su casa para que vaya a pasear a su perro?

—Pregúntale a Carter, él te dirá todo lo que necesitas saber. Ahora si no te importa, tengo una reunión importante —dijo secamente.

—De acuerdo, señor Maddox, que tenga usted un buen día —contestó ella más seca aún antes de salir de aquel despacho.

¿Qué había sucedido ahí dentro? Gene no daba crédito, lo que antes eran nervios por empezar un nuevo trabajo, ahora se había convertido en rabia e impotencia. El tiempo que debía pasar a las órdenes del odioso Lewis Maddox iba a ser un infierno.

Gene se acercó al mostrador de la recepción y no encontró a nadie. ¿Dónde iba a encontrar al tal Carter?

—¿Te has perdido? —escuchó decir a sus espaldas.

—Oh, Carter, te estaba buscando —dijo al comprobar que era el mismo chico que le había advertido antes del agrio carácter del señor Maddox.

—¿A mí? ¿Con que fin?

—Lewis, bueno, el señor Maddox me ha pedido que saque a pasear a George —dijo poniendo los ojos en blanco— y me ha dicho que tú me darías la dirección de su casa.

—¿Ya te ha dado esas confianzas? —le preguntó molesto.

—Me ha dado órdenes, que no es lo mismo.

—Ya... —contestó mirándola de arriba abajo.

—¿Me das la dirección o no? Tengo prisa.

—Aquí la tienes —dijo, escribiendo algo en un papel.

—Gracias.

—No me las des, ese perro es una bestia y, pensándolo bien, las gracias te las debo de dar yo a ti por librarme de ese chucho baboso —comentó Carter con un ademán de manos y marchándose por el pasillo con largos pasos.

Gene salió a la calle sin saber muy bien qué hacer, tenía que coger el bus o llamar a un taxi y, en cualquier caso, pagarlo de su bolsillo, algo que debía comentar con el estúpido señor Maddox, pues no estaba dispuesta a gastar en transporte un dinero que no ganaría trabajando para él. Tras pensarlo unos minutos decidió coger un taxi, la próxima vez podría echar mano del bono transporte ya que conocería la ubicación exacta de su casa, y eso solo si había una próxima vez, que no estaba nada claro: la idea de pasear al perro de su jefe no la llenaba de emoción ni tampoco veía cómo podía mejorar su currículum.

Cuando el taxi se detuvo en la puerta de la casa de Lewis Maddox a Gene se le quedó la boca abierta. Era una casa de corte clásico, el porche contaba con una estética colonial poco corriente en Edimburgo. Unas columnas blancas con ornamentos se apoyaban a los lados, dando una cálida bienvenida a los visitantes, y las ventanas estaban adornadas con flores blancas de temporada. Era la casa más bonita que había en la calle, destacaba entre todas las demás.

Sacó las llaves de su bolso y abrió despacio la puerta. El recibidor era lo que se esperaba de una casa como aquella: amplio, limpio y decorado con buen gusto.

—¿George? —preguntó como si el perro fuera un huésped de la casa capaz de recibirla como tal.

Al poco tiempo, un San Bernardo de unas ciento cincuenta libras de peso

corrió hacia ella con una energía impropia para un perro viejo, claramente Lewis la había engañado y su perro gozaba de una vitalidad extrema.

—No me mates, por favor —le pidió, cubriéndose la cara con los brazos mientras George la miraba sentado a unos pocos pies de distancia con la cabeza ladeada.

Gene miró al perro a través del hueco que sus brazos no lograban cubrir y comprobó que George no tenía intención de devorarla. Movía el rabo jovialmente y los ojos le brillaban emocionados por conocerla.

—¿Crees que seremos amigos? —le preguntó al can mientras le acariciaba la cabeza con recelo—. Tu dueño es un hombre muy malo, no se merece un perrito tan bueno como tú.

## 4

El paseo con George fue agradable. El perro estaba bien adiestrado y se podía andar tranquilamente junto a él con la correa. Caminaron mucho hasta que Gene encontró un parque en el que otras personas disfrutaban jugando con sus animales. Pensó que sería una buena idea soltarlo un poco y que se divirtiera con otros perros.

—¿Quieres correr un poco? —George respondió con saltitos y emoción mientras Gene le liberaba el arnés de la correa—. Corre, ve a jugar.

El perro salió disparado, como si alguien hubiera activado un botón de propulsión, y Gene empezó a preocuparse por seguirle el ritmo.

—¡¡No te alejes!! —le gritó, pero George no atendía a nadie, corría sin rumbo fijo, poseído por la libertad de sus patas.

Gene vio que la silueta del perro se desvanecía a lo lejos y el miedo se apoderó de ella. ¿Dónde estaba? Si perdía el perro de su jefe el primer día la iba a matar a golpe de grapadora. Veía muy capaz a Lewis de algo así. No parecía gozar de buena reputación en cuanto a su carácter, y, bueno, ella ya había podido probarlo en su propio pellejo.

—George, ¿dónde narices estás? —gritaba dando vueltas para vislumbrar panorámicamente toda la extensión del parque.

Gene estuvo unos quince minutos dando vueltas sin rumbo fijo buscando a George sin éxito. Las lágrimas se habían amontonado en sus ojos y una gran bola de desesperación le oprimía la garganta. Decidió sentarse en un banco y dar rienda suelta a sus emociones, llorando desconsoladamente y sorbiéndose los mocos como una niña pequeña.

—¿Buscas esto? —escuchó decir a una voz masculina.

—George, oh, George. Eres un perrito malo, me has dado un susto de muerte —dijo, abrazándose al cuello del perro mientras él intentaba alcanzarle los carrillos para lamerlos—. Muchas gracias, no sé cómo agradecértelo. Es el perro de mi jefe, si le llega a pasar algo soy chica muerta.

—¿Para quién trabajas, para Jack el destripador? —preguntó aquel chico divertido.

—Más o menos, me llamo Genevieve.

—Encantado. Yo soy Mark. Hacía tiempo que no escuchaba ese nombre.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Es bueno, creo que es un nombre muy bonito, como la chica que lo tiene.

Gene abrió los ojos gratamente impresionada y dijo:

—Vaya, ¿estás intentando ligar conmigo?

—Podría decirse que sí —respondió mesándose el pelo sin quitarle los ojos de encima—. No todos los días uno rescata el perro de una damisela en apuros.

—Te recuerdo que no es mi perro, pero no te negaré que sí estaba en apuros. Gracias.

Siguieron conversando animadamente mientras paseaban tranquilamente en dirección a la casa de Lewis. Al llegar, Gene se detuvo y le indicó que ese era su destino y Mark le comentó que él vivía dos calles más arriba.

—¿Sería demasiado atrevido que te pida una cita esta noche? —preguntó él sin perder la sonrisa, mientras ella sacaba las llaves del bolso.

—Eso depende.

—¿De qué depende?

—De la hora a la que salga de trabajar, hoy es mi primer día y no conozco mi horario.

—Bueno, eso tiene fácil solución. Te doy mi número de teléfono, cuando lo sepas me avisas y me pasas la ubicación. Pasaré a recogerte cuando te liberes.

—Me parece un buen plan, pareces un buen chico. —Gene le dedicó una cálida sonrisa. Mark le había caído muy bien.

—Y lo soy, lo comprobarás por ti misma.

—Gracias de nuevo —dijo, levantando la correa de George ante los ojos de aquel simpático chico.

—Ha sido un placer muy agradable —le contestó Mark, marchándose no sin antes dedicarle otra bonita sonrisa.

Gene dejó a George sano y salvo en casa de Lewis, con las patas limpias de barro, y se aseguró de que tuviera agua y comida, luego decidió coger el bus para volver a las oficinas de Lefkowitz y Maddox Asociados.

Un fuerte dolor de cabeza amenazaba con estallar de pronto dentro de su cráneo. De siempre las emociones fuertes y los nervios le provocaban jaquecas, y ese día había estado colmado de todo eso.

En cuanto entró de nuevo en el edificio y cogió el ascensor a la séptima planta, su cabeza se reveló contra ella, provocándole incluso alguna arcada.

—Querida, ¿estás bien? Tienes mala cara —le dijo la señora sin nombre de la recepción, acercándose a ella y obligándola a sentarse en una de aquellas sillas grises.

—Sí, tranquila.

—No te lo he dicho antes, a veces pienso que todo el mundo me conoce aquí, mi nombre es Carol Kelles.

—Encantada, Carol. ¿Sería mucho pedir un vaso de agua y algún analgésico?

—Enseguida te lo traigo —dijo amablemente dejándola allí sola.

Gene se preguntó por qué aquellas oficinas parecían tan vacías. La música del hilo musical era prácticamente lo único que se escuchaba. Cuando uno piensa en un bufete de abogados, imagina que los pasillos estarían rebosantes de gente corriendo con papeles de aquí para allá, corrillos en la máquina de café, empleados saliendo y entrando de los despachos, pero todo eso era muy diferente en Lefkowitz y Maddox Asociados. Su padre siempre había hablado del éxito de su amigo Jack. Era el primero que recomendaba a todos sus conocidos que contrataran los servicios del bufete de abogados, pero aquello distaba mucho de tener éxito.

Carol volvió con una pastilla y un vaso de agua y se lo ofreció a Gene.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, pregunta lo que quieras —dijo Carol sentándose a su lado expectante.

—¿Por qué está esto tan vacío?

—No está vacío, estamos tú y yo, Carter, el señor Maddox, el señor Lefkowitz y su secretaria Miranda, el señor Paterson, la señorita Brown, que se encuentra en Londres por asuntos familiares, y su secretaria Leslie, que está ahora mismo disfrutando de sus vacaciones en Ibiza.

—¿La señorita Brown?

—Sí, Liza Brown, es una eminencia en su campo. Es abogada matrimonial, aunque aún no ha conseguido que nadie le ponga el anillo en el dedo. Deben tenerle miedo —comentó Carol entre risas.

—Entiendo, pero por el estado de estas oficinas —dijo Gene mirando a su alrededor—, diría que no tiene apenas clientes.

—Eso es otro cantar, querida. Aquí pasaron unas cosas que arruinaron un poco la reputación del bufete, pero el señor Lefkowitz está arreglando esos

asuntos, no debes preocuparte.

—No es preocupación, soy una recién llegada, es pura curiosidad.

—¿Qué es lo que te provoca curiosidad? —dijo Lewis alertando a las dos mujeres de su presencia a escasa distancia.

—Nada, estábamos hablando de cotilleos de revista —respondió Gene con rapidez.

—¿Acaso pagamos aquí a los empleados para estar de cháchara?

—No, señor Maddox, disculpe —contestó Carol retirándose con rapidez a su espacio laboral tras el mostrador.

—Pues precisamente de pagar me gustaría hablar contigo, Lewis.

—Señor Maddox. Esos modales, Vivi —dijo con un aire todavía más antipático, si es que eso era posible.

Lewis todavía no había tenido un solo gesto amable hacia ella y Gene no entendía el porqué. Era ella la que debía estar resentida y no él. ¿Por qué se comportaba de aquel modo tan horrible? Tal vez era así con todo el mundo, pero Gene suponía que no, que, a pesar de su fama de déspota, no era exactamente así con todos y sacaba su peor versión para ella. Gene no pensaba amilanarse, no tenía intención de doblegarse y, por supuesto, no pensaba consentirle que le faltara el respeto. Y si quería guerra, pues la iba a tener.

—En ese caso le tengo que pedir a usted que deje de llamarme Vivi y se dirija a mí como señorita Johnson —dijo ella desafiante, irguiéndose con soberbia frente a Lewis, que no pudo evitar fijarse en lo turgentes que se adivinaban sus pechos bajo ese suéter endiabladamente ceñido.

—Aquí el jefe soy yo, creo que puedo llamarte como me plazca.

—Está usted muy confundido, cuando uno exige respeto lo menos que puede hacer es ofrecerlo.

—En ese caso, señorita Johnson, le pido por favor que vaya a mi despacho para asignarle unas tareas. Ha tardado demasiado con la última que le ordené y me temo que hoy no saldrá a su hora.

—No tenía hora de salida, se olvidó usted de comentarme el horario y darme el contrato de becaria —dijo Gene imprimiendo una gran efusividad en la última palabra.

—Por favor, usted primero —dijo Lewis con falsa amabilidad, cediéndole el paso.

Mientras se dirigían a su despacho, aprovechó para observarla con detenimiento. Los años que llevaba sin verla no habían hecho otra cosa más que embellecerla. Se había convertido en una mujer preciosa y sus curvas

invitaban a perderse en ellas.

## 5

El despacho de Lewis Maddox era más bien una guarida donde él reprimía todas sus frustraciones. Sin embargo, la llegada de Gene había supuesto un antes y un después, aquella chica le atraía y le repelía a partes iguales. Lewis reprimió una sonrisa cuando la tuvo sentada enfrente.

—Me gusta la gente obediente y que no rechista ni se achanta con los retos. Y veo que usted lo hace, incluso le cuesta mirarme a la cara. —La miró con malicia—. Exactamente igual que cuando nos conocimos en Portree. ¿Has pensado mucho en mí desde entonces?

—No me permito ese tipo de pensamientos. Soy una persona bastante positiva.

—Me lo tomaré como un sí.

—Puedes tomártelo como te dé la gana. Como todo en la vida: lo tomas, lo usas y lo dejas.

—¿Rencorosa?

—No, solo soy práctica y realista.

—No te confundas, a veces las personas distorsionamos la realidad.

—Eso lo dices por ti, ¿verdad?

—Hablo en términos generales.

—Pues me alegro de que hayas expuesto tu filosofía, te felicito —le dijo forzando una sonrisa, aunque en realidad tenía ganas de abofetearlo—. Pero me gustaría saber a qué hora tengo prevista salir y, por favor, mi contrato, por poco que sea me gustaría tener las cosas legales y más tratándose de ti.

—¿Qué te han contado? —El cuerpo de Lewis se tensó.

—No hace falta que nadie me cuente nada para saber lo traicionero que eres. ¿Has perdido la memoria y necesitas que te la refresque?

—No todo fue culpa mía, señorita Johnson.

—Resulta que dejarme tirada después de que te entregara mi virginidad es culpa mía —ironizó ella al borde del llanto. Aquello era demasiado doloroso para guardarlo dentro.

—No quiero hablar de eso ahora, es algo que pasó hace mucho tiempo y

ya no tiene importancia.

—Para mí sí la tiene, es algo que me ha acompañado durante mucho tiempo y no para bien. Uno de los momentos más importantes de mi vida se estropeó por el caprichoso de Lewis Maddox.

Él la miró molesto, ¿qué quería decir con eso? ¿Por qué le llamaba caprichoso? La caprichosa era ella.

—Ya te he dicho que discrepo en eso, pero no me apetece hablar del tema, Vivi.

—Está bien. Igual te apetece hablar de lo que me ha costado el taxi para llegar a tu casa, o de que tu perro no es viejo y he tenido que correr la maratón de Manhattan.

—No te gustan las sorpresas, ¿verdad?

—Si son agradables, sí. Pero la de hoy no lo ha sido —respondió levantando la barbilla.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Lewis tensándose de nuevo, mirándola fijamente, como queriendo decirle algo, algo que Gene no comprendía.

Alguien llamó a la puerta, liberando a Gene de aquella tensión incomprensible. Ella era la que debía estar enfadada con él por lo que le hizo y no al revés.

—Disculpad, ¿interrumpo? —preguntó una mujer alta, de cabellos cobrizos y cuerpo imponente, plantada en el marco de la puerta, portando una carpeta.

—No, adelante, Miranda.

—Vengo a revisar las notas del caso Flinn.

—Sí, la señorita Johnson ya se iba —dijo él mirando su reloj—. Es tarde, quizá podamos hablar de eso comiendo juntos si a tu jefe no le importa.

—Jack estará encantado de que te acompañe, me ha pedido expresamente que me tome mi tiempo para revisar todo detalladamente —comentó la pelirroja coquetamente.

—Perfecto —le respondió Lewis con un brillo en los ojos que delataba claramente su atracción por ella.

—Señorita Johnson, pida mesa para dos en Howies, pero el de Waterloo Place, y después recójame unos trajes del tinte. Los quiero en mi mesa a las ocho, después de eso podrá marcharse a casa.

Aquella actitud para con la tal Miranda puso los pelos de punta a Gene, se notaba a la legua que Lewis tenía por costumbre revisar notas exhaustivamente

con aquella señorita y que además había exagerado su coquetería para ponerla celosa.

El resto de la mañana fue frenética, y no por las tareas que Lewis le había encomendado que, lejos de parecer útiles para un despacho de abogados, eran para hacerle la vida más fácil a su persona. Maldito egocéntrico. Primero tuvo que ayudar a Carter a revisar cinco archivadores colmados de llamadas telefónicas que la mantuvo ocupada hasta la comida, que se resumió a un sándwich de pavo que compró en una máquina expendedora del hall y que engulló en su puesto de trabajo. Cuando Lewis volvió de su comida con la tal Miranda, se metió derecho en su despacho no sin antes preguntarle de malos modos por sus malditos trajes. Tuvo que buscarse la vida para encontrar los resguardos de la tintorería. Según Carter estaban en el primer cajón del escritorio del que ahora era su puesto de trabajo, pero tras buscar exhaustivamente allí no los encontró, entonces el exsecretario recordó que no era en ese cajón donde estaban sino en una caja que guardaba en el segundo estante de la librería del despacho del señor Maddox y, como no le agradaba la idea de volver a estar de nuevo encerrada en una sala de menos de veinte metros cuadrados con su jefe, esperó a que este saliera a una cita que le había pedido que le retrasara a las cinco, mientras tanto siguió revisando la lista infinita de llamadas, subrayando en fosforito las conversaciones mantenidas entre cuatro números.

En cuanto salió de la tintorería con tres trajes a cuestas, recordó que aquel chico del parque estaba esperando su mensaje para salir esa noche. Dejó los trajes de su jefe apoyados en el muro del jardín de una residencia y sacó el móvil. Buscó en el listín el nombre de Mark y le indicó que a las ocho estaría libre, así como la dirección de las oficinas.

Cuando terminó de escribir el mensaje y se dispuso a coger los trajes, el horror se apoderó de ella, pues estos habían desaparecido. Miró a todos lados con la esperanza de encontrarlos en cualquier otro lugar, como si por ellos mismos hubieran sido capaces de salir corriendo, algo poco probable. Y, como era de esperar, no había ni rastro de ellos, alguien había aprovechado su distracción para robarlos. Eran tres trajes carísimos y Lewis se lo iba a hacer pagar muy caro.

En el trayecto de vuelta en el autobús, recibió la confirmación de Mark para su cita, cita que en esos momentos no le apetecía nada, porque tendría

que explicarle por qué tenía esa cara tan desencajada y contarle su irresponsabilidad.

Al llegar al edificio de Lefkowitz y Maddox Asociados se quedó paralizada. Eran las ocho y cinco minutos, pero el edificio estaba cerrado y no se veía ninguna luz en los despachos. Se acercó a la puerta con la esperanza de que hubiera algún portero que le echara una mano, pero no había nadie.

—Llegas tarde, Johnson —escuchó tras ella—. Te dije a las ocho.

—Lo siento, el bus se retrasó.

—¿Y mis trajes? —preguntó al ver que Gene no llevaba más que su bolso en las manos.

—Verás, Lewis... —Estaba tan nerviosa que se olvidó de guardarle el tratamiento—... No ha sido culpa mía, pero...

—¿Qué les ha pasado?! —preguntó alzando la voz.

—Me los han robado —respondió con determinación.

—¡¿Cómo ha podido pasar eso?! —gritó aún más fuerte.

—Los dejé un momento apoyados en un muro y alguien se los llevó.

—¿Los dejaste apoyados para qué? —preguntó fuera de sus casillas.

—Para mandar un mensaje a un amigo.

—¿A qué amigo? Vuelves a traicionarme por otro tío. Es increíble. ¿Me estás diciendo que has descuidado mis trajes de la misma manera que descuidaste nuestra relación y te los han robado?

Gene se quedó perpleja de nuevo. Lewis decía cosas sin sentido.

—Yo no te he traicionado jamás. No entiendo por qué dices eso.

—Es normal que no lo entiendas, porque nunca entiendes nada, ni nunca has tenido sentido de la responsabilidad. —Lewis estaba montando una escena en plena calle—. Yo no quería contratarte, lo entiendes, no quería que volvieras a entrar en mi vida para que lo fastidiaras todo de nuevo —le dijo, agarrándola del brazo.

—Suéltame, ¿te has vuelto loco? —le pidió Gene.

—Ha dicho que la sueltes —gritó un chico desde el otro lado de la calle.

—Mark.

—¿Ese es él? ¿Por ese tío me he quedado sin mis trajes?

Mark llegó a la altura de ellos y Lewis la soltó de inmediato sabiendo que aquello no estaba bien y que no era propio de él, pero recordar aquello que pasó entre él y Gene en la isla de Skye le sobrepasaba y lo llenaba de rabia.

—Deberías marcharte si no quieres meterte en problemas —le dijo Mark, abrazando a Gene que lloraba desconsoladamente.

Lewis comenzó a andar sin decir nada, la vergüenza que sentía por haberse comportado de aquel modo le inundaba, pero el dolor de ver a Gene en los brazos de ese chico le acabó de destrozar el día.

—¿Estás bien? —le preguntó Mark, a lo que ella asintió—. ¿Quién era ese tío?

—Nadie. ¿Nos vamos de aquí? Por favor —le pidió ella.

Gene prefirió no contarle que se trataba de su jefe y mucho menos decirle que Lewis Maddox había sido el amor de su vida y la persona que más daño le había hecho al mismo tiempo.

## 6

Gene se despidió de Mark en la puerta de su edificio de Queen Charlotte Street, con un par de besos en las mejillas y la promesa de quedar pronto.

—Me lo he pasado muy bien —dijo él mirándola con intenciones de algo más.

—Y yo. Aunque me temo que no he estado demasiado habladora. Lo siento —se excusó con la mirada gacha.

—No importa. La próxima vez será mejor y te llevaré a cenar a un sitio estupendo que conozco.

—Eso sería genial —dijo ella introduciendo la llave en la cerradura, dándole a entender que aquella cita había llegado a su fin.

—Te llamaré —afirmó él.

—Muy bien. —Gene le sonrió complaciente antes de cerrar la puerta. Mark era un chico muy agradable, y no le importaba volver a quedar con él, aunque solo fuera en calidad de amigos. Pese a su simpatía e inteligencia no le había estimulado ningún tipo de anhelo en el pecho y no confiaba que pudiera provocárselo en el futuro.

No era muy tarde, con suerte sus amigas todavía estarían levantadas y podría contarles los pormenores de aquel horrible día.

Al abrir escuchó sus risas desde el salón. Por lo visto se encontraban las dos despiertas viendo algo en la televisión.

—Buenas noches, chicas —dijo irrumpiendo en el salón.

—A buenas horas llegas. ¿Has estado trabajando hasta ahora? —Janice consultó la hora en su móvil.

—No, pero conocí a un chico en el parque y me invitó a cenar.

—Oye, ¡qué bien! —dijo Sarah—. En tu nuevo trabajo tienes tiempo de ir al parque y ligar. ¡Eso es jauja! —añadió soltando una carcajada.

—En realidad no es un trabajo de verdad. Soy la nueva becaria con todo lo que eso implica, y el chico del parque y yo no hemos conectado —dijo Gene mordiéndose los labios.

Janice levantó las cejas.

—¿Y qué implica ser becaria?

—En primer lugar, que voy a trabajar como una esclava por una cantidad mísera, cantidad que todavía no sé, y, en segundo lugar, que mis tareas son más las típicas de una sirvienta que las de una asistente de abogado —explicó tomando asiento entre las dos—. Ha sido horroroso y mi jefe es un déspota sin modales.

—¿No era el amigo de tu padre? —preguntó Sarah envolviéndole los hombros con el brazo en actitud protectora.

—Sí, pero él se ha prejubilado y ya no dirige el bufete, sino su hijo y un socio. Y yo tengo que trabajar para su socio, y ahí está el problema más gordo. Ese tipo es insoportable y además me odia —explicó sintiendo que las lágrimas le pedían paso para salir a borbotones de sus ojos.

—Pero, Gene, ¿qué ha pasado? ¿Por qué te odia tu jefe? No lo entiendo. Si te acaba de conocer.

—Es que no me acaba de conocer. Me conoce muy bien —dijo hecha un mar de lágrimas. Le caían sin freno mientras se las iba secando con el dorso de la mano—. ¿Te acuerdas de Lewis Maddox? —le preguntó a Sarah entre hipidos.

—Claro. El desgraciado ser que te desvirgó a los dieciséis años y luego te dejó más tirada que una colilla a la salida de un pub.

—Pues es él. Lewis Maddox es mi nuevo jefe y me odia. No sé por qué, pero me odia, me guarda un rencor inhumano y me las va a hacer pasar canutas, y encima a cambio de un sueldo ridículo. Se ha comportado conmigo de un modo cruel y me ha hecho sentirme su chacha, y yo no soy la chacha de nadie —explicó hecha un mar de lágrimas—. Estoy pensando que no voy a ir mañana y decirles que lo dejo. No estoy dispuesta a que me humille durante los próximos meses. Creo que esas son sus intenciones y no creo que pueda soportarlo.

—No sé quién ese tal Lewis Maddox ni el daño que pudo hacerte —intervino Janice, pasándole un pañuelo de papel a Gene, que la miró agradecida—. Pero pienso que alguien que después de tanto tiempo sigue albergando tal cantidad de resentimiento en el cuerpo hacia una persona es porque esa persona le importa de algún modo.

—Le importo para mal —apreció Gene mirándola acongojada.

—No lo creo. Sabes que el odio no es lo contrario al amor, sino la indiferencia. Y si ese tipo te odiara no sé comportaría así. —Janice hizo un suspense dramático mirando con los ojos entornados hacia la pared. Las dos

amigas esperaron que siguiera hablando—. Creo que le gustas.

—¿Le gusto? —dijo Gene incrédula.

—Sí, le gustas, en el fondo le gustas mucho, Gene.

—No lo creo.

—Yo sí, y sabes lo que creo que sería genial —volvió a instaurar otra pausa dramática—. Que volvieras mañana allí y lo volvieras loco.

—¿Qué insinúas?

—Que te lo ligués, que te lo cameles, que le pongas ojitos —explicó moviendo las manos en el aire pestañeando sin parar.

—No pienso hacer eso.

—Enamorarlo y vengarte —añadió Janice.

—¿Insinúas que el hecho de enamorarse de mí es una venganza?

—No, no seas boba. Insinúo que partiendo de la base de que le gustas, si lo enamoras, luego puedes darle la patada.

—Eso es demasiado mezquino —repuso Gene cruzándose de brazos.

—¿Pero no dices que te trata tan mal? Chica, aclárate.

—Sí lo hace, pero está como despechado conmigo. Ha insinuado que yo tuve la culpa de que me dejara tirada, no entiendo nada.

—Pues entonces más razón para vengarte dos veces —intervino Sarah que había observado la conversación en segundo plano.

—Sarah, ¿tú también?

—Sí, ¿por qué no? Por una vez podríamos ser las malas de la película, ¿no crees?

—Estáis locas —les dijo Gene con una sonrisa a punto de dibujarse en su cara.

—Te estamos convenciendo, lo veo en tu cara —comentó Janice esperando un sí por respuesta.

—Bueno, ¿y cómo se supone que tengo que conquistarlo si me odia tanto?

—Veamos una película en Netflix, seguro que hay muchas que nos pueden dar buenas ideas —comentó Sarah agarrando el mando de la televisión.

## 7

El despertador sonó sin descanso hasta que Gene decidió apagarlo de un manotazo. Aquella noche casi no había dormido. Sarah y Janice la obligaron a ver tres películas que abordaban el tema de conquistar a un hombre para luego dejarlo. A Gene seguía sin convencerle el plan, pero igual mostrarse coqueta y dispuesta a hacer las paces con Lewis calmarían un poco a la bestia.

—Gene, es tu padre, está al teléfono —gritó Sarah desde el salón.

—Dile que no estoy —respondió ella de la misma manera.

—Ya le he dicho que estás.

Gene hundió la cara en la almohada antes de salir del cuarto, estaba enfadada con su padre. Él debía ser conocedor de que Lewis Maddox era socio del bufete y la había echado a los perros sin contemplaciones. Cogió el auricular sin ganas y contestó de igual modo.

—¿Diga?

—Como que diga, ya sabías que era yo. Te parecerá bonito no decir un «hola, papá».

—Hola, papá —dijo esta vez con voz queda.

—Cuéntame cómo te va en tu nuevo trabajo.

—No tengo ningún trabajo, soy becaria.

—Es un trabajo, Gene. Nadie consigue puestos de directivo a la primera de cambio. Hay que sacrificarse. Cuando termines el máster de Director de Proyectos será un incentivo para tu currículum haber trabajado en el bufete. Tienen mucho prestigio.

—¿Y cómo se supone que voy a pagar el apartamento y el resto de mis gastos sin un sueldo digno?

—Por eso no debes preocuparte, seguiré ayudándote como hasta ahora. Tómatelo como parte de tus estudios.

—Además, ¿tú sabías que Lewis Maddox es el mismo Lewis Maddox que conocí en la isla de Skye?

—No, no tenía la menor idea de que habías conocido a ese chico en la isla de Skye. Pero es un gran muchacho. Me trata de maravilla cada vez que voy al

bufete. Supongo que habrá sido una sorpresa muy agradable encontrarte allí con alguien conocido.

—Ha sido una gran sorpresa, pero poco agradable, papá.

—A los jóvenes de hoy en día no hay quien os entienda.

—Bueno, papá, tengo que dejarte o llegaré tarde.

—Sé buena y haz muchos amigos.

—Papá, no estoy en secundaria.

—Qué poco humor tienes, hija. Tu madre te manda un beso.

—Chao.

—Adiós, mi niña.

Cuando colgó el teléfono y maldijo por dentro que su padre la hubiera metido en ese bufete a traición, Janice y Sarah la miraban fijamente portando una bolsa de maquillaje y una plancha del pelo.

—¿Qué hacéis?

—Ponerte divina de la muerte, necesitas que a ese Lewis Maddox se le desencaje la mandíbula nada más verte —dijo Sarah alzando la bolsa y moviéndola en el aire.

—Hoy empieza tu plan de ataque, así que siéntate ya —dijo Janice tendiéndole una silla—, que no tenemos mucho tiempo.

Las chicas empezaron a arreglarla sin permitirle participar en ninguna decisión. Ni siquiera le dejaron un espejo para mirarse.

—¡Ya estás! —anunció Sarah dando palmaditas.

—Estás impresionante, Gene, pareces una artista de las revistas.

—¿Qué me habéis hecho?

—Mejorarte, eres muy guapa, pero con un poco de polvos compactos eres una diosa.

En cuanto Gene vio su reflejo en el espejo no daba crédito a lo que veían sus ojos. Podía reconocerse, era ella, pero, como decían sus amigas, en su mejor versión. Sus ojos destacaban y el cabello le lucía liso y brillante, los matices rubios de su pelo castaño eran como pequeños rayos de sol.

—Habéis hecho un gran trabajo, ¿pero creéis que con solo esto bastará para conquistar a un hombre que levanta pasiones a cada paso que da?

—Tranquila, Janice te trae ahora la guinda del pastel —dijo Sarah mientras Janice iba a su habitación a por dicha guinda.

—Aquí lo tienes —anunció al volver, portando un vestido rojo de corte recto, escote de pico y media manga.

—Eso es un vestido para fin de año o para asistir a una gala benéfica. No

pienso ponerme eso —protestó Gene.

—Es un vestido precioso y atemporal. En Zara no venden vestidos para galas benéficas. Es un vestido para mujeres emprendedoras y atrevidas —aseguró Janice ofendida, pues el vestido era suyo.

—No quería ofenderte.

—No me ofendes, no tienes buen gusto.

—Venga, Gene, póngelo —la animó Sarah.

Lewis tampoco había descansado bien esa noche, los nervios por volver a ver a Gene en pocas horas estaban haciendo estragos en su cuerpo. No pensaba que le fuera a afectar tanto verla de nuevo, pero así había sido, ni siquiera había podido borrar su imagen de su cabeza mientras se follaba a Miranda, y eso no era algo que pudiera permitirse.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvieron juntos, cuando la dejó hecha un mar de lágrimas traicioneras en el muelle de Portree y desde entonces decenas de mujeres habían circulado por su alcoba y en todo ese tiempo apenas había dedicado unos vagos pensamientos hacia ella, siempre bañados en el rencor más absoluto. No podía evitarlo, pero eso era lo que sentía hacia Gene, que en su momento había significado mucho para él: había sido su primer amor verdadero y también la primera que le había roto el corazón con sus mentiras. Aquel verano en la isla de Skye le había marcado mucho aunque pretendiera que no fuera así y llevaba el recuerdo de Genevieve Johnson grabado a fuego en la mente, y eso era algo que no podía evitar a pesar del tiempo.

La mañana anterior se había estado preparando mentalmente para el encuentro, pero, en cuanto la vio de pie en su despacho, el suelo tembló bajo sus pies y el corazón le dio un salto mortal igual que le pasaba cada vez que la veía a sus diecinueve años. Se sintió enfadado consigo mismo por ser tan vulnerable a la mujer preciosa en que se había convertido Gene en los años que habían transcurrido sin verla. Si la idea de tener a una becaria con la que perder el tiempo le desagradaba, que la becaria en cuestión fuera Gene lo embargaba de furia. Se había hecho el propósito de hacerle la vida imposible para perderla de vista cuanto antes. Necesitaba recuperar la seguridad que ella le había robado.

Cuando llegó al despacho vio a Carol en su mostrador hablando con una mujer de preciosas piernas metida en un vestido rojo que enmarcaba su

perfecto cuerpo de sirena, y sonriendo se acercó a ellas.

—Buenos días, Carol —saludó a la recepcionista y luego volvió los ojos hacia la mujer. La mandíbula casi le tocó el suelo. Era Gene y estaba todavía más guapa que el día anterior. Se había hecho algo en el pelo e iba maquillada de una forma muy favorecedora.

Gene lo miró con sus bonitos ojos grises y sacudió la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Qué le pasaba? ¿Se alegraba de verlo?

—Buenos días, señor Maddox —dijo con un tono cantarín como si de verdad se sintiera feliz.

Lewis la miró de arriba abajo forzando una sonrisa de desprecio, como si verla fuera una incomodidad, en lugar de un regalo para los ojos.

—¿Por qué te has maquillado tanto? —le espetó obviando el saludo.

—No creo que vaya tan maquillada. ¿Te molesta?

Él la miró con el ceño fruncido y tomándola por el codo se la llevó hacia la puerta de su despacho.

—Claro que no, nada de lo que hagas me molesta. Me da igual.

—¿Entonces?

—Entonces nada, no creo que sea lo correcto para venir a trabajar.

—Bueno, ayer vi que Miranda, la secretaria de Jack, se arregla mucho para venir al despacho y no quería ser menos. Quiero encajar en este sitio.

—¿Es que no tienes personalidad?

—Claro que la tengo, por eso mismo. Este es mi estilo habitual, solo que ayer no pensé que era el adecuado para venir, pero tras ver que sí, he decidido usarlo. Así soy yo. —Pestañeó repetidas veces, con la barbilla alta, de un modo desquiciante. Desquiciante al menos para Lewis, que la encontraba apabullante.

Bajó la vista hasta sus zapatos, comprobando que llevaba unos de tacón fino, y resolvió que si con lo de ayer no había tenido bastante, hoy sería mucho peor.

—A mi despacho.

—¿Cojo papel y boli para tomar notas? —preguntó Gene, mordiéndose el labio inferior, y él no pudo evitar pensar que tenía una boca muy apetecible y que le gustaría ser él quien se la mordiera mientras empujaba dentro de ella.

—Haz lo que quieras —dijo de malos modos, abriendo la puerta del despacho y entrando en este mientras pensaba qué clase de encargos podría pedirle para fastidiarle el día.

Gene lo siguió y se sentó en una de las sillas ante su escritorio. Se quedó

mirándolo fijamente a la espera de instrucciones. Lewis se tomó su tiempo, necesitaba pensar, idear un plan de tortura. Se puso a mirar la ciudad desde el gran ventanal de su despacho. Tenía unas buenas vistas desde allí: el castillo de Edimburgo se alzaba imponente sobre la colina de Castle Hill, pero él procuraba no acercarse demasiado pues ver la altura hasta la calle le daba un pánico atroz. Sería una verdadera pena perder aquello, pero el bufete no iba bien y, si no conseguía pronto buenos clientes, todo por lo que había trabajado los últimos cinco años se iría al garete a la velocidad de la luz.

—¿Ocurre algo, señor Maddox? —La voz de Gene le interrumpió los pensamientos y él la miró molesto, a pesar de que su tono irradiaba preocupación. Pero debía ser una preocupación más falsa que una moneda de cinco libras.

—No me moleste, estoy pensando.

Gene se encogió ligeramente de hombros y se reclinó sobre el respaldo, haciendo que sus pechos quedaran alzados al cielo. No recordaba que tuviera esos melones, pero tampoco que tuviera esas piernas infinitas. Eran perfectas, los muslos torneados y firmes. Su mirada se quedó fija en sus rodillas mientras la veía cruzar las piernas y luego descendió hasta sus tobillos. ¿Qué se sentiría con esos tobillos rodeando su cuello mientras se hacía camino para entrar en ella hasta el fondo?

—¿Le queda mucho? —volvió a hablar ella incordiándole—. Lo digo porque si va para rato, podría ir a por un café largo. Ayer no me dijo lo que le gusta desayunar, pero le pregunté a Carter, y estaría encantada de traerle uno mientras sigue pensando.

Lewisladeó la cabeza y entrecerró los ojos. ¿Qué le pasaba a Gene? ¿Por qué era tan amable con él?

—¿Está bien, señor Maddox? Lo noto distraído esta mañana —insistió ella usando ese tono de falsa preocupación.

—Me encuentro perfectamente —respondió exasperado—. Vaya a por ese café y tráigase otro para usted. Tengo que dictarle varios memorándums antes del almuerzo.

Gene se levantó de la silla con los ojos fijos en los de Lewis, que le mantuvo la mirada sin pestañear. Cuando ella se mordió el labio inferior sintió unos profundos deseos de recorrer los cinco pasos que los separaban, apretarla fuerte contra su pecho y besarla hasta que le pidiera que la follara sobre la mesa.

—No tarde mucho, señorita Johnson, no me gusta tomarme el café frío.

—Iré volando si hace falta. —Pestañeó coqueta antes de salir de su despacho moviendo el trasero.

## 8

—¡Hola, chica nueva! —La pelirroja que había entrado en el despacho de Lewis el día anterior se acercó a ella portando una sonrisa en sus rojos labios.

—Hola, me llamo Genevieve Johnson, aunque todos me llaman Gene.

—Encantada, Gene. Eres la hija de Albert Johnson, ¿verdad?

—Así es, parece que todo el mundo aquí está al corriente de ese detalle.

—Yo no soy todo el mundo, soy Miranda, la secretaria de Jack, y sí, por supuesto, sé todo lo que pasa en este despacho. Además, fui yo quien te llamó para darte la dirección del bufete.

—Entiendo.

—Ayer estuve fuera toda la mañana haciendo papeleo en el juzgado y, luego, cuando te vi en el despacho de Lewis, no pensé que fueras la nueva secretaria. Disculpa mi grosería por no presentarme entonces.

—No importa. De todos modos, debería haber sido el señor Maddox quien nos presentara adecuadamente y no lo hizo.

—¿El señor Maddox?! —Miranda miró divertida a Gene, que se encogió de hombros como respuesta—. ¿No me digas que Lewis te hace llamarlo así? Será capullo —soltó entre risas.

—Así es. Supongo que quiere mantener las distancias —repuso Gene, pensando que Miranda se tomaba demasiadas confianzas. ¿Sabría Lewis que ella lo insultaba tan descaradamente en su propio despacho?

—¿Lewis? —Arrugó el entrecejo—. Es raro eso. Es todo un capullo, pero aquí todos nos tuteamos. Pero bien —sacudió la melena— si él lo quiere así, por algo será.

—Perdona, Miranda, pero tengo que ir a por un café para el señor Maddox —dijo Gene haciendo especial énfasis en el tratamiento de su jefe, algo que hizo reír a las dos.

—¿Te parece bien si vamos juntas? Yo también iba a por un café para Jack y de paso nos tomamos uno las dos. Las berlinas de la cafetería de la esquina son deliciosas. No puedo pasar sin comerme una cada día. Sé que no debería, porque van directas a las caderas. —Gene no pudo evitar mirar dicha parte

del cuerpo de Miranda, observando que nada en estas reflejaba que cada día se metía entre pecho y espalda quinientas calorías en solo dos bocados y sonrió—, pero tengo buena genética. Con un poco de ejercicio, lo quemo todo. ¿Nos vamos?

—Sí, espera que coja el bolso.

—No lo necesitas. El bufete tiene cuenta en la cafetería y también en varios de los restaurantes del barrio.

—Ah, pues no lo sabía.

—Claro, porque nadie te lo ha dicho. Carter está cabreadísimo porque lo has reemplazado en su trono de reinona y Lewis —chasqueó la lengua— ya sabemos las dos que es un perfecto capullo. Tú, cualquier cosa que quieras saber, me la preguntas a mí. Lo sé todo aquí.

—Muchas gracias, Miranda —dijo mientras andaban hacia el ascensor. Al pasar por delante del mostrador de recepción, Gene se detuvo unos segundos—. Carol, vamos a por cafés. ¿Quieres que te traiga uno?

La recepcionista apartó los ojos de su pantalla y la miró asombrada, allí nadie solía tener ese tipo de detalles con ella, excepto el señor Lefkowitz que era muy amable siempre.

—Muchas gracias, Gene, pero no. Si tomo café antes del mediodía se me descomponen las tripas.

—Está bien, nada de café. ¿Cualquier otra cosa, un zumo, un té?

—Qué amable eres, querida, pero no.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, Miranda le dijo:

—Nos vamos a llevar genial.

Gene la miró agradecida. La idea de ser amiga de Miranda la llenaba de felicidad. Carter era un poco *snoob* y no la trataba demasiado bien, y Lewis se comportaba como el hijo del demonio, así que un poco de simpatía no le iba a venir mal para sobrellevar los seis meses que le quedaban por delante en el bufete.

Al regresar de la cafetería, la sonrisa que Gene llevaba en los labios se le desdibujó de golpe. En la puerta de su despacho, apoyado en la pared y guapo hasta la muerte, estaba Lewis mirando fijamente las puertas del ascensor como si llevara allí mucho tiempo esperando su vuelta.

—Miranda, tengo que dejarte ya, el señor Maddox me espera.

—Ya veo, por su cara me parece que quiere matarte.

—¿Tú crees?

—No, mujer, claro que no —se rio—. Lewis no es tan malo como lo pintan.

—Lo dudo. Es mucho peor.

—Anda corre, he visto que está cogiendo la grapadora con ojos de psicópata —dijo Miranda entre risas.

Gen recorrió la distancia hasta su puesto de trabajo a toda prisa, Lewis al verla avanzar hacia allí había entrado de nuevo al despacho, donde la esperaba apoyado en su mesa y los brazos cruzados en actitud beligerante.

—Ha tardado mucho —la reprendió en cuento entró.

—Miranda me ha entretenido un poco —se excusó tendiéndole el vaso de café.

—Está aquí para trabajar, no para hacer amigos.

—Eso me queda claro.

—No quiero que se junte con Miranda.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo y punto. Soy su jefe y aquí mando yo.

—Mira, Le-Le-señor Maddox, eso que me está pidiendo no me parece apropiado. Que esté aquí para trabajar no me impide mantener una buena relación con mis compañeros. Si piensa que eso va a entorpecer mis funciones, se equivoca.

—Pues, por lo pronto, el café está frío —dijo con una mueca de asco tras probar un sorbo. Gene dudaba mucho que eso fuera verdad, pero no pensaba llevarle la contraria.

—Será que lo han servido frío en la cafetería.

—Es la primera vez que pasa en cinco años.

—Siempre hay una primera vez para todo —le repuso ella con las manos apoyadas en las caderas.

—Tome —le devolvió el vaso—. Por cierto —consultó su reloj de pulsera—, son casi las nueve y media y George sigue sin pasear.

—¿Y por qué no lo lleva usted antes de venir? —Aquellas palabras habían salido de su boca como un tren de alta velocidad antes de que pudiera pensar siquiera en reprimirlas.

—¿Bromeas? —La miró contrariado.

—No.

—No tengo por qué darte explicaciones, Gene...

—Señorita Johnson —le interrumpió.

—Eso, señorita Johnson, lo que decía, que no tengo por qué darle

explicaciones, y no lo pienso hacer. Soy su jefe y entre sus funciones está pasear a George cada mañana. A partir de ahora lo hará antes de venir al despacho, para que no se le olvide.

—¿Y qué quiere que haga ahora?

—Que vaya a sacar a George.

—Está bien —dijo Gene con resignación.

—No tarde demasiado, luego debemos visitar al señor O'Toole.

—¿Debemos? ¿Los dos? —Lo miró sin entender.

—Yo, no se confunda —aclaró—. Usted me acompañará en calidad de asistente.

—¿Por qué no viene ese señor a la oficina?

—Porque ha llamado y ha pedido expresamente que lo visitemos. Además, no tengo que darle explicaciones sobre mi trabajo.

—Lo siento, no era mi intención pedir las —se excusó.

—No tiene que estar sintiéndolo todo a cada rato, haga su trabajo y no me entretenga con sus absurdas preguntas.

Gene no entendía por qué Lewis era así con ella, estaba empezando a dudar de su plan. Visto lo visto, no surtía efecto.

Cuando Carol la vio salir del despacho contrariada, no dudó en preguntarle qué le pasaba.

—¿Todo bien, querida?

—Todo lo bien que puede ir trabajando para el señor Maddox.

—¿Dónde te ha mandado ahora? —le preguntó haciendo una mueca.

—A sacar de paseo a su adorable perrito. Luego tengo que acompañarlo a visitar al señor O'Toole.

—¿Al señor O'Toole? —preguntó Carol extrañada—. Creía que venía él mismo esta mañana.

—Por lo visto ha llamado y ha pedido que sea el señor Maddox quien lo visite.

—Qué raro, no recuerdo que haya llamado.

—Pues no sé qué decirte. Eso es lo que el señor Maddox me ha dicho.

—Quizá recogió el recado Miranda —dijo Carol encogiéndose de hombros.

—Bien, he de irme.

—Mucha suerte —le dijo para darle ánimos.

Aquella ropa que vestía Gene aquel día era poco apropiada para pasear perros, pero dudaba mucho que Lewis tuviera alguna prenda de su talla y unas

zapatillas del cuatro para prestarle. George la recibió jovial, algo más que el primer día. Gene le puso la correa y salió a la calle rezando por que a George no le diera por salir corriendo tras un gato y la arrastrara con aquellos tacones hasta limarlos y convertirlos en unas bailarinas.

—Apiádate de mí —le pidió, parada en el porche, mientras George movía la cola incesantemente. Esta vez no pensaba soltarlo.

George hizo lo propio y anduvo al lado de Gene a paso lento.

—Gene. —Escuchó que alguien la llamaba—. Espera.

Se giró y vio a Mark corriendo hacia ellos.

—No esperaba encontrarte hoy por aquí.

—Ya ves, soy la paseadora oficial de perros de mi oficina.

—¿Por qué no has respondido a mis mensajes?

Mark le había mandado un par de mensajes tras su cita, y Gene no le había respondido.

—Lo siento, no he tenido tiempo.

—¿Ni dos minutos para mandar un emoticono?

—Supongo que ni esos dos minutos.

—Gene, somos adultos, no hace falta que disimules. Si no quieres que te moleste más solo tienes que decírmelo.

—No me molestas, solo que creo que no conectamos.

—Quizá no te parezca un candidato para ser tu pareja, pero podemos ser amigos, ¿no crees?

—Supongo que eso estaría bien.

—¿Puedo acompañarte?

—Sí, no veo por qué no.

Gene accedió a pasear con Mark, no veía por qué no podían ser amigos. Mark era un chico agradable y se había portado muy bien con ella desde el primer momento.

—Gracias por acompañarme, has sido muy amable.

—No me las des. Aunque podrías decirme quién era el hombre de anoche.

—Es largo de contar —respondió Gene parándose en seco.

—Tengo tiempo.

—Verás, ese hombre es el dueño de este perro.

—Vaya, así que es tu jefe.

—Sí.

—Pues me parece una manera poco adecuada de tratar a una empleada, ¿no crees? —le preguntó Mark ladeando la cabeza.

—Sí, lo es, pero ese hombre y yo compartimos un pasado.

—¿Qué tipo de pasado?

—Fuimos novios o, bueno, algo parecido, hace mucho tiempo.

—¿Y ahora?

—Ahora no, ahora solo es mi jefe y parece tenerme mucha manía.

—¿Y a qué crees que se debe?

—No lo sé, pero parece estar muy ofendido conmigo cuando debería ser al revés. Me dejó plantada cuando consiguió lo que quería de mí.

—¿Y qué quería de ti? —preguntó Mark agarrando su mano.

—Acostarse conmigo.

—¡Qué capullo! —exclamó.

—Era y sigue siendo un capullo. No entiendo qué he podido hacerle yo.

—Quizá sea el hecho de verte convertida en una mujer preciosa que no quiere nada de él —dijo él acariciando su mejilla.

—Eso es absurdo. Lewis puede tener a sus pies a la mujer que quiera.

—No a una tan inteligente.

—No soy tan lista.

—Yo creo que sí lo eres, además de creer que en el fondo sigues enamorada de él.

—No, no podría odiarlo más. ¿Por qué dices eso? —le preguntó Gene asombrada de que Mark hubiera llegado a esa conclusión tan absurda.

—Porque ninguna mujer, a sabiendas de que tiene que sacar al perro de su jefe, se viste de esta guisa —respondió Mark sonriendo.

—Esta ropa no es por él, es por mí.

—No te pillo.

—Verás, mis amigas creen que puedo reconquistarlo para después machacarlo. Un plan absurdo que además no está surtiendo ningún efecto.

—Quizá pueda ayudarte.

—¿Eres estilista?

—No —contestó Mark soltando una carcajada—, pero anoche no parecía muy contento de verte con otro chico. Podría fingir que soy tu novio y darle celos. Apuesto a que eso será un plus para tu plan.

—No sé...

—Venga, Gene, será divertido.

La insistencia de Mark y las ganas que tenía de fastidiar al odioso de Lewis Maddox, acabaron de convencer a Gene.

—Está bien.

—Así me gusta, cuando uno planea algo tiene que hacerlo a lo grande.

—¿Entonces somos oficialmente novios falsos? —Aquello sonaba loco saliendo de la boca de Genevieve.

—Falsamente novios —afirmó Mark dándole un abrazo para consolidar aquella falsa relación.

## 9

—¿Dónde narices me has traído? —preguntó Gene molesta, saltándose sin querer el tratamiento formal, mientras sus zapatos se hundían en un barrizal.

—Pensé que te gustaría venir a la naturaleza —respondió Lewis, encantado del malestar que le producía a Gene estar en la granja del señor O'Toole, olvidando a su vez las formalidades.

—No es mi ideal de cita.

—¿Crees que esto es una cita? —Soltó una carcajada maliciosa.

—Con un cliente, señor Maddox, con un cliente.

—Me alegra saber que has desestimado la posibilidad de que tú y yo tengamos una cita —dijo él de manera altiva y con mucha soberbia.

—Yo solo tengo citas con mi novio. Nunca albergaría tal posibilidad, además, usted ya tiene a Miranda para atender esas necesidades.

—Miranda es la asistente de mi socio, no me une a ella nada más allá de lo estrictamente profesional, y espero que su boca esté cerrada y no difunda ese rumor barato por el bufete. No sería de buen gusto para Jack.

—Tranquilo, no me van los chismorreos.

—Permítame que la corrija, señorita Johnson, a usted le gustan demasiado los chismorreos y jugar a dos bandas.

—¿Lo dice usted por mi novio?

—Ese hombre debería andarse con cuidado, usted no es de fiar —dijo Lewis mirándola fijamente para intimidarla—. Ahora, acelere el paso, el señor O'Toole nos espera en el cobertizo.

Y así era, el dueño de aquella finca les estaba esperando en el cobertizo organizando a los capataces que se movían de un lado para otro portando pesadas herramientas de todo tipo.

—Bienvenidos, ha sido muy amable por su parte ofrecerte a venir —le dijo a Lewis con un apretón de manos—. Veo que ha cambiado a Carter por esta bella señorita.

—Me temo que por poco tiempo, señor O'Toole. Solo soy una becaria. Mi nombre es Genevieve Johnson —se presentó ella, ofreciéndole la mano para

saludarlo.

—Y bien, ¿qué quería comentarme, señor O’Toole? —le preguntó Lewis secamente.

—Verá, Lewis, tengo pensado comprar los terrenos de los MacDonovan. Necesito que esté al tanto de si están libres de cargas y que sean óptimos para realizar mis actividades agrícolas. No quisiera encontrarme sorpresas desagradables.

—Por supuesto, no se preocupe por eso.

—Bien, le daré todos los datos catastrales para que me haga las averiguaciones. Y, aprovechando que están aquí, les enseñaré la granja, seguro que a la señorita Johnson le encantará conocerla.

—Me temo que Genevieve es una mujer poco rural.

—¿Y usted qué sabe, señor Maddox? Habla como si me conociera de toda la vida —repuso ella.

—Lo suficiente para saber que el fango le desagrada.

—Bueno, si lo prefieren podemos ir a mi casa. Tengo un queso que produzco yo mismo que seguro que les encantará probar.

—Me parece bien —aceptó Lewis.

—Si me acompañan —dijo el señor O’Toole, ofreciéndole gentilmente el brazo a Gene para conducirla.

El señor O’Toole les sirvió unas copas de vino y cortó unos trozos de queso para que lo degustaran.

—Díganme qué opinan, este queso es mi mayor tesoro.

—Está delicioso, ¿dónde podemos comprarlo? —preguntó Gene sinceramente, aquel queso era una delicia para el paladar.

—Me temo que no está a la venta, lo produzco para mí y regalo alguno de vez en cuando a amigos.

—¿Y no ha pensado en comercializarlo?

—Disculpe a mi asistente, se toma demasiadas libertades —intervino Lewis.

—No, déjela hablar, se la ve muy inteligente.

—No lo crea, señor O’Toole, aún me queda mucho por aprender, pero este queso se merece un puesto de honor en las tiendas más selectas como producto gourmet. Sacaría suculentos beneficios que le ayudarían a pagar la manutención de las ovejas y las vacas.

—Continúe —dijo el señor O’Toole tomando asiento y apoyando los codos sobre la mesa.

Gene le contó cuáles serían sus ideas para un plan de ataque comercial, así como la posibilidad de hacer una reunión con varios comercios y clubs gastronómicos selectos que publicitaran su queso y lo dieran a conocer. Una distribución pequeña, pero efectiva, que posicionara el queso del señor O'Toole como algo exclusivo.

—Me encanta, creo que podríamos hacerlo —celebró el señor O'Toole mirando a Gene con sus ojos vivarachos—. Siempre supe, a pesar de todo, que Lewis Maddox era un buen abogado y que se rodearía siempre de las personas más astutas. A pesar de aquel escándalo con el caso Collins yo no renuncié a los servicios del bufete.

—No creo que eso sea de la incumbencia de Gene —dijo Lewis algo molesto.

—Es tu asistente, seguro que ya está al tanto de todo aquello. Salió en todos los medios de prensa.

—Lo siento, no sabía nada —dijo Gene dirigiendo una mirada compasiva a Lewis.

—Menuda jugarreta le hicieron aquí al amigo. Mira que robarle las pruebas. Alguien sacó una buena tajada vendiéndole esos documentos a DA Lawyers —concluyó el señor O'Toole para desgracia de Lewis que se mostró incómodo durante toda la conversación.

—Nadie puede prever que le van a robar, no es culpa del señor Maddox —dijo Gene para lanzarle un capote aunque no se lo mereciera.

—Por eso seguí confiando en él y en su bufete. Pero no todo el mundo pensó lo mismo y la gente salió huyendo como si tuvieran pulgas en el colchón.

—Le agradezco mucho su arranque de sinceridad —dijo Lewis levantándose y tendiéndole la mano para despedirse—, y la confianza que me brinda, pero hemos de irnos.

—¿Tan pronto?

—Sí, aunque no tengamos muchos clientes algunos nos aguardan —respondió molesto, pero guardando la compostura.

—Les llamaré pronto para el tema del queso, esta muchacha me ha sorprendido mucho. No la deje escapar, Lewis, no la deje escapar.

Lewis salió de la casa del señor O'Toole como alma que lleva al diablo y Gene no podía seguirle el paso con aquellos tacones.

—Lewis, espera.

—Quiero irme, ese hombre me ha sacado de mis casillas —gruñó a tres

yardas por delante.

—Lo siento, no es culpa mía y no quiero romperme la crisma corriendo tras de ti.

—No sientas nada, ese señor es un borracho —dijo él antes de reemprender el paso.

—¿Pero es cierto lo que ha contado?

—Sí lo es, pero no fue culpa mía que me robaran las pruebas, no sé siquiera quién pudo ser.

—Nadie ha dicho que la tuvieras... Por favor, espérame, aquí hay mucho barro.

—Te las sabes arreglar muy bien solita, te felicito por ese plan de negocios.

—¿Qué te molesta de eso? No lo entiendo.

—Me molesta tú, me molesta tu presencia desde el minuto uno. Me molesta que tenga que soportarte porque seas la hija de Albert Johnson y no podamos perder más cuentas de clientes.

—Es muy feo eso que dices, Lewis, y no es justo.

—La vida es injusta y siempre que apareces en la mía la fastidias.

Lewis siguió su marcha y a Gene le invadió una gran tristeza mientras lo veía alejarse tras soltar aquello. ¿Cómo podía odiarla tanto? ¿Cómo podía generarle tanta desdicha? Gene anduvo como pudo por aquellos lares, daba torpes zancadas y no tenía nada a lo que agarrarse para evitar una caída.

—¡¡Socorro!! —gritó mientras resbalaba por un hoyo inesperado en mitad del camino. El lateral del vestido se le desgarró y uno de los tacones se partió cuando sus pies tocaron suelo. Su cuerpo estaba cubierto de barro y le sangraba una de las rodillas—. Lewis, por favor, ayúdame.

—Dios mío, Gene. —Lewis que había escuchado sus gritos de socorro se asustó mucho al volverse y ver que había desaparecido. Corrió hacia donde escuchaba sus quejidos y se la encontró en aquella zanja en una postura poco ortodoxa—. Te sacaré de aquí, déjame ayudarte, agárrate a mi mano.

—Me duele el tobillo.

—Tranquila, confía en mí. —Lewis extendió el brazo para que ella lo alcanzara, y cuando ella se hubo cogido de su mano hizo fuerza para que pudiera trepar por la resbaladiza pared de fango—. Ya casi estás, un último esfuerzo.

Gene logró salir de aquel agujero, que si bien no era muy profundo, sí lo suficiente como para hacerse daño. En cuando estuvo a salvo no pudo reprimir

más el llanto.

—Lo lamento mucho, no era mi intención —dijo Lewis viéndola en aquel estado tan lamentable. Estaba completamente embarrada y tenía un feo rasguño en la rodilla que le sangraba. De no haberse sentido tan culpable, hasta le hubiera resultado gracioso verla así, pero Gene se había hecho daño de verdad, y eso no era algo de lo que sentirse orgulloso. Lo único que pretendía al llevarla a la granja O’Toole era que se manchara esos zapatos de tacón y bajarle de paso un poco la autoestima—. ¿Estás bien? —preguntó Lewis preocupado mirando su rodilla.

Ella lo miró con ganas de estrangularlo.

—Mientes, has disfrutado mucho de traerme aquí, Lewis. No sé qué es lo que he podido hacerte en esta vida, pero me lo estás haciendo pagar con creces.

—Me duele que pienses que podría querer hacerte daño, no me agrada que te rompas la crisma, Gene, ¿me oyes?

—¿Por qué me odias tanto? —gimió Gene.

Él la miró disgustado consigo mismo y respondió:

—No te odio.

—No es cierto. Me odias. Me desprecias. Yo te quería, Lewis, te entregué mi cuerpo, creía que eras especial y que yo era especial para ti.

—Y lo eras, mucho, demasiado especial —le confesó en un arranque de sinceridad, motivado por el dolor que veía ahora reflejado en los ojos de Gene.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? —le inquirió con los ojos llenos de lágrimas.

—Nada, déjalo, no es momento de hablar de eso ahora, estás herida. —Lewis le prestó su chaqueta para que se cobijara y la acompañó sin soltarla hasta el coche. Ella caminó cojeando apoyada en su brazo.

—Llévame a casa —le pidió mirando por la ventana para evitar su mirada.

—¿No prefieres que te vea un médico?

—No, quiero irme a casa.

—Está bien —dijo él preocupado, sabía que se había pasado y que había puesto en peligro la integridad de Gene.

# 10

Hicieron el trayecto hasta Edimburgo en completo silencio. Gene estaba molesta con Lewis por haberla llevado a esa granja hasta los topes de barro con la clara intención de fastidiarla, pero al mismo tiempo había notado tras el accidente un cambio importante en su actitud, que la tenía bastante descolocada.

—¿De verdad que estás bien? —volvió a preguntar él cuando salieron de la M8.

—Sí, me curaré en casa. Solo es un arañazo.

—¿Y el tobillo?

—El tobillo está bien. En cuanto llegue a casa me pondré un gel antiinflamatorio y una venda compresora.

—¿No sería mejor ir a un médico?

—Ya te he dicho que no —dijo exasperada con él. Tanto interés y preocupación la tenían aturdida después de haberse portado con ella como una vil serpiente.

Cuando el coche se detuvo delante de la casa de Lewis, lo miró extrañada.

—¿Qué hacemos aquí?

—Voy a curarte, lo quieras o no. Me siento responsable de lo ocurrido.

—No tienes por qué. He sido yo, soy muy patosa y estos zapatos no han ayudado.

—Se te ha roto un tacón —apreció él mirando el pie desnudo de Gene. Se había quitado los zapatos durante el trayecto y envolvía con las manos el tobillo que se había lesionado en la caída. La pobre estaba hecha un desastre. El bonito vestido rajado en todo el lateral, las medias rotas y el barro manchándola de la cabeza a los pies.

—Lo sé.

—Te compraré unos nuevos. Parecen caros.

—Pero no lo son. Me los compré en Zara las rebajas pasadas. Una ganga. No te preocupes —le replicó en un tono antipático que Lewis no supo cómo interpretar. Estaba siendo amable con ella y Gene se comportaba como si la

estuviera pisoteando.

—Insisto.

—Puedes insistir lo que quieras. Estamos fuera de horas de trabajo y no puedes obligarme a aceptarlos.

—Trato de ser amable —le repuso con una sonrisa tratando de congraciarse con ella, pero se lo estaba poniendo difícil.

—Y yo todo lo contrario por si no te has dado cuenta.

—Es evidente, pero no me harás cambiar de opinión —dijo abriendo la puerta mientras ignoraba sus protestas de que no pensaba dejarse curar. Maldita cabezota. No había cambiado mucho en ese aspecto—. ¿Puedes salir? —le preguntó abriéndole su puerta.

—La pregunta correcta es: ¿Quieres entrar? Y la respuesta es: no, no quiero.

—Venga, Gene.

—¿Ahora soy Gene?

—Siempre has sido Gene, tú insististe en lo de señorita Johnson.

—Porque tú me obligaste a llamarte señor Maddox, cuando nadie en el despacho te llama así, salvo Carol.

Lewis volvió la cabeza mirando hacia el final de la calle y suspiró hondo, armándose de paciencia.

—Está bien, puedes llamarme Lewis si quieres.

—Pues me da igual lo que quieras porque ahora soy yo la que no quiere llamarte Lewis y prefiero que sigas siendo el señor Maddox.

Lewis sonrió divertido. Podía llamarlo así si lo prefería, aquel formalismo le ponía bastante cachondo.

—Entonces yo te llamaré señorita Johnson también —afirmó.

—Me parece perfecto —dijo ella, apreciando esta vez lo bien que sonaba su apellido en boca de Lewis—. Mejor no. Llámame Gene.

—Me desconciertas —dijo Lewis sacudiendo la cabeza.

—¿Yo le desconcierto, señor Maddox? De verdad, quiero irme a casa.

—Gene, solo será un momento. Bajemos el hacha de guerra por unas horas, por favor. Venga, sal. Está empezando a llover. —Contrariado él sacudió la cabeza. Esa mujer era como un cubo de Rubik. Imposible de resolver incluso con el manual en la mano.

Aquel *por favor* sirvió para que Gene bajara la guardia y decidiera entrar en casa de Lewis. Pero no sin antes hacerse algo más de rogar. Gene se cruzó de brazos como una niña malcriada. Parecía que el plan no estaba yendo del

todo mal. Ahí lo tenía, suplicando. Bueno, suplicando tal vez no, pero muy obstinado en hacerla entrar en su casa

—Sal, por favor. No me obligues a sacarte.

—Ahora ha estado mucho mejor, señor Maddox. Ese *por favor* saliendo de su boca me ha sabido a miel en la lengua —dijo sacando un pie del coche, pero, al apoyar el otro en el pavimento, el tobillo se le resintió, y no pudo evitar soltar un quejido de dolor.

—Espera, apóyate en mí —le pidió Lewis, envolviéndole la cintura con el brazo y casi levantándola en el aire.

En cuanto entraron en la casa, George, al verla se puso loco de contento y se mostró preocupado por ella lamiendo su herida de la rodilla.

—Veo que le gustas —apuntó Lewis cuando la vio acariciar la cabeza de su perro.

—Y él a mí, mucho más que su dueño.

—Supongo que George te lo ha puesto más fácil que yo.

—No lo crea, señor Maddox, también es bastante peleón —repuso Gene.

—Deberías darte una ducha. Te prestaré algo de ropa.

—No pienso ponerme su ropa, señor Maddox —protestó ella con una mueca de asco.

—Por favor, deja de llamarme señor Maddox, estamos en tiempo muerto, relájate un poco.

—Supongo que eso será una orden —dijo ella, mirándolo fijamente y provocando en Lewis una extraña sensación, aquella que hacía tiempo que no sentía al mirar a una mujer bonita.

—Es una sugerencia.

—Acepto la sugerencia si tú lavas mi ropa. Me quedaré el tiempo necesario hasta que esté lista y poder irme. —Obligar a Lewis a que le lavara la ropa era devolverle un poquito de su propia medicina.

—Trato hecho —dijo él con una sonrisa.

—¿Lo harás?

—Lo hará la lavadora. No pensarás que voy a lavártela a mano como en el siglo pasado.

Aquello hizo reír a ambos y el ambiente entre ellos se relajó. Lewis acompañó a Gene a la planta de arriba y le dio unas toallas antes de acompañarla a su dormitorio, donde se encontraba el baño.

—Tómame el tiempo que necesites. —Lewis dejó la mano demasiado tiempo sobre la de Gene, generando en ambos cierto nerviosismo.

—Gracias, Lewis. Eres muy amable.

Sus palabras quedaron flotando en el aire y sus ojos se encontraron, los labios de ella ligeramente abiertos.

—Ge...

—Si me dejas sola —le interrumpió ella. Se separó de Lewis comenzando a quitarse la chaqueta que él le había prestado y que ahora presentaba un estado tan lamentable como su propia ropa—. Dejaré las prendas aquí y podrás cogerlas cuando esté en el baño.

Él salió del dormitorio y se quedó plantado en el pasillo, la espalda apoyada sobre la madera de la puerta. Visualizó a Gene quitándose el vestido, el largo cabello acariciándole los hombros desnudos. Después se imaginó cómo se quitaba las medias y la ropa interior antes de meterse en la ducha. Vio la cortina de agua resbalando por aquellas curvas perfectas y su cuerpo suave y brillante por el jabón.

Colocó la mano en el pomo y tomó aire en busca de valor. No lo haría, se dijo. No entraría, pero tras contar hasta tres entró. Ella ya no estaba en el dormitorio. El montón de ropa sucia descansaba en el suelo junto a la puerta del cuarto de baño. Se quedó mirando la puerta cerrada, reprimiendo de nuevo sus deseos de entrar.

Para Gene estar en el cuarto de baño Lewis era traspasar los límites de la intimidad de un ser humano. Ya había estado en su casa antes para sacar a George, pero no había pasado del recibidor y la cocina, aunque hubiera podido explorar la casa a sus anchas, ella había querido respetar esos límites. Pero ahora todo parecía ser distinto.

Cerró la puerta y se apoyó contra la hoja, con todo el cuerpo tenso y presa de un cosquilleo. Quería darse una ducha, pero no sola. Quería a Lewis. Quería que él entrase, la empujase contra la pared y le hiciera el amor hasta agotarla. No sentía la menor culpa por desearlo. Él se había comportado como un cretino en el pasado y lo seguía haciendo hoy en día, pero su cuerpo lo anhelaba ajeno por completo a lo que su cabeza pensaba que era lo correcto.

Abrió el grifo y se metió dentro de aquella ducha de estilo moderno con mamparas de cristal templado. Dejó que el agua caliente cubriera todo su cuerpo y apoyó la frente en la pared cerrando los ojos, imaginando cómo hubiera sido su vida si él no la hubiera dejado tirada de aquella manera. Recordó aquellos tiempos felices en la isla de Skye junto a Lewis y cómo le hacía sentirse especial.

—¿Va todo bien? —escuchó al otro lado de la puerta.

—Sí, gracias.

—Te he traído ropa. ¿Estás visible?

—No, espera, salgo en dos minutos —respondió Gene.

El tobillo aún le dolía, se agarró al borde de la mampara y sacó la pierna derecha, cuando le tocó el turno a la izquierda se desestabilizó y cayó al suelo alertando a Lewis con su alarido, que no dudó en abrir y entrar para socorrerla.

Cuando la vio allí tendida, desnuda, a Lewis se le formó un nudo en la garganta. Gene era la criatura más bonita que había visto jamás, siempre le había parecido guapa, pero ahora era más que eso. Su cuerpo se había torneado y era toda una mujer.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó intentando levantarla.

—¿Podrías darme una toalla? —le pidió Gene ruborizada.

—Sí, tranquila.

Lewis alcanzó la toalla y la cubrió con ella abrazándola al mismo tiempo, provocándole un deseo que no pudo controlar. Se aproximó a su cara con la respiración acelerada y la besó con furia, mordiendo sus labios, humedeciéndolos con su lengua y despertando los instintos de ambos.

—Esto no está bien —dijo de repente Gene, apartándose bruscamente.

—¿Por qué no? ¿Qué sucede?

—Eres mi jefe y además está Mark.

—¿Quién es Mark?

—Es mi novio.

—¿El mequetrefe del otro día?

—No lo llares así, él no te ha hecho nada.

—Me acaba de joder, creo que ha hecho bastante —dijo Lewis mesándose el pelo y cambiando el gesto.

—¿Eso es lo que crees, que Mark te ha fastidiado el polvo? ¿Eso es lo que siempre he sido para ti, un polvo?

—No sabes lo que dices —gritó.

—No lo sé, porque eres hermético. Cuando las cosas no se producen según lo planeado te enfadas y te alejas, sin tener en cuenta lo que pueda sentir la otra persona.

—Tú lo has dicho, cuando no se producen según lo planeado. Si tú... Si tú...

—Dilo... —Gene notó su voz vacilante—. ¿Si yo qué?

—Déjalo, será mejor que te vistas, te llevaré a casa.

—No será necesario, llamaré a Mark, vive cerca, creo que será lo mejor.

Gene se puso aquella ropa de mujer que inexplicablemente Lewis tenía en su casa. ¿Sería de Miranda? Poco le importaba en ese momento, quería irse de allí cuanto antes.

—Mark llegará en cinco minutos. ¿Me harás el favor de llevarme la ropa mañana al despacho? Yo te devolveré esta ropa de Miranda.

—¿Por qué crees que es de Miranda?

—Es tu novia, supongo que es de ella.

—Miranda no es mi novia —Lewis protestó crispado—. Te agradecería que no vayas diciendo eso.

—¿Tanto miedo te da decir abiertamente que tienes una relación? —inquirió Gene.

—No me da ningún miedo, pero Miranda no es mi novia, no es nada para mí.

—Entonces ella y yo estamos en igualdad de condiciones.

—La ropa es de Cora —quiso aclararle.

—¿De Cora? ¿Tu hermana Cora?

—Sí, de mi hermana Cora —respondió con aire cansino—. Se la dejó aquí la última vez que vino de visita.

—Hace mucho que no sé de ella —dijo Gene con cierta melancolía. Aquel verano en la isla de Skye, Cora había sido su amiga, y la culpable entre comillas de que ellos dos hubieran empezado a salir, tras retarla a que le pidiera un beso a su hermano, pero tras la repentina ruptura, habían perdido también todo el contacto.

—Supongo que debería disculparme por eso. Yo la obligué a no hablarte más.

Gene lo miró sin poder dar crédito, aunque era algo que había imaginado. Cora dejó de responder a sus llamadas tan pronto Lewis rompió la relación.

—Es lo último que me quedaba por oírte decir hoy. Igualmente dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

Gene recibió un mensaje, después de leerlo, levantó los ojos y se concentró en el rostro de Lewis, que no había apartado la mirada de su persona, y dijo:

—Es Mark, me espera fuera.

Gene salió a la calle y ver a Mark allí le supuso un gran alivio. Aunque no era su novio de verdad disfrutaba de su compañía. Y no dudó en aprovechar

que Lewis los observaba desde la ventana para pedirle que la besara.

—Bésame, Mark.

—¿Así, sin más, sin un hola? —dijo divertido.

—Sí, Lewis está mirándonos por la ventana, quiero que reviente de celos.

# 11

Con un suave suspiro, Mark le envolvió la nuca con las manos y presionó la boca contra la suya con avidez. Aquel beso se extendió en el tiempo más de lo que Gene hubiera querido, pero había que reconocer que Mark besaba bien, aunque solo se tratara de un amigo.

—Eres deliciosa —dijo él apartándose al cabo de un rato.

—No me digas eso —dijo Gene sintiéndose culpable. No debería haberle pedido a Mark que la besara. Era evidente que ella le gustaba y besarse con él no había estado bien, pese a que había sido un beso estupendo.

—¿Por qué no? Lo eres —le repuso él, pasándole el dedo por la mejilla.

—Porque tú y yo no estamos juntos.

Mark sin poder evitar lo que su cuerpo le pedía, volvió a besar a Gene con pasión, una pasión que ella no podía permitirle, porque traspasaba los límites que debían poner en aquella falsa relación. Empujándole el pecho consiguió apartarlo y él la miró dolido.

—Mark, solo somos amigos —afirmó soportándole la mirada.

—Lo sé, pero no estar juntos no implica que no podamos disfrutar.

—Yo no soy así.

—Pero me has pedido que te besara —replicó él con acritud.

—Lo sé, pero solo por molestar a Lewis y ya lo hemos hecho. No es necesario que nos vea montarnos en plena calle. Siento si te he dado lugar a confusión, y si crees que no vas a poder mantener los límites es mejor que no sigamos con el plan.

Mark bajó la mirada y la apartó a un lado, avergonzado. Había pensado que en medio de esa falsa relación podría terminar enamorándola, pero Gene se negaba, por lo visto seguía enamorada de su jefe y antiguo novio.

Lewis los estuvo observando desde la ventana de su salón con el ceño fruncido. Ver a Gene en brazos de otro hombre lo llenaba de una furia inexplicable, pero que ese hombre fuera además Mark McGillis, el hijo de Elliot McGillis, socio mayoritario de DA Lawyers, le terminaba de hervir la

sangre. Por culpa del padre de ese hombre, el novio de Gene, su bufete se había quedado sin clientes y estaba a un paso de la quiebra.

Miró a su alrededor, contemplando los muebles y las obras de arte que había ido adquiriendo desde que compró la casa, todo ello fruto de su perseverante trabajo y su buen hacer en los casos que había llevado desde que se incorporó al bufete del padre de Jack, y la idea de perderlo en breve lo inundó de tristeza. Pero aquello podía suceder de un modo casi irremediable si él y su socio no daban con la fórmula que levantara de nuevo el despacho. Necesitaban nuevos clientes y los necesitaban ya.

Cuando volvió a mirar al exterior, la pareja había desaparecido en la oscuridad de la calle y pensó en Gene, en lo cerca que habían estado esa noche. En su cuerpo caliente pegado al suyo. En su embriagador aroma. En lo mucho que la deseaba. Y por primera vez desde aquel verano se preguntó si la había echado de menos. Si en el fondo seguía albergando sentimientos hacia ella, más allá del rencor que visiblemente le guardaba. Si sería capaz de perdonarle su traición. Si podría darle una segunda oportunidad o si podría dársela a sí mismo. Lewis, a pesar de la juventud de ambos, la había querido muchísimo, de un modo que había sido incluso incapaz de canalizar cuando se enteró por boca de su amigo Strike que Gene se la estaba pegando con Matthew Anderson, un paleta de Portree. Al principio no quiso creérselo, pero luego los vio juntos, y supo que sus ojos no podían engañarle. Gene estaba jugando a dos bandas. No le dio ni ocasión de explicarse, ¿qué milonga iba a contarle?! Era obvio que mientras le hacía creer que era el primer chico con el que hacía el amor, se abría de piernas con cualquier hijo de vecino. Simplemente se reunió con ella en el muelle y le dijo que no quería volverla a ver nunca más y ella se puso a llorar, pero él sabía que sus lágrimas eran mentirosas. La había visto con Mathew Anderson dándose el lote en el parque la tarde anterior, y no estaba solo: su hermana Cora también lo había presenciado y le había prometido allí mismo que no volvería a relacionarse con Gene en la vida.

Al día siguiente al ver que ella no estaba en su puesto de trabajo, la cólera volvió a apoderarse de Lewis. ¿Pero quién se creía que era para incumplir su horario y funciones? Le había ordenado que fuera a pasear a George antes de ir al despacho y él había retrasado su salida para propiciar un nuevo encuentro en la privacidad de su casa, pero Gene no se había presentado, y había tenido que pasear él mismo a su perro, y tras eso había ido al bufete esperando

encontrársela allí y soltarle una bronca de tres pares de narices que la pusiera de nuevo en su lugar.

Se acercó a Carol, la mujer estaba concentrada en su pantalla, haciendo a saber qué. Había tan poco trabajo esos días que presumía que la recepcionista pasaba la mayor parte del tiempo navegando en internet.

—¡Carol! —le gritó con la intención de sobresaltarla. Lo consiguió, la mujer dio un respingo en la silla y se le quedó mirando con los ojos abiertos de par en par y la mano sujetándose el pecho.

—Dios santo, señor Maddox, qué susto me ha dado.

—Si estuviera más pendiente de la recepción que de fisgar en la Red me hubiera visto venir —la regañó de malos modos y la mujer se encogió en su silla.

—Perdone, señor Maddox. ¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy buscando a la señorita Johnson.

—Todavía no ha llegado —respondió ella con la voz trémula. La que le iba a caer a Gene iba ser buena, el señor Maddox no parecía gozar de buen humor esta mañana, pensó Carol, viendo su gesto contrariado.

—¿Cómo que todavía no ha llegado? Son las nueve, debería estar aquí.

La recepcionista se encogió de hombros levemente.

—No puedo decirle más.

—¿Y no ha tenido el detalle de llamar al despacho para avisar de su ausencia?

—Lo siento, señor Maddox, pero me temo que no.

—No me lo puedo creer —gruñó, apretando los puños hasta dejárselos blancos—. Necesito que averigüe su dirección.

—¿Y qué hago con ella?

—¡¿Pues qué va a hacer?! ¡decírmela! —dijo, pensando que esa mujer era tonta.

Después se marchó dejando a la mujer inquieta. Gene había puesto al señor Maddox fuera de sus casillas y Carol temía por ella. Llamó a Carter, ahora a disposición del señor Paterson, el asesor del despacho y encargado de las contrataciones, y le pidió la dirección de la becaria. Luego llamó al señor Maddox y se la dictó. Al poco lo vio salir de su despacho como alma perseguida por el diablo y se temió lo peor. Por unos segundos pensó si sería apropiado llamar a Gene y advertirla de que el jefe había salido del despacho con la clara intención de presentarse en su apartamento, y lo hizo, pero ella no respondió a la llamada y la mujer se quedó pensando que no volvería a verla

por allí. Una lástima. Parecía una buena chica, pero el señor Maddox era muy estricto y seguro que la iba a poner de patitas en la calle.

Janice fue a abrir la puerta. Quien quiera que fuese iba fundir el timbre. No se molestó en preguntar, entreabrió y se encontró con un atractivo rubio que irradiaba fuego por los ojos.

—¿Qué quiere? —le preguntó sin terminar de abrir la puerta y tapando el paso con el cuerpo.

—¿Vive aquí Genevieve Johnson?

—Sí.

—¿Está en casa?

Janice le escrutó el rostro al atractivo visitante, imaginándose ya quién podría ser. Pensó en mentir por unos instantes, pero en el último segundo optó por decir la verdad.

—Sí, pero está durmiendo.

—¡¿Cómo que durmiendo?! —gritó Lewis cabreadísimo. ¿Se podía ser más holgazana?

—No grite, la va a despertar —dijo Janice y el atractivo rubio la fulminó con los ojos.

—Aparte.

—De eso nada.

—Soy su jefe y hoy no se ha presentado a trabajar. Es una completa irresponsable.

—Verá, señ... —Janice comenzó a hablar, pero Lewis no dejó que continuara, empujó la puerta y se metió dentro del apartamento—. ¿Pero dónde demonios se cree que va? Voy a llamar a la policía —le gritó pegada a su espalda, mientras él recorría el recibidor y se metía en el salón.

Al no ver allí a Gene, Lewis se dirigió al pasillo que llevaba a las habitaciones. Aquello era un completo desastre, además de minúsculo. De un vistazo visualizó cuatro puertas, solo una de ellas estaba cerrada y fue directo a abrirla. El dormitorio estaba sumido en la oscuridad y, sin darle siquiera un par de vueltas, encendió la lámpara.

En la cama, cubierta con la colcha, había una persona durmiendo a pierna suelta. Se dirigió a ella y de un tirón apartó la colcha mientras le espetaba:

—¿Qué haces todavía durmiendo?

Unos ojos verdes lo miraron asustados.

—¿Quién es usted? Janice, ¿quién es este hombre? —preguntó Sarah con

la voz temblorosa a su amiga que se encontraba detrás de Lewis y que no había podido detenerlo. Aquel hombre era como un huracán de fuerza doce.

—Perdone, señorita, pensaba que... —Lewis comenzó a excusarse mientras trataba de cubrir, muerto de la vergüenza, el cuerpo semidesnudo de aquella chica.

—¿Qué pensabas, Lewis? —La voz de Gene a sus espaldas lo sobresaltó.

Se dio la vuelta abochornado. Ella lo miraba con la boca abierta y los ojos encendidos. De nuevo se había portado como un energúmeno, entrando en esa casa a la fuerza y despertando a la compañera de piso de Gene de aquel modo. ¿Pero qué le pasaba? Era por esa maldita mujer. Sacaba lo peor de sí mismo, pero nada podía explicar aquel comportamiento de loco. Se había pasado. Se cubrió los ojos con las manos y se los restregó mientras se batía en retirada.

—¿Dónde te crees que vas? ¿Quién te crees que eres para entrar en mi casa hecho un loco y atacar a mis amigas? —inquirió ella bloqueándole el paso en la puerta.

—Perdona, Gene... lo siento, señorita —balbuceó dirigiéndose a Sarah, que seguía en la cama con ojos de susto y cubierta con la colcha hasta el cuello como una damisela en apuros.

—¿Perdona? ¿Lo siento? —ironizó ella—. Tú estás loco. —Gene avanzó hacia él, saltando a la pata coja, y él cayó en la cuenta entonces de la lesión de su tobillo. Sintió la vergüenza apoderándose de todo su cuerpo. El ridículo no podía ser más espantoso.

—No has llamado para avisar —se excusó.

—Me acabo de levantar. Ayer fui al hospital tras salir de tu casa y me dieron unos sedantes muy fuertes.

—¿Está bien tu tobillo? —preguntó él bajando la vista por la torneada pierna, que el corto pijama dejaba a la vista, hasta la parte vendada.

—No, no está bien. Me han dado reposo para una semana. Por suerte, no se ha roto. Iba a llamar ahora al despacho para avisar de mi ausencia, pero te me has adelantado. ¿Qué haces aquí? ¿Para qué has venido? ¿No podías haber llamado como hacen todos los jefes?

Tantas preguntas de golpe estaban aturrullando a Lewis que, acobardado, solo pudo negar con la cabeza.

—Te pido disculpas de nuevo. Me marchó —dijo recuperando la compostura y salió del dormitorio de Sarah.

—¿Te vas, así, sin ninguna explicación? Muy típico de ti, Lewis. Muy

típico de ti —le soltó Gene con toda la rabia que pudo imprimir a sus palabras, pero la espalda de Lewis ya se había perdido de su vista y al poco escuchó un portazo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Janice a su lado. Había presenciado toda la escena sin dar crédito. Aquello superaba las expectativas del plan.

—Eso es mi jefe en su versión más imbécil. ¿Cómo se atreve a presentarse aquí dando esos gritos de salvaje? No me lo puedo creer.

Janice sonrió de lado y dijo:

—Te lo dije, le gustas.

Gene se cubrió los ojos con las manos y se dejó caer en el sofá, apoyando el pie vendado sobre la mesa de centro.

—Pero está loco, ¿quién hace algo así? Se ha personado aquí pidiendo explicaciones de mi ausencia.

—Alguien que está loco de amor. Vas por buen camino, Gene. Ese tipo está cayendo en tus redes como un tonto —dijo Janice partiéndose de risa—. En una semana lo tendrás a tus pies llorando como una nenaza.

Gene se miró el pie vendado y sonrió mientras lo movía de un lado al otro sin ningún problema. Al final solo había sido una torcedura de nada.

—Lo del esguince ha sido una gran idea —le dijo a su amiga riendo—. Se lo ha tragado a piñón fijo.

—Ni siquiera te ha pedido ver el justificante médico.

—Estaba tan avergonzado por haber dejado a Sarah en pelotas que ni se le ha pasado por la cabeza. ¿Has visto su cara? —Gene soltó una carcajada—. Su cara era un poema.

—Creo que se le han puesto los huevos a la altura de los ojos —añadió Janice llevándose las manos a los ojos y apretando los puños.

—Dios, ha sido increíble —dijo Sarah entrando en el salón ya vestida y sentándose con ellas en el sofá—. Creo que está claro: Gene, uno; el señor Maddox, cero. ¿Cuál es el siguiente paso?

Gene y Sarah se quedaron expectantes mirando a Janice. Era la más astuta de las tres y seguro que se le ocurría alguna genialidad para volver del todo loco a Lewis.

Lewis salió del piso a toda prisa. Lo consumía la vergüenza y la cólera. ¿En qué momento le había parecido una buena idea ir al apartamento de Gene para pedirle cuentas? ¡En ninguno! Ni se le había pasado por la cabeza ni un solo segundo, tan enfadado como estaba con ella por no haber ido a trabajar.

Ni siquiera se había parado a pensar que tuviera una buena excusa, como estar enferma o el tobillo lesionado. Cosa que aún le jodía más, pues lo tenía lesionado por su maldita culpa, por su brillante idea de llevarla a la granja O'Toole, solo por ver sus bonitos zapatos de tacón embarrados. Se lo tenía merecido.

Se subió en el coche todavía sumido en el enfado y arrancó. Sin mirar por el retrovisor se incorporó y se empotró de lleno contra un coche que circulaba por el carril. Maldita sea. ¿Se podía ser más imbécil? ¿Pero qué le sucedía? No daba pie con bola y todo por culpa de Gene.

El estruendo en la calle llamó la atención de las tres amigas que todavía se estaban riendo a costa de Lewis mientras urdían planes malévolos. Corrieron a la ventana para mirar qué había ocurrido y se encontraron con la visión del morro del BMW negro de Lewis hundido en el lateral de un Nexus rojo. El propietario del vehículo se había apeado e inspeccionaba los daños, mientras Lewis se daba cabezazos contra el volante.

—Loco, pero loco, loco —rio Janice dando palmaditas.

# 12

Cuando Gene llegó a Lefkowitz y Maddox Asociados tras una semana de supuesto reposo, Lewis ya estaba allí. Se había dejado la puerta del despacho abierta y ella lo vio sentado ante su escritorio concentrado en el monitor.

Dejó el bolso dentro del cajón de su mesa y se acercó a saludarlo.

—Buenos días, señor Maddox.

Lewis apartó la vista de la pantalla y la miró como si fuera un verdadero incordio.

—Buenos días, señorita Johnson. ¿Se encuentra mejor? —Le echó un vistazo a su tobillo para comprobar que no llevaba ya ningún vendaje.

—Muchas gracias por las flores y los bombones —dijo Gene rodeando el escritorio, contoneando las caderas sobre los altos tacones, hasta llegar donde estaba sentado Lewis y se sentó en el borde de la mesa. Lewis la siguió con la mirada e hizo una mueca de disgusto cuando vio que le pisaba unas demandas recién impresas con el trasero.

—Podría haber respondido a mis llamadas —le reprochó tratando de tirar de los documentos atrapados entre las firmes nalgas de Gene y la mesa.

Ella sonrió y levantó un poco el pompis, ofreciéndole una vista sexy de la longitud de su espalda hasta su redondeado trasero, perfectamente contorneado en aquel vestido color crudo de corte recto y que se le ceñía a la carne como una segunda piel. No le pasó desapercibida la mirada de deseo de Lewis deteniéndose más de lo decoroso en sus posaderas. Sonrió para sus adentros mientras él apartaba los documentos a un lado y volvía a centrar los azules ojos en ella.

—No hacía falta que se molestara tanto por mi salud, pero gracias por el interés.

—Ya veo que está por completo recuperada. ¿Esos tacones no podrían resultar un poco peligrosos para un tobillo recientemente lesionado?

—El doctor Brady me dijo que ya podía hacer vida normal, y aquí estoy, para servirle, señor Maddox.

—¿Para servirme? —Lewis levantó escéptico una ceja.

—Por supuesto, soy su secretaria y estoy a su entera disposición — contestó relamiéndose los labios. Lewis sonrió de lado y miró la puerta abierta de su despacho, pensando en que, de estar cerrada, podría explicarle con todo lujo de detalles en qué podía servirle—. Bueno, ¿no tiene nada qué pedirme?

Lewis giró el sillón y repasó la longitud de las piernas cruzadas de Gene hasta sus finos tobillos. Estaba para comérsela. Ella carraspeó para captar de nuevo su atención, estaba demasiado ensimismado en sus piernas y necesitaba que se centrara en su rostro.

—Podría pedirle muchas cosas, señorita Johnson, pero ninguna está dentro de sus funciones como secretaria.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una suave carcajada, pensando en lo bien que iba el plan. Lewis no pudo evitar clavar los ojos en el nacimiento de su cuello y pensó en lo mucho que le gustaría perder la boca en la fina piel de su canalillo.

—Pues dígame por dónde empezar.

—Como ha estado una semana fuera de servicio, le pedí a Carter que retomara sus funciones. ¿Espero que no le importe, señorita Johnson?

—No, claro que no. —Se encogió de hombros.

—Así que... ¿por qué no aprovechamos para poner en orden los expedientes del caso Grant?

—Está bien. ¿Dónde están?

—En esa estantería —señaló enfrente, donde una estantería de suelo a techo cubría toda la pared, atestada de archivadores.

—¿Y qué debo hacer con ellos?

—Ordenarlos por orden cronológico.

Aliviada porque le propusiera un trabajo más o menos útil y que no implicara recorrerse a pata todo Edimburgo, le sonrió.

—Venga, a trabajar —dijo Lewis—. Espero que no le importe que Carter haya ocupado de nuevo su lugar de trabajo. Me temo que tendrá que hacer lo de Grant aquí. En mi despacho —recalcó para comprobar si la expresión de Gene mostraba algún tipo de contrariedad.

—No me importa, si a usted no le importa. Es decir, si no le molesta a usted tenerme aquí todo el tiempo.

—¿Por qué habría de molestarme? —preguntó él, que en cambio estaba pensando que tener a Gene tan cerca todo el tiempo iba a ser una gran distracción.

—No sé, no quisiera que se distrajera.

—Soy capaz de concentrarme mucho. Siempre estudiaba en la biblioteca rodeado de personas.

—En ese caso, me pongo a ello de inmediato. ¿Quiere que vaya a por su café?

—No, gracias, ya me lo he tomado. Muy amable —respondió él todo cordialidad.

—Es mi trabajo —parpadeó divertida con lo bien que se estaban dando las cosas entre los dos.

No sabía qué se iba a encontrar tras una semana de distancia y no haber respondido ni a sus mensajes o llamadas, pero Lewis estaba como una malva, algo que la descolocaba bastante. Aun así, no debía flaquear, tenía ser fuerte y seguir con el plan previsto: enamorarlo para luego destrozarlo. En su casa había sido fácil, pero ahora teniéndolo delante se preguntó si sería capaz de llevarlo hasta el final. No podía obviar las sensaciones que alborotaban su cuerpo cuando estaban tan cerca.

Tras dos horas trabajando codo con codo con Lewis en un ambiente distendido y agradable para lo que suponía estar cerca de él demasiado rato, Gene decidió salir a por un café. Lo necesitaba, las letras y los expedientes se le empezaban a amontonar en la mente y necesitaba esa dosis de cafeína para despejar la cabeza.

—Si no le importa, voy a por un café.

—Está bien. Si no es mucha molestia, ¿podrías traerme otro a mí, Gene? —le dijo esbozando una sonrisa y pronunciando su nombre con cierta ternura.

—Claro, no es ninguna molestia —le contestó devolviéndole la sonrisa y saliendo del despacho, contoneando su cuerpo como un péndulo.

Gene se sentía satisfecha por primera vez desde que puso un pie en el bufete, por fin estaba realizando tareas útiles que no implicaran visitas a granjas o cuidados caninos, además, Lewis se había mostrado solícito con ella, ayudándola incluso con algunas fechas de expedientes y explicándole los pormenores del caso Grant, algo que agradecía, después de todo parecía confiar en ella. Cuando llegó a la máquina de café del hall se encontró con Miranda que estaba surtiendo de azúcar una gran taza.

—Veo que has vuelto y tu tobillo se encuentra mucho mejor, esos tacones son de vértigo —dijo la pelirroja forzando una sonrisa.

—Sí, ya lo ves. Cómo somos las mujeres, ¿verdad? Renunciamos a la comodidad por estar guapas —respondió Gene divertida.

—A mí no me la cuelas, Genevieve.

—¿Perdona? —Gene abrió los ojos de par en par de pronto sorprendida.

—Sé lo que pretendes con Lewis y no te lo voy a permitir. En este bufete hay unas normas y hay que respetar las jerarquías.

—No sé de qué me hablas —dijo Gene, mostrándose falsamente fuera de onda, ella sabía perfectamente lo que intentaba decirle Miranda.

—Aléjate de Lewis, te lo advierto —dijo Miranda desafiante alzando la cucharilla muy cerca de su cara.

—Soy su ayudante, ¿no crees que eso es algo bastante difícil de acatar? —contestó Gene con soberbia.

—Tú sabes perfectamente a qué me refiero, una mosquita muerta como tú no me va a quitar a mi hombre.

—No es tu hombre. Que te dejes sobar día sí y día también para sentirte útil en este bufete no te convierte en dueña de nada y de nadie.

—¿Cómo te atreves? —Aquella declaración malintencionada de Gene había sacado de sus casillas a Miranda.

—Me atrevo porque no soy como tú, no me tiro a Lewis para sentirme poderosa o con derecho a hacer lo que me dé la gana por estos pasillos —le espetó sin ni siquiera mirarla mientras servía los cafés, aquella mujer no la intimidaba para nada.

—¿Quién está tirándose a quién? —La voz de Jack, que debía haber observado la escena entre las dos mujeres en segundo plano, las sobresaltó.

—Jack, ¿desde cuándo llevas ahí? —preguntó Miranda con la voz temblorosa y un gesto de preocupación en la cara.

—El suficiente —dijo bufando y saliendo de allí derecho a por Lewis.

Ambas corrieron tras él intentado evitar que se montara un show en el bufete. Ese tipo de cosas no beneficiaba la imagen del mismo y no estaban las cosas como para seguir alimentando la mala fama de Lefkowitz y Maddox Asociados.

Jack irrumpió en el despacho de su socio hecho una furia y se enfrentó a él ante el asombro de Lewis, que nada más verlo se levantó de la silla con el gesto contrariado.

—¿Desde cuándo somos amigos, Lewis?

—¿A qué viene esto, Jack? —le preguntó confuso.

—Contéstame, ¿desde cuándo?

—Desde la universidad, no llevo la cuenta exacta.

—¿Y llevas la cuenta de cuánto tiempo llevas tirándote a Miranda a mis

espaldas?

—No sé qué responderte —contestó avergonzado agachando la cabeza.

—¿Cómo has podido? Sabes que estoy enamorado de ella, sabes lo mucho que contengo las ganas de decírselo para que no piense mal de mí ni piense que me aprovecho de mi posición, para que no deje de trabajar para nosotros. Eres un capullo que no puede dejar la polla dentro del pantalón.

—Lo siento.

—No basta con sentirlo, siempre estás metiendo la pata. Te recuerdo que estamos así por tu culpa, nunca has querido contarme cómo te robaron esas pruebas, apuesto a que estabas tirándote a alguien de DA Lawyers.

—Te juro que no —dijo Lewis apoyando las manos en la mesa y tensando los hombros.

—No me fío de ti, nunca lo he hecho.

—Eso no es por mi culpa, eso es culpa de tu genética judía que te hace ser desconfiado.

—Eres un hijo de puta.

Gene y Miranda, que contemplaban la escena desde el umbral de la puerta, supieron que aquel golpe bajo había molestado demasiado a Jack y que lo que se avecinaba no era algo bueno.

—Y tú un desgraciado —le contestó Lewis con mucha rabia.

Aquello terminó de exasperar a Jack quien, fuera de sus casillas, le lanzó un puñetazo al rostro de Lewis, que lo recibió sin oponer resistencia, pues sabía que rebajarse a una pelea con Jack podría suponer un mayor desprestigio para su persona.

—¿Satisfecho, Jack? —preguntó aguantando el dolor que sentía en el ojo y en la sien—, ya has descargado tu fuerza contra mí, espero que ahora te sientas más aliviado.

—Todavía no, todavía tengo que verte caer al lodo para sentirme satisfecho.

—Eso no pasará, Jack, pero te sugiero que disfrutes la espera en tu despacho, aquí no hay nada más que hacer entre tú y yo.

Jack salió de allí con el puño dolorido y el corazón hecho trizas. Miranda intentó consolarlo cuando pasó por su lado, pero este la apartó con desprecio provocando el llanto de ella. Gene entró en el despacho de Lewis y cerró la puerta.

—¿Estás bien? Ese ojo no tiene buena pinta —dijo acercándose a él.

—¿Qué ha pasado ahí afuera? ¿Ha sido Miranda la que le ha dicho eso a

Jack? —le preguntó sentándose en su silla y echando la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

—No... me temo que me escuchó a mí, lo siento mucho, Lewis.

—¿Que lo sientes? —dijo él incorporándose de golpe y cogiéndola de los brazos—. ¿Cómo puedes ser tan estúpida?

—Ya te he dicho que lo siento, además, ella me provocó.

—¿Cómo podría ella provocarte a ti? Lo que te pasa es que estás celosa, no soportas verme con otra mujer, es eso, ¿verdad?

—No, eso no es cierto. Ella me pidió que me alejara de ti.

—Eres mi asistente, no puede pedirte algo así, estás mintiendo y en eso eres una experta.

—No estoy mintiendo, además, yo no tengo la culpa de donde metes la polla, eres un mezquino y un desgraciado. Si Jack es tu amigo podrías haberte aguantado las ganas con Miranda sabiendo que a él le gustaba. La has cagado tú solito, no aproveches la ocasión para echarle la culpa a los demás. En eso tú sí que eres experto —le dijo Gene con toda la rabia.

—Lárgate de aquí —dijo Lewis apartándola a un lado.

—No pienso irme.

—Te ordeno que te vayas, este es mi despacho y tú eres mi empleada. Si quiero que te largues, te largas, ¿entendido? —le gritó.

—Me voy yo, no me echas tú.

—Ahórrate esas frases trilladas, ves demasiadas películas.

—Prefiero verlas a no montarlas como tú, Lewis.

—Quiero que te largues del bufete y no vuelvas más por aquí. Estás despedida —le gritó fuera de sí. Quería perderla de vista. Desde que Gene había vuelto todo se había complicado aún más, estaba muy alterado y perdía las formas con demasiada facilidad.

—¿Despedida? —dijo ella con desprecio—. No soy más que una becaria de mierda —le espetó saliendo del despacho con un portazo.

Gene aguantó las ganas de llorar hasta salir de las oficinas, no quería que nadie la viera en ese estado lamentable. El poco tiempo que había pasado desde que empezó a trabajar allí le parecía una eternidad y sentía que aquel bufete se asemejaba más a un plató de telenovelas que a la vida real, donde ella además tenía un papel protagonista en todo ese tinglado.

# 13

—¿Qué haces aquí tan pronto? —le preguntó Janice al ver a Gene entrar por la puerta. Janice, además de ir por las tardes a la Universidad de Medicina, trabajaba por las mañanas en una cafetería del Old Town, pero el jueves era su día libre.

—Ha sido horrible, Jack y Lewis han tenido una pelea monumental por mi culpa —contestó Gene dejándose caer en el sofá, cubriéndose la cara con ambas manos.

—Explícate. —Janice se recolocó en su asiento, enderezándose para atender mejor a las explicaciones de su amiga.

—Jack me escuchó decir que Lewis se beneficiaba a Miranda.

—¿Y por qué has hecho tal cosa?

—Miranda empezó primero. Sin ton ni son me dijo que me alejara de Lewis, que era su hombre.

—Entonces no es culpa tuya, esa mujer ya estaba dejando claro que tiene algo con él.

—Lo sé, pero me siento culpable. Jack se cabreó y confesó que estaba enamorado de Miranda y Lewis lo sabía. Le dio un puñetazo que le ha dejado el ojo a la virulé y después Lewis me ha ordenado que me marchara, haciéndome responsable de lo que ha pasado.

—Ese tío es un gilipollas, quizá no merezca la pena que sigas con el plan, ya ha recibido su merecido.

—Quizá sea lo mejor. Además, dudo que pueda volver a ese bufete, Lewis me ha dejado muy claro que no quiere que vuelva por allí. Me ha despedido.

—Pero será imbécil. —Janice se mostró muy ofendida—. Ven aquí —le envolvió los hombros con el brazo y le dio un beso en la mejilla—. Lewis lo va a pagar al final. El karma se lo devolverá todo.

Gene asintió desconsolada, tenía en el pecho un extraño pesar, por un lado, estaba por completo enfadada con Lewis por lo que le había dicho, pero, por el otro, sentía que ya lo echaba de menos.

Gene se pasó el día holgazaneando con Janice, comiendo palomitas y helado mientras veían una maratón de Friends en Netflix, canal por excelencia de la casa, ya que su programación se basaba en un sinfín de series románticas y de comedia. Cuando Sarah llegó del trabajo se unió al duelo después de que Gene le contara lo que había sucedido esa mañana en el bufete. Las tres lloraron y rieron hasta altas horas de la madrugada y aliviaron un poco el malestar de Gene.

Aquella mañana, tras el atracón de series y comida prefabricada, Gene se despertó sola en el apartamento. Las chicas se habían ido temprano y ella tendría que hacerse cargo de su cruda realidad. Hasta septiembre no empezaban las clases del máster y volvería a ellas con el amargo recuerdo de unos meses sabáticos sin producir nada aceptable que añadir a su currículum. Algo que atrasaría mucho más su incursión en el mundo laboral en el que quería basar su vida, teniendo que empezar de cero como becaria en cualquier otra empresa, o quizá no conseguiría tan siquiera eso y acabaría engrosando la lista del paro o repartiendo pizzas a domicilio.

Se preparó un té negro con dos bolsitas, le gustaban las cosas amargas haciendo honor a su mala suerte. Después se dio una larga ducha, recordando la que se dio en casa de Lewis y dándose cuenta de que su baño distaba mucho de parecerse a aquella lujosa estancia y que jamás conseguiría tener un baño como ese por sus propios medios, si seguía cagándola de aquella manera. Porque, en parte, sí se sentía culpable de lo que había sucedido. Podría haber sido más discreta o un poco más sutil y no soltar a voz en grito que Miranda se acostaba con Lewis. Al fin y al cabo, ella tampoco había visto cómo se la beneficiaba fuera o dentro del trabajo. Aunque era algo que intuyera, no era una verdad absoluta, porque no podía probarlo. No obstante, ellos dos con su silencio y medias palabras habían manifestado que así era. Se estaban acostando y eso era algo muy ruin incluso para Lewis, Jack era su socio y amigo desde la universidad, y estaba enamorado de Miranda, y él lo sabía. Eso no se le hacía a un amigo. Lewis era un ser despreciable y se merecía todo lo que había ocurrido.

La programación matinal de la televisión no consiguió distraer a Gene, así que decidió apagarla y coger un libro que tenía a medio leer abandonado en la estantería. Cuando lo abrió por donde lo había dejado unos meses atrás su teléfono móvil sonó sobresaltándola.

—Dígame —dijo sin cerciorarse de quien la llamaba.

—¿Así recibes a tu novio? ¿Como si fuera un completo desconocido? — Mark al otro lado de la línea bromeó. Llevaba varios días sin llamar a Gene para ver si con ello conseguía que esta lo echara de menos.

—Mark, no eres mi novio, ya te dije que no quería seguir con el plan.

—Lo sé, solo bromeaba. Me gustaría dejar claro que respeto tu decisión y que podemos seguir siendo amigos, si tú quieres —mintió. Gene le gustaba mucho y pensaba echar toda la leña al fuego para conquistarla.

—Podemos —le contestó a sabiendas que Mark podría confundirse de nuevo.

—Me alegra oírte decir eso y en ese caso me gustaría que me acompañaras a la Gala Stuart el sábado por la noche. Te gustará, lo pasaremos bien.

—¿El sábado por la noche? ¿Te refieres a mañana?

—Sí, mañana. —Mark rio suave—. Perdona que no te lo haya pedido con más tiempo. Sé que para una chica eso puede suponer un golpe bajo.

—¿Por qué un golpe bajo? ¿De qué se trata? —preguntó Gene sin comprender de qué estaba hablando Mark.

—Es una gala benéfica de la que mi padre es el mayor benefactor, se celebra cada año. La recaudación de este año es para ayudar a la comarca de Birava de la República Democrática del Congo. Es un acto de esos donde la gente se pone de tiros largos y saca las joyas de la corona a relucir.

—Tu padre debe ser alguien importante.

—No creas que tanto, es abogado, el socio mayoritario de DA Lawyers. Los demás bufetes de la ciudad también asistirán. Puede que Elliot McGillis sea alguien influyente en Edimburgo, pero para mí solo es mi padre.

—Entiendo —dijo Gene contrariada al escuchar de nuevo el nombre de aquel bufete de abogados.

—Entonces, ¿vendrás?

—Claro, no veo por qué no —respondió convencida de que el hecho de asistir a esa gala benéfica con el hijo de Elliot McGillis pondría de los nervios a Lewis, sirviéndole aquello de venganza.

—Perfecto entonces, nos vemos mañana. Pasaré a por ti a las siete.

—Hasta mañana.

El nerviosismo empezó a apoderarse de Gene nada más dejar el teléfono en la mesa de centro, no tenía en el apartamento nada que ponerse para asistir a un acto como ese. Podía ir a la casa de sus padres en Wallyford, lo que le llevaría una eternidad, o casi mejor salir de compras por George Street.

Tampoco tenía nada mejor que hacer y a su padre no le importaría que gastara algo de dinero de la tarjeta de emergencias, si sabía que su pequeña Genevieve iba a codearse con las altas esferas de la ciudad. Quizá aquello le valdría como toma de contacto para conseguir un empleo o una oportunidad laboral a largo plazo. Mientras elucubraba todas esas fantasías animadas, el teléfono sonó de nuevo.

—Ya te he dicho que sí, no seas pesado, Mark —respondió a llamada convencida de que volvía a ser él con alguna tontería.

—Perdón, ¿eres Gene?

—Carol, lo siento, pensaba que era otra persona. —Gene reconoció la voz de la recepcionista de Lefkowitz y Maddox Asociados inmediatamente, tenía un timbre poco común, pero agradable.

—Siento molestarte, pero tienes que venir al bufete, el señor Maddox me ha pedido que te lo diga.

—¿Y por qué no me llama él mismo? Tiene mi teléfono y yo ya no trabajo allí.

—Supongo que porque mi trabajo precisamente es atender este tipo de cosas —rio a través del teléfono—. En tal caso debes venir, es algo que podría interesarte.

—No me fío.

—Confía en mí, además, el señor Maddox no es tan malo como lo pintan, llevo mucho tiempo trabajando aquí, solo está pasando una mala racha.

—Dile que iré, no quiero que te esté insistiendo en que me llames quinientas veces al día para conseguir lo que quiere.

—Te lo agradezco, sé que lo que tiene que decirte te gustará, los he oído hablar del tema a él y a la señorita Brown que ya ha vuelto de Londres.

—¿Y Jack?

—El señor Lefkowitz no ha venido hoy a trabajar, asuntos personales.

—Está bien, Carol, iré en cuanto me sea posible.

—Gracias, Gene, ahora aviso al señor Maddox de que vendrás cuando puedas.

Gene se vistió de mala gana, tampoco prestó demasiada atención a su atuendo como las veces anteriores, el plan de conquista ya no estaba en su mente y pensó que Lewis requería su presencia para firmar los papeles de despido o reprocharle cualquier otra cosa. A pesar de los años que habían pasado sin verse ni relacionarse lo conocía bien. Un vestido azul de vuelo y unas bailarinas le sirvieron para salir a la calle en dirección del bufete.

—Siento mucho haberte avisado con tan poca antelación, el señor Maddox y la señorita Brown están reunidos en el despacho del señor Maddox. Les avisaré de que has llegado —dijo Carol en cuanto puso un pie en las oficinas.

—¿Sabes qué podrían querer de mí? —le preguntó nerviosa.

—Es algo relacionado con el señor O'Toole. Este llamó esta mañana y, tras conversar con el señor Maddox, me hizo llamarte de inmediato. Creo que hablaron de algo sobre un plan de negocios. No me gusta escuchar detrás de las puertas, pero hay tan poco trabajo por aquí que mi vena cotilla sale a relucir de vez en cuando.

—Está bien, iré a ver de qué se trata.

—¿Me prometes que luego me contarás que te han dicho? Ahora no quiero quedarme con la intriga —le pidió Carol poniendo ojos de cordero.

—Siempre y cuando no sea confidencial estaré encantada de informarte. No hace falta que les avises, después de todo me están esperando, ¿verdad? —Gene quería tener a su favor el factor sorpresa y ver la cara de Lewis al verla de nuevo tras la bronca.

Llamó a la puerta del despacho dos veces con los nudillos para avisar de su presencia allí antes de entrar, pese a que se encontraba abierta y podían verla desde sus posiciones, sin embargo, estaban concentrados. Él estaba sentado en su silla, ensimismado en el monitor, junto a una mujer esbelta de pelo negro que se hallaba a su lado de pie, apoyada en la mesa revisando unos papeles. En cuanto escuchó los golpes, Lewis alzó la vista y se tensó. Sabía que iba a venir, pero verla de nuevo y, además, con aquel aspecto tan aniñado, que le proporcionaba el sencillo vestido, que tanto le recordaba a la Gene adolescente, aquella que había querido con todo su corazón, hizo de nuevo mella en su entereza. Haciendo de tripas corazón se recompuso y fingió que su presencia no lo alteraba ni un poco.

—Adelante, señorita Johnson —dijo Lewis luciendo el ojo derecho morado—. Le presento a Liza Brown, abogada del bufete.

—Encantada de conocerla. He escuchado hablar de usted —le dijo Gene tendiéndole la mano.

—Un placer, señorita Johnson. Parece que sus dotes van a dar un aire fresco y renovado al bufete y me complace tenerla aquí para hablar de ello. ¿Puedo tutearla? Estamos entre colegas —dijo amigable.

—Claro, no hay problema —respondió—. ¿Mis dotes? —añadió Gene extrañada, pues más allá de sacar a George de paseo y provocar peleas a

golpes vivos no había podido desarrollar ninguna actividad productiva.

—El señor O’Toole llamó esta mañana muy interesado en su plan de ventas para su queso de oveja —dijo Lewis con gesto serio, como si la idea de que Gene tuviera un don para los negocios le molestara.

—Me alegro, pero yo ya no trabajo aquí —le espetó secamente.

—No entiendo, ¿no eres la asistente de Lewis? —preguntó Liza mirando a ambos sin entender nada. El aire entre los dos era tan denso que podría cortarse con un cuchillo.

—Lo era, ayer el señor Maddox me despidió.

—¿Es cierto eso? —le preguntó esta vez directamente a él.

—Eso no es lo importante ahora, si bien no me servía como asistente ahora puede ser un bien preciado para la empresa —respondió Lewis mirando a Gene.

—De eso queríamos hablarte, no es mi campo, como te habrán dicho soy abogada de familia, pero el señor Paterson, el socio más formado en empresas, está reunido ahora y no podrá acompañarnos hasta más tarde. Cuando venga podrá explicarte con más detalle lo que esperamos de ti y cómo pensamos compensarte, pero antes necesitamos que tú aceptes el trabajo y ponernos en marcha desde ya. El señor O’Toole vendrá esta tarde y tenemos que tener claro lo que le vamos a proponer.

—No estoy segura de querer seguir trabajando aquí.

—Genevieve, sé que quieres dedicarte a la gestión de empresas y que vas a empezar en septiembre un máster de Dirección de Proyectos. Esta podría ser una gran oportunidad para ti, has impresionado al señor O’Toole y es un hueso duro de roer. Poca gente puede desarrollar la actividad para la que se está formando antes de completar sus estudios —dijo la señorita Brown.

—En eso tiene razón y, solo por lo amable que es usted, escucharé su propuesta.

—Puedes llamarme Liza —le dijo ella con una sonrisa.

—Está bien, Liza, ¿de qué se trata? —se interesó Gene tomando asiento.

Durante el tiempo que duró aquella reunión, a la que el señor Paterson se incorporó más tarde, intentaron convencerla de que prestara los servicios que el señor O’Toole quería de ella, pues realmente le habían sorprendido su entusiasmo hacia su queso y las cosas que podía conseguir para comercializarlo. Cosas que Gene había estudiado, pero que todavía no había puesto en práctica, y verdaderamente suponían un reto y una oportunidad al

mismo tiempo que no estaba en posición de rechazar.

—Si decides llevarlo a cabo, el bufete se encargaría de los temas legales que conllevaría esa marca. Eres un soplo de aire fresco para la empresa que como sabrás no está pasando un buen momento. Y como socia minoritaria, pero socia, al fin y al cabo, te pido por favor que aceptes.

—Solo aceptaré, si el señor Maddox, que no ha abierto la boca durante todo el rato, me pide por favor que lo haga y admite que fue un error echarme del bufete ayer.

—No pienso hacer eso —dijo Lewis mirándolos a todos.

—Hazlo Lewis, por el bien de todos, y por el de Jack particularmente. Acaso olvidas que es tu amigo —le pidió el señor Paterson, que era desconocedor absoluto de que la amistad entre ambos estaba en la cuerda floja.

Lewis resopló un par de veces antes de abrir la boca con la intención de hablar, pero alargando el momento innecesariamente para molestarla. Concentró la mirada en el rostro de Gene y al fin dijo:

—Se lo pido por favor, señorita Johnson.

—¿Y qué más? —Gene levantó el mentón desafiándolo con los ojos.

—Que siento haberme precipitado despidiéndola ayer. ¿Contenta?

—Mucho, más de lo que cree, señor Maddox.

# 14

Cuando el resto de abogados salieron del despacho, Gene y Lewis se quedaron solos para ultimar algunos detalles.

—Tenía entendido que usted y Jack eran los socios mayoritarios del bufete —dijo ella para romper el incómodo silencio que se había apoderado de la habitación.

—Y lo somos, pero, tras el escándalo del caso Collins, ofrecimos participaciones al resto de abogados para mantenernos a flote. Somos una especie de cooperativa.

—Sé lo que es una cooperativa.

—Supongo que lo sabe, ahora es la persona más lista del bufete —le replicó molesto.

—¿Qué es lo que más le molesta, que crean que mi trabajo puede salvarles el culo o que no haya podido ser usted el héroe del cotarro?

—Me molesta tener que readmitirla por el bien del bufete.

—Debería estar contento, usted me llevó a la granja del señor O'Toole, de no ser así no hubiera conocido de mi existencia. —Gene intentó suavizar la situación, sintió irracionalmente cierta lastima por él.

—Pero lo hice por fastidiarla y me ha salido el tiro por la culata. —En los labios de Lewis se esbozó un amago de sonrisa.

—¿Ha sabido algo de Jack?

—No —contestó mesándose el rubio cabello con nerviosismo.

—Sé que en el fondo sabe que no es mi culpa y que ella me provocó.

—Supongo que es cierto lo que dice —admitió a regañadientes—, además, era algo de lo que Jack se hubiera enterado tarde o temprano. O quizá no, no tenía previsto volver a acostarme con ella, no desde que ... —se frenó en seco antes de terminar esa frase.

—¿Desde qué?

—Déjelo, señorita Johnson, no quiero fastidiarlo más.

—Está bien, organicemos la reunión con el señor O'Toole, no hay tiempo que perder, estará aquí en un par de horas.

Ambos prepararon la reunión como buenos compañeros, aportando ideas y colaborando el uno con el otro. La presentación de aquel proyecto podía ser el primero de muchos y tenían que convencer al señor O'Toole de que no se equivocaría si dejaba en sus manos la comercialización de su producto, así como la gestión legal del mismo.

Y, como era de esperar, cuando se cerraron las puertas de la sala de juntas, con el señor O'Toole dispuesto a escuchar las ideas que Lefkowitz y Maddox Asociados le tenían preparadas, estas impresionaron mucho a aquel rudo hombre de campo que no había escuchado jamás hablar de las técnicas *call to action* o el test A/B. El trato se cerró favorablemente y lo sellaron con un buen apretón de manos.

—Gracias, Gene. Ampliar nuestros horizontes y abrirnos camino al marketing directo puede ser el gran comienzo de muchos y prósperos proyectos para el bufete —le dijo el señor Paterson antes de abandonar la sala de juntas.

—Lo mismo digo, buen trabajo —la felicitó también Liza saliendo tras el señor Paterson.

—¿Usted no va a decirme nada? Me estoy malacostumbrando a que me hagan cumplidos dentro de estas cuatro paredes.

—Yo también la felicito por su parte, lo ha hecho muy bien, pero yo también he bordado la mía —dijo Lewis aflojándose el nudo de la corbata.

—Es cierto, en el fondo formamos un buen equipo —reconoció ella con una gran sonrisa de satisfacción.

—Y sin el fondo, formamos un buen equipo a secas, Gene.

—¿Ahora vuelves a tutearme? —preguntó ella con un tono de voz que alentaba al coqueteo.

—Ahora eres un miembro respetado por el bufete.

—¿Y por ti?

—Yo siempre te he respetado.

—Mientes.

—Todos mentimos alguna vez, tú también lo haces.

—Supongo.

La proximidad entre ellos mientras se decían aquellas cosas era cada vez más estrecha. Sus respiraciones se fusionaban en el aire y sus ojos pedían a gritos lo que sus bocas callaban.

Estar tan cerca el uno del otro provocó lo inevitable. Sus cuerpos quedaron finalmente pegados con las bocas enfrentadas.

—Quiero besarte, Gene.

—Llámame señorita Johnson.

Lewis alzó las cejas sorprendido.

—Me pone muy caliente —añadió con una sonrisa provocativa.

—Y a mí que tú me llames señor Maddox. Estoy duro toda la mañana escuchándote decírmelo —susurró él con un tono ardoroso que hizo flaquear las rodillas de Gene.

—Lewis... señor Maddox... —Aspiró su aroma embriagada—. Te ordeno que me beses... lo necesito.

—Lo sé. —Él le colocó un dedo en los labios—. Y yo a ti. Necesito poseerte. Ahora.

Dejándose llevar por sus instintos comenzaron a besarse mientras se quitaban a toda velocidad la ropa, obviando que se encontraban en la sala de juntas a merced de que alguien los descubriera. Con las manos se recorrían el cuerpo el uno al otro, acariciando cada centímetro de piel, sintiéndose quemándose, abrasándose las yemas. Las llamas ardían entre ellos. Lewis le cogió uno de los pechos y comenzó a succionarle el pezón con tanto fervor que ella tembló ligeramente entre sus brazos, él pensó que era la mujer más deliciosa que había tenido el placer de saborear. Al poco, Gene se sintió levitar del placer que este le proporcionaba. Ambos podían sentir el palpitar de sus sexos reclamando lo que les tocaba por derecho. Gene estaba tan mojada que se podía adivinar su estado de excitación aun sin quitarse las braguitas. Lewis le acaricio el clítoris por encima de la tela, de arriba abajo suavemente, convulsionándola hasta el punto de rogarle que la hiciera suya. Lewis se arrodilló ante ella y comenzó a besarle las ingles, quemándola de deseo hasta que apartó a un lado las bragas y le introdujo la lengua. Succionándole el clítoris y los labios, ayudándose de las manos para masajearle el sexo, provocando que los ojos de ella se volvieran para atrás agarrándole el cuero cabelludo. Gene se derretía de placer, gimió como nunca lo había hecho con nadie, era la primera vez que tenía un orgasmo solo con sexo oral, y cuando su vagina dejó de temblar tomó la iniciativa.

Lewis esperaba ansioso sus caricias, y Gene le recorrió el pene con la lengua varias veces antes de introducirse en la boca. La sensación de ver a Lewis disfrutar con aquello fue intensa y excitante. Con sutileza, comenzó a masturbarlo suavemente y, una vez que vio que su pene ardía en deseos de poseerla, se tumbó de espaldas sobre la mesa de juntas abriendo lentamente las piernas, ofreciéndose de nuevo a Lewis, pero de una forma más madura

que la última vez. Él se puso sobre ella, el suave cuerpo de Gene encajó perfectamente con el suyo, la besó con pasión, siguió hasta su cuello y, en ese momento, la penetró de una manera tan única, dura y profunda, que hizo que Gene volviera a llegar al éxtasis casi automáticamente, pidiéndole que siguiera sin importar nada. Aquello era sexo apasionado, químico, orgásmico. El mejor sexo de su vida.

—Ha sido maravilloso y peligroso, nos podían haber pillado —dijo Gene vistiéndose acaloradamente.

—Pero no lo han hecho y coincido en que ha sido una pasada. Estoy pensando que deberías ir conmigo a la Gala Stuart —le propuso él besándole la nuca y pegándola de nuevo a su cuerpo. Ella se movió y su trasero empujó dolorosamente la entrepierna de Lewis, que tuvo que reprimir las ganas de hacerle el amor de nuevo, pero sería tentar mucho a la suerte. Cualquiera podía entrar y descubrirlos.

—Iré, pero no contigo.

—¿Irás?

—Sí, me han invitado y he dado mi palabra.

—¿Irás con Mark?

—Claro, ¿con quién si no?

—No me gusta que salgas con ese tío —aseveró visiblemente cabreado.

—¿Desde cuándo necesito tu opinión para salir con quien me dé la gana? Que hayamos echado un polvo no te da derecho a mandar sobre mí.

—Es el hijo de Elliot McGillis de DA Lawyers, por el amor de Dios —gruñó él llevándose las manos a la cabeza y despeinándose el denso cabello.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Es peligroso, podrían volver a fastidiarnos un litigio.

—¿Acaso crees que Mark sería capaz de robarte nada para beneficiar a su padre?

—No puedes ir por la vida fiándote de la gente, Gene.

—Ya me estoy dando cuenta, pero deberías reflexionar sobre eso un poco y pensar que las pruebas te las robaron a ti y no al resto de los mortales. Confío en Mark, pero no sé si confiar en ti.

Gene salió de aquella sala con la amarga sensación de que había vuelto a caer en las garras de Lewis Maddox y sus artes de conquista hipnotizadoras. Él la contempló desaparecer de la sala de juntas, sintiendo que la cólera volvía a colonizarlo. Que ella saliera con ese tío le molestaba, que ese tío fuera el hijo de Elliot McGillis lo enervaba, pero que además hubiera llamado

a lo que había sucedido entre los dos poco antes: echar un polvo, le jodía de sobremanera. Sí, definitivamente estaba jodido y cabreadísimo.

# 15

—Estás impresionante, Gene. Vas a dejar a todos con la boca abierta — dijo Sarah en cuanto la vio salir de la habitación con aquel vestido largo color champán.

—¿Vosotras creéis? —preguntó Gene con inseguridad.

—Y tanto que lo creemos, pareces Karen Gillan en la alfombra roja — apuntó Janice metiéndose una patata frita en la boca.

—¿Por qué esa inseguridad? Creía que ibas con Mark. Según tus palabras textuales te pone menos que un Teletubbie.

—Y es cierto, solo somos amigos, pero estará Lewis.

—¿Y qué? Tú ya pasas de ese capullo, ¿verdad? —le preguntó de nuevo Janice que al igual que Sarah desconocían que se había acostado con él el día anterior.

—¿Y esa cara? —preguntó Sarah cuando vio poner los ojos en blanco a Gene.

—¡Ese tío te sigue gustando! —exclamó Janice soltando el bol de patatas —. No puedo creerlo, te has vuelto a pillar por él.

—No, eso no es cierto, lo hago por el plan —dijo con poca convicción.

—Ya no existe tal plan, juraste por la cuarta temporada de *Outlander* que ibas a centrarte en el asunto ese de los quesos y a pasar de Lewis Maddox.

—Pues ya ves, va a ser que no paso tanto —dijo Gene con resignación.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Sarah intentando investigar como un sabueso.

—Nada y todo, no puedo controlar lo que siento, es algo que nadie puede hacer.

—Pues contrólate o estarás bien jodida, amiga. ¿Acaso has olvidado lo que pasó en esa isla del demonio? —le espetó Janice que gozaba de un fuerte carácter ante ese tipo de cosas.

—Eso es algo difícil de olvidar, pero el tiempo lo emborriona todo.

—A ti sí que se te ha emborronado el cerebro —afirmó Janice molesta, volviendo a agarrar el bol de patatas.

—No le hagas caso, Gene, yo te entiendo, aún echo de menos al asqueroso de Thomas —intervino Sarah.

—¿Y por qué no lo llamas? —le preguntó Janice a Sarah que, por toda respuesta, se encogió levemente de hombros.

El timbre del piso la puso en preaviso de que Mark ya estaba abajo esperándola. Cogió el bolso de mano y un chal elegante de pelo corto y se despidió de sus amigas, siendo Sarah la única que le deseó suerte.

La gala se celebraba en el Secret Garden cubierto del hotel Witchery by the Castle, situado en el Old Town, un lugar muy emblemático de la ciudad y catalogado como uno de los mejores hoteles de Edimburgo. Aquel sitio era un sueño hecho realidad, casi parecía que estabas en un museo y Gene se sintió maravillada de estar allí en esa ocasión. Lo que normalmente era el restaurante se había convertido en una amplia sala, donde la gente conversaba y disfrutaba de delicatessen que los camareros iban repartiendo en bandejas a los asistentes, todo ello amenizado por un grupo que tocaba música *folk*. La decoración podía trasladar a quien lo visitaba a otras épocas y Gene no podía sentirse más feliz.

—Esto es una pasada, Mark.

—Me alegra que te guste, eso es que no te arrepientes de haber venido. Además —añadió comiéndosela con los ojos—, estás preciosa.

—No es para tanto.

—Lo es, siempre lo estás, pero hoy te has superado —le dijo agarrándola por la cintura y dándole un beso en la mejilla.

—Vayamos a comer algo, estoy hambrienta —dijo al ver un camarero cerca con una bandeja repleta de canapés.

—Voy a saludar a unos amigos, te alcanzo en un momento.

—Está bien, pero no tardes o me los comeré todos.

Gene cogió unos cuantos de aquellos minibocados y los degustó cerrando los ojos, estaba disfrutando mucho de aquella experiencia.

—Veo que te gustan —le dijo una voz familiar.

—¡Lewis!

—No sé por qué te sorprendes, sabías que iba a venir.

—Es cierto, pero me has asustado.

—No era mi intención. ¿Dónde está ese amiguito tuyo?

—¿Y eso a ti qué te importa? ¿Acaso te he preguntado yo a ti dónde está la persona que ha venido contigo?

—He venido con Liza, deduzco por tu tono que sí te importa saber con quién he venido.

—Me alegro de que Liza sea tu pareja esta noche. Espero que esta vez respetes las normas y no te la acabes tirando para culminar la noche como un macho.

—¿Eso lo dice la que ayer se abrió de piernas en la sala de juntas y me suplicó que le hiciera el amor?

—Yo no te supliqué nada.

—No con palabras, pero tu cara decía otra cosa.

—Eres odioso.

—Puede, pero tú deseas a este odioso tanto o más de lo que yo te deseo a ti.

—Cállate, podría oírte alguien.

—Nadie está pendiente de nuestra conversación, y ese Mark tuyo anda muy liado hablando con aquella jovencita —dijo señalando con el mentón el lugar donde Mark se encontraba.

—Él puede hablar con quien quiera, no es un depredador como tú.

—O como tú. ¿Crees que no le molestaría saber lo que hace su novia en horarios de oficina?

—Tú lo que estás es celoso.

—No me gusta que toquen lo que es mío.

—No soy tuya, nunca lo he sido, Lewis.

—Lo serás —afirmó acariciándole la mejilla antes de marcharse, dejándola con la respiración acelerada y unas ganas tremendas de poseerlo.

Lewis ejercía ese poder en Gene, el modo cavernícola en el que se transformaba cuando ella le daba negativas la excitaba muchísimo y aumentaba exponencialmente las ganas de que le hiciera el amor como el día anterior.

Lo observó perderse entre la gente mientras terminaba de engullir los canapés presa de la rabia y decidió ir a por él para dejarle claro que ella no sería nunca suya. A toda prisa recorrió el camino que poco antes había trazado Lewis, pero a mitad alguien la agarró del codo.

—¿Dónde vas, Gene? —Era Mark.

—Iba al aseo —improvisó con rapidez.

—Claro, tendrás que retocarte los labios —dijo él en Broma, pero Gene se llevó las manos con horror a la boca y preguntó:

—Llevo todo el pintalabios corrido, ¿verdad?

Divertido Mark negó con la cabeza y pensó en lo mucho que le gustaría

borrarle la huella de ese carmín rojo de sus deliciosos labios con su propia boca antes de que terminara el día. Tenía una suite reservada en el hotel y le hubiera encantado aprovecharla con Gene.

—No. Están perfectos, como tú.

Incómoda, Gene asintió. Tantos halagos empezaban a perturbarla. No confiaba mucho en que Mark tuviera claro eso de ser solo amigos.

—Gracias, Mark. Vuelvo en un momento —aseguró retomando la dirección por la que había perdido de vista a Lewis, mientras con la mirada lo buscaba entre los invitados. ¿Dónde demonios se habría metido?

Vio a Liza, que estaba en medio de un grupito, pero Lewis no se encontraba con ella, y se decidió a preguntarle si sabía de él. La abogada se mostró sorprendida por verla en aquella gala tan lujosa, pero no le dijo nada al respecto. Liza era una persona sumamente discreta.

—Creo que ha ido al baño —respondió con una sonrisa antes de tomar un sorbo de champán—. Están por ahí —le indicó señalando con el índice hacia la salida al vestíbulo.

—Gracias, Liza. Luego hablamos más y te presentaré a mi acompañante —dijo Gene suponiendo que la abogada se preguntaría qué pintaba ella allí entre tantas personas importantes.

—Estupendo. Será un placer.

Se dirigió al hall y lo recorrió con la mirada sin ver a Lewis por ninguna parte, estaba a punto de volver al Secret Garden cuando lo vio entrar por la puerta que daba a Royal Mile.

Lewis al verla allí plantada sonrió con prepotencia y se acercó a Gene dando largos pasos que acentuaban sus largas y musculadas piernas. Por un segundo ella perdió el hilo de la respiración.

—¿Me buscabas?

—¿Qué te hace creer eso? —Gene levantó la barbilla en plan combativo.

—Verte aquí, sola y con esa carita de pena. ¿Dónde está ese novio tuyo?

—Está dentro.

—¿Y tú por qué estás fuera?

—¿Y tú? —contraatacó ella no teniendo una respuesta inmediata.

—He salido para hacer una llamada.

Gene asintió y dijo:

—Yo necesitaba que me diera un poco el aire.

Lewis ladeó la cabeza y se quedó mirándola fijamente, algo que terminó por ponerla más nerviosa.

—¿Y aquí hay más aire que en el Secret Garden? —le replicó él divertido.

—No, pero hay menos gente. Me agobian las multitudes.

—¿No me digas? ¿Entonces prefieres irte? —La llevó hasta una zona más alejada del acceso al Secret Garden—. Muy interesante.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó ella extrañada.

Lewis entornó los ojos y respiró hondo mirando hacia la puerta principal del hotel.

—¿Quieres que te diga lo que quiero hacer? —le preguntó volviendo a fijar la mirada en la de ella. Gene asintió levemente, masticando la tensión sexual que se estaba generando entre los dos y Lewis dijo—: Estás preciosa.

—¿Crees que soy preciosa?

Él sonriendo le acarició la mejilla

—He dicho que lo estás, pero también es cierto que creo que lo eres. Siempre lo has sido. —Su dedo descendió por el pómulo de Gene y le alcanzó la barbilla, después bajó por su cuello provocándole un cosquilleo—. Y volviendo a lo que me gustaría hacer. ¿Sabes lo que me gustaría hacer? —Gene negó con la cabeza incapaz de apartar los ojos de los ojos azules de Lewis—. Me gustaría... —acercó la mano al tirante de su vestido y lo acarició levemente con el pulgar —... arrancarte este vestido del cuerpo, romperte las bragas, si es que las llevas, cosa que dudo, pues te he estado observando antes y he visto que no hay marcas en tu precioso y prieto culo, y follarte hasta que pierdas el sentido de la orientación. Eso es lo que me gustaría hacer. —La cara de Lewis quedó a tan solo un palmo de la Gene mientras le susurraba todas aquellas palabras. Gene tragó saliva un par de veces—. Pero... —sonrió—... no lo voy a hacer, esta noche no —siseó en su oído—. Esta noche ya tienes quien te haga disfrutar, ¿no es verdad?

Ella se sonrojó y retrocedió molesta. La había engatusado y había caído como una idiota otra vez.

—Eres imbécil.

Lewis se encogió de hombros y sonrió malicioso.

—Y tú una zorrita muy guapa. No has cambiado mucho tampoco en eso, ya con dieciséis años te gustaba jugar a la vez con varias pelotas. Pero ¿sabes qué, Gene? Creo que ahora podría soportarlo. Estar en el lugar del amante es mucho mejor que ser el gilipollas del cornudo. Si quieres que sigamos follando a escondidas de la gente, por mí no hay problema. Lo de ayer fue un verdadero placer y me encantaría repetirlo. Si quieres, puedo hacer incluso el

sacrificio ahora mismo. —Con el mentón señaló el ascensor—. No tenemos más que tomar una suite y podremos hacerlo toda la noche, mientras tu novio se divierte en la gala.

Gene abrió los ojos como platos, asqueada por saber lo que Lewis opinaba de ella en realidad. El plan se había torcido por completo, volviéndose en su contra. Ahora mismo era ella la única que estaba enamorada como una tonta y él la que la acababa de pisotear como si no valiera nada. Tratando por todos los medios de que las lágrimas no escaparan de sus ojos, levantó la barbilla, se dio la vuelta y se marchó de su lado con rumbo al Secret Garden, donde la gala benéfica seguía su curso alegremente.

# 16

En cuanto entró de nuevo en el salón, Mark se acercó a ella con cara de preocupación.

—Venía a buscarte. Has tardado mucho.

—No me siento muy bien. Creo que algo me ha sentado mal —dijo tocándose la barriga con una mueca de disgusto.

—Oh, vaya, pobre Gene. Tienes mala cara. Estás muy pálida. ¿Necesitas tumbarte un rato? Tengo una habitación reservada, puedes subir y descansar un poco.

—Creo que no, prefiero irme a casa. Lo siento. Será lo mejor para los dos. Dudo que pueda ser una buena compañía el resto de la noche.

—¿De verdad que no quieres? Podemos pedir algún antiácido en la recepción.

—No creo que se me pase con un antiácido.

—De acuerdo —aceptó cogiéndola por el codo—. Te llevaré a tu casa.

—No. Por favor, no te molestes, esta gala es importante para tu familia, deberías quedarte.

—Déjame al menos que te pida un taxi y espere contigo hasta que llegue.

—Eso sí. —Gene sonrió agradecida volviéndose hacia la puerta justo en el momento en que Lewis entraba. La miró y le dedicó una sonrisa desquiciante—. ¿Te importa si lo esperamos en la calle? Necesito tomar el aire. El de aquí está muy viciado —comentó alzando la voz cuando este pasó por su lado.

—¿Ese no era tu jefe?

—¿Quién?

—El tipo que acababa de pasar por aquí.

—No me he dado cuenta —le repuso como si aquello no le importara—.

¿Vamos?

—Sí, claro, vamos.

—¿Puedes ir a por mi chal?

—Claro, mientras haré la llamada. No te vayas muy lejos —bromeó

sonriéndole.

Gene forzó una sonrisa y se dirigió a la calle. Contempló el cielo estrellado. Aquella noche primaveral estaba por completo despejado y la luna lucía espléndida en la negra inmensidad del firmamento. Al poco apareció Mark portando en las manos el chal de pelo de Gene y se lo puso delicadamente sobre los hombros.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó y ella asintió—. Todavía puedes quedarte —insistió con carita de niño bueno.

—No tan bien como para eso —le repuso con una sonrisa triste.

—De acuerdo.

Gene miró calle arriba esperando ese taxi que tardaba demasiado y algo en la acera de enfrente, unos edificios más allá, captó su atención.

—¿Qué hace esa tía aquí? —dijo Gene al reconocer la esbelta figura de Miranda conversando con un hombre que no conocía.

—¿A quién te refieres? —preguntó Mark mirando a todos lados para ver a quién se refería Gene.

—A esos dos que están ahí —respondió levantando un poco el brazo con el bolso en la mano para señalar.

—Esa es Miranda Prescott y el otro es Mike Walts, trabaja en AD Lawyers. Ha venido a la gala, tal vez Miranda sea su acompañante.

—¿Conoces a Miranda? —le preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Claro, colabora a veces con el bufete de mi padre. Lo que me sorprende es que la conozcas tú.

—¿Bromeas? Es la asistente de Jack.

—¿Quién es Jack?

—Uno de mis jefes.

—Pues no sé, igual lo he entendido mal y solo le colabora los bajos a Mike, tú ya me entiendes —dijo Mark, dándole un leve codazo a Gene.

—¿Y dices que va mucho por el bufete de tu padre? —preguntó ella pasando por alto la actitud divertida de Mark.

—Ayer mismo la vi por allí después del cierre. A veces voy a hacer fotocopias o cualquier otro recado que me mande mi padre. Quiere que me gane la asignación hasta que termine mis estudios. ¿Por qué quieres saber tanto sobre esa mujer?

—Por nada, simple curiosidad.

—Aquí viene tu taxi —dijo Mark ofreciéndole el brazo para acompañarla hasta donde el vehículo se había detenido—. Espera, te abriré la puerta.

—Muchas gracias. Eres muy amable, Mark.

—Espero que el karma algún día me lo pague —dijo, haciéndole un gentil ademán con la mano invitándola a entrar en el vehículo.

—Seguro que sí. —Subió al taxi y él cerró la puerta tras despedirse con un beso en la mejilla.

En veinte minutos Gene estaba entrando en su apartamento hecha un mar de lágrimas. No había podido dejar de llorar durante el trayecto y había agotado todas las reservas de pañuelos de papel del taxista, que había tratado de consolarla por todos los medios. Por suerte, todavía era pronto y sus amigas se encontraban en el salón haciendo tiempo antes de salir a tomar unas copas.

—¿Y esa cara? —le preguntó Sarah al verla entrar en aquel estado tan lastimoso.

—Soy una imbécil.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber Janice acercándose para abrazarla.

—Lewis me ha humillado.

—Te lo dije, te dije que pasaras de ese tío.

—No estoy para tus sermones, ya te he dicho que hay cosas que no puedo controlar. Si eres mi amiga deberías ser compasiva conmigo.

—Eso intento, Gene. Pero sabes cómo es, ¿qué podría atraerte de él?

—No lo sé, todo y nada. Solo sé que me gusta o quizá lo quiera, no lo sé.

—¿Lo quieres?

—Ya te he dicho que no lo sé, y tampoco sé qué le he hecho yo para tratarme de esa manera después de lo de ayer.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó Sarah.

—Ayer...

—¡No lo digas! —la interrumpió Janice—. Te acostaste con él.

—Sí —respondió volviendo a llorar.

—Estás en un buen lío, jovencita. ¿Sabes lo difícil que es separar ambas cosas si estás enamorada? —dijo Janice.

—Bueno, mantengamos la calma. Igual te vendría bien venir con nosotras, íbamos a tomar unas pintas —dijo Sarah—. Hablaremos sobre ello, necesitas desahogarte.

—Sí, desahógate antes de que te ahogue yo misma con mis manos —la amenazó Janice.

—He de cambiarme, no voy a ir vestida así.

De camino a Old Man, un pub a unas pocas calles de distancia del apartamento, Gene les fue contando todo lo ocurrido. Lo del polvazo en la sala de juntas y lo que había pasado en el vestíbulo del hotel Witchery by the Castle una hora antes y cómo Lewis la había humillado una vez más llamándola zorrita.

—Habla con los otros socios, quizá puedas trabajar en ese proyecto desde casa —propuso Sarah—. No puedes volver a ese despacho para que ese imbécil te menosprecie. ¿Quién se habrá creído qué es para tratarte así?

—Huir no es la solución, Gene debe enfrentarse al problema. Alejarse de ellos solo los camufla, no los soluciona —aseguró Janice sujetado la puerta del pub para que sus amigas entrasen.

—Janice, no quiero verlo, me duele, me martiriza y no sé si seré capaz de renunciar a tener sexo con él.

—Pues no renuncies, pero aprende a separar el sexo del amor. Ese es tu problema, que eres demasiado enamoradiza.

—No soy enamoradiza, solo me he enamorado una vez y fue de él. Supongo que reencontrarme con mi pasado ha aflorado esos sentimientos.

—¿Y qué me dices de Will? Recuerdo que decías que le amabas y te revoloteaban pajaritos alrededor.

—Ahora sé que eso no era amor de verdad. Will era estupendo, pero lo que siento por Lewis no se le parece en nada a lo que sentía por Will.

—Pues si piensas seguir yendo a ese despacho, tendrás que aprender a separar —dijo Janice alzando la mano para llamar la atención de Rob, el camarero habitual del pub.

—Sigo sin entender porque dice que me gusta jugar a dos bandas. No sé lo que quiere decir.

—Pues tendrás que preguntárselo. Ese hombre está muy resentido contigo y, aunque no excuso sus actos ni sus palabras, debe tener algún motivo. Eso o que está loco de remate.

Gene asintió pensando en qué motivos podría haberle dado para llamarla zorrita y decir que prefería ser el amante al cornudo. Solo había tenido dos novios en toda la vida y con una diferencia de cinco años entre ambos, y, por supuesto, no se la había pegado con otro a ninguno de ellos. ¿Qué querría decir con eso?

—¿Pensáis que él pueda creer que yo le estuve engañando con otro cuando salimos aquel verano?

Sus dos amigas la miraron y asintieron levemente sopesando la cuestión.

—Podría ser. ¿Por qué creería algo así? —le preguntó Sarah a Gene, que sacudió la cabeza y dijo:

—Ni idea.

—Pues tendrás que preguntárselo si lo quieres saber —dijo Janice.

—Ahora mismo lo único que tengo ganas es de darle tortas hasta que me duela la mano.

—Pobre Gene —dijo Sarah cogiéndole la mano.

—Sí, pobre Gene. Pero aquí la pobre Gene es la única que ha follado en los últimos cinco meses.

—Hablas por ti, ¿verdad? —comentó Sarah sonriendo.

—¿Es que tú sí lo has hecho? —Janice la miró asombrada.

—Hará un par de semanas me acosté con Luke.

—¿Qué Luke?

—Luke, el amigo de Charlie y Creskin.

—¿Ese Luke? —La barbilla de la desconcertada Janice le tocó el pecho.

Sarah afirmó con la cabeza con una sonrisa radiante.

—Serás perra mala, ¿y por qué no nos cuentas nada? —le reprochó Janice dándole una palmada en el muslo a Sarah, que se encogió un poco de hombros como respuesta.

—Yo sí lo sabía —intervino Gene.

—¿Pero qué clase de amigas sois vosotras? —Janice se mostró muy ofendida.

# 17

Después de que Sarah colmara de detalles a sus amigas sobre su recién estrenada relación con Luke, decidieron irse a casa. Gene se acostó con la mente nublada por el alcohol y con aquella imagen de Miranda a la salida de la gala. Era la única parte de lo sucedido que había decidido omitir a sus amigas. Eran temas internos de oficina y debía ser profesional, no era correcto inculpar a Miranda, tachándola de topo del bufete, sin tener pruebas fehacientes. Solo eran elucubraciones propias, y debía en tal caso comentarlas con Lewis primero, ya que este era el primer interesado, aunque la idea de tenderle un capote después de todo lo que le había dicho no la hiciera especialmente feliz.

A la mañana siguiente Gene se levantó con una leve resaca que una aspirina y café aliviaron de inmediato, se dio una ducha y se puso algo cómodo. Tenía que ir a la barbacoa que organizaban los Keller, unos amigos y vecinos de sus padres en Wallyford, que tenían tres hijos pequeños con los que a Gene le encantaba jugar en el jardín. Le esperaba un día agotador al lado de esos pequeños indomables que nunca se cansaban, pero al menos estaría distraída y podría dejar de pensar en Lewis por unas horas. ¿Cómo había podido pasar de la nada a ocupar sus pensamientos de aquel modo que le colapsaba las neuronas? Necesitaba sacarlo de su cabeza.

El día fue tal y como se esperaba, cuando llegó a su apartamento por la noche, con los pies fundidos por las carreras y el estómago rebosante de salmón marinado, solo tuvo fuerzas para meterse derecha en la cama y apagar la lámpara antes de cerrar los ojos y quedarse profundamente dormida.

Al abrir los párpados el lunes sintió que de nuevo el cielo caía a plomo sobre ella. De nuevo tenía que ir a Lefkowitz y Maddox Asociados y enfrentarse con la cruda realidad.

—Y bien, ¿qué has decidido? —le preguntó Sarah calentándose las manos con una taza de café humeante.

Gene hizo una mueca y, mientras recogía su parte del desayuno, respondió:

—Que tengo que ir a trabajar al bufete. No pienso enterrar la cabeza en la tierra como los avestruces y demostrarle que me intimida, eso sería darle lo que quiere.

—Si Janice te escuchara estaría muy orgullosa de ti, pero me temo que dormiré hasta medio día aprovechando su día libre.

—¿No era los jueves?

—Sí, pero ahora se ve que también los lunes.

—Libra muchos días, ¿no?

—Eso parece, pero no quiero preguntarle el porqué. Seguro que ha montado una cruzada laboral en la cafetería y todos la temen.

Ambas rieron pensando en que aquello era algo bastante probable conociendo a su amiga.

Cuando llegó a la oficina, Carol estaba hablando por teléfono jovialmente con alguien y no la vio entrar, la que sí la interceptó en el pasillo fue Liza, tan cordial como siempre.

—Buenos días, Gene, ya no nos vimos el sábado.

—Me encontraba mal y decidí marcharme.

—¿Y ya estás mejor?

Gene asintió, mientras trataba de buscar una excusa para su precipitada marcha, y dijo:

—Solo era un poco de gastroenteritis.

—Entiendo —dijo Liza con una mueca solidaria de malestar—. Me sorprendió mucho verte en la gala, no sabía que irías con el hijo de Elliot McGillis.

—Oh, sí, Mark y yo somos buenos amigos.

—Lewis me dijo que erais pareja.

—Éramos, pero mantenemos una buena amistad. —Gene decidió dejar de mentir en ese aspecto, ya no tenía demasiado sentido.

—Siento que no funcionara, pero me alegra saber que podáis ser amigos, aunque he de confesar que si todos los matrimonios fueran así me quedaría sin trabajo —dijo entre risas—. No te entretengo más. De nuevo un gusto tenerte en el equipo.

—Gracias, Liza. ¿Sabes si el señor Maddox está en su despacho?

—Sí, Lewis llegó hace poco y se encerró en su cueva, hay días que tiene humor de perros, pero no le digas que te lo he dicho.

—Descuida.

Tras pasar por el filtro de Carter, que se encontraba trabajando en su antiguo puesto de trabajo con su habitual rictus antipático, se acercó cautelosa a la puerta del despacho de Lewis. Estaba cerrada y Gene la miró por unos segundos con el corazón galopándole en el pecho y un repentino temblor de piernas. Recordó aquel momento vivido el sábado en la gala y las duras palabras de Lewis haciendo alusión a su poco decoro.

«Eres una zorrita muy guapa. No has cambiado mucho tampoco en eso, ya con dieciséis años te gustaba jugar a la vez con varias pelotas.»

Las palabras retumbaban en su cabeza, ¿a qué narices se refería con eso?

Respiró hondo varias veces y agarró el pomo de la puerta. Debía entrar y enfrentarse a Lewis, además de contarle aquello que sabía de Miranda. Tenía que hacerlo, no solo por él, también por Jack y por el resto de los socios del bufete.

Abrió y dio uno pasos lentos, como si las piernas le pesaran toneladas y le costara levantar el paso.

—Buenos días. ¿Tienes un momento? —dijo con la voz entrecortada.

—Depende de para qué.

—Es importante —dijo muy seria, cerrando la puerta. No le apetecía quedarse encerrada con Lewis, pero tampoco que Carter escuchara la conversación.

—Si vienes a que te pida disculpas ya puedes largarte.

—No vengo a que me pidas ni des nada, Lewis. Eso es agua pasada para mí —le replicó.

Pese a que la expresión de Lewis se mantuvo inmutable, aquello le dolió profundamente. Por nada del mundo quería quedar en el olvido de Gene. Ella era todo para él. Había vuelto a su vida para llenarlo todo y eso le pesaba tanto, que la quería y la odiaba al mismo tiempo. En su cabeza no había espacio para nada más. Quería abrazarla, besarla, amarla y dejarse amar por ella, pero también quería hacerle daño. No podía olvidar. No quería ser el segundo plato y con ella siempre era así. Lo había sido en la isla de Skye y lo era hoy en día.

—Di lo que tengas que decirme —dijo secamente apartando la mirada y centrándola en unos papeles.

—Es sobre Miranda —soltó Gene sin más preámbulos.

—¿Bromeas? —dijo él soltando una risa forzada—. No has tenido suficiente con ese tema que vienes a seguir restregándome en la cara lo que pasó con ella solo porque estás celosa.

—No estoy celosa y no vengo a restregarte nada, es importante. El sábado vi algo sospechoso y supuse que te convendría saberlo.

—Ilumíname —dijo con sarcasmo, recostándose en la silla, invitando a Gene a que soltara aquello que tenía que decir.

—Cuando salí de la Gala Stuart vi a Miranda con un hombre.

—¿Y qué hay de raro en eso? Miranda es libre de ver y hablar con los hombres que quiera.

—Por supuesto, igual que cualquier mujer, pero ese no es el problema.

—¿Y cuál es el problema?

—El hombre con el que estaba es un tal Mike Walts.

—No sé qué pretendes con esto —dijo Lewis aún sin entender bien aquello.

—Ese tío trabaja para AD Lawyers, Mark me dijo que ella iba mucho por allí después de que cerraran sus puertas a los clientes.

—¿Me estás intentando advertir de la vida sexual de Miranda?

—¿Todo tiene que girar en torno al sexo, Lewis? ¿No puedes sacar tu vena de abogado para atar cabos por una maldita vez en tu vida?

—El único cabo que ato es que el sábado te quedaste con ganas de mí y has venido a buscarlo con la excusa de contar una historieta sobre Miranda sin fundamento.

—Eres increíble —le replicó con rabia—. He venido a darte una información valiosa que podría explicar por qué te robaron esas pruebas. Pero veo que solo te interesa tu ego de macho y todo lo que gire en torno al poder de tu polla. Hablaré con los otros socios, seguro que son más profesionales que tú e investigarán un poco esas visitas frecuentes de Miranda a las oficinas de AD Lawyers. Buenos días, señor Maddox —concluyó Gene girándose hacia la puerta.

—Espera —dijo él levantándose de la silla y aproximándose con rapidez a la posición de ella.

—¿Qué quieres?

—Desearte también un buen día.

A Gene no le dio tiempo a reaccionar cuando Lewis la agarró por la cintura y la besó sin permiso. Nublándole la razón por un momento y disfrutando de aquel beso robado se rindió y abrió la boca para recibirlo con ganas.

—Hasta luego, señorita Jonhson, ha sido un placer conversar con usted —le dijo él soltándola y volviendo a su mesa como si aquello fuera lo más

normal del mundo.

—Pero...

—Tengo trabajo, señorita Johnson —dijo de manera cortante invitándola a salir del despacho con un gesto de manos.

Gene salió de allí de nuevo con una sensación desconcertante en el pecho y los labios todavía hinchados por aquel beso.

—¿Qué te pasa, querida? Parece que hayas visto un fantasma.

—Más o menos, Carol, más o menos.

—No me asustes, que en Edimburgo hay muchas leyendas sobre eso y no quisiera encontrarme con el espíritu del alcalde Thomas Weir merodeando por aquí.

—No es esa clase de fantasma —rio Gene—. Carol, ¿sabes si puedo localizar a Jack? Me gustaría hablar con él.

—Me temo que ha dado órdenes explícitas de que no se le moleste en unos días.

—Es importante, sé que lo que tengo que decirle le interesará.

—¿De qué se trata?

—¿Prometes que serás discreta?

—Lo prometo, nunca traicionaría al señor Lefkowitz.

Gene le contó a Carol lo que había visto el sábado y sus sospechas de que Miranda Prescott era quien filtraba información sobre los casos del bufete a AD Lawyers.

—Siempre he creído que esa mujer era una víbora —dijo Carol con el ceño fruncido—. Mira que hacerle eso al pobre señor Lefkowitz y a todo el bufete.

—Lo sé, pero no olvides que solo son conjeturas, no podemos probarlo hasta que la pillemos con las manos en la masa.

—¿Y qué piensas hacer?

—Es preciso que hable con Jack, seguro que él sabrá qué hacer.

—Intentaré hablar con él esta mañana, pero no te prometo nada.

—Gracias, Carol. Avísame en cuanto sepas algo.

—Descuida.

Durante aquella mañana Gene aprovechó para trabajar en el proyecto del señor O'Toole. Puesto que no había despachos libres ocupó la gran mesa de la sala de juntas. Tan solo tenía dos semanas para prepararlo todo. Liza le informó que el señor O'Toole quería aprovechar el Summer Fest de la ciudad,

evento en el que la empresa local Aerotours ofrecería vuelos en globo aerostático gratuitos, algo que atraería a mucha gente y sería el escaparate perfecto para dar a conocer el queso con una cata gratuita. Debía darse prisa para pedir los permisos al ayuntamiento y encargar los distintivos del stand.

Mientras pedía a Carol que llamara a varias empresas de diseño gráfico para que le hicieran un logo y unos *flyers* en tiempo récord, esta le iba informando que todavía no había localizado al señor Lefkowitz.

—Todavía no sé nada, llamo a los de diseño gráfico y lo seguiré intentado.

—Gracias, Carol —le dijo Gene.

—Gracias a ti, hacía tiempo que no había movimiento en la oficina, has sido un soplo de aire fresco y puedo volver a sentirme útil otra vez.

—Estás siendo de gran ayuda, Carol.

—Venga, sigue a tus cosas, me estás poniendo roja.

Gene fue a por un café al hall, le gustaban más los de la cafetería de la esquina, pero no había tiempo para tanto paseo, las prisas del señor O'Toole no le estaban poniendo las cosas fáciles y el estrés se había apoderado de ella en tiempo record. Lo que iba a ser un minimomento de relax en su ajetreado día de trabajo se tornó de golpe en un desagradable encuentro con Lewis.

—¿Qué tal, señorita Johnson? ¿Ha venido a encontrar huellas en los posos del café o a sacar muestras de ADN de las cucharillas tal vez?

—Puedes burlarte de mí todo lo que quieras, pero te aseguro que pronto te cerraré esa boca.

—Creo que mi boca te gusta más abierta y sobre todo si la tengo encima de la tuya.

—¿Qué pretendes diciéndome esas cosas, Lewis? ¿Acaso quieres verme fracasar para así no tener que verme la cara nunca más? Te aseguro que no te va a ser nada fácil.

—Te equivocas. No me hace especialmente feliz verte fracasar, es algo que me trae sin cuidado —dijo sinceramente, aunque a Gene le pareciera todo lo contrario.

—Me desconciertas, y no sé qué te lleva a besarme y a despreciarme después. Debe ser un síndrome extraño o un bicho raro que te ha picado.

—Lo del bicho no lo descarto, hay muchos en la isla de Skye y ese verano olvidé echarme repelente.

—No logro entender esas indirectas, no tengo la misma capacidad mental que tú para las sandeces.

—Tú eres más lista que yo, solo que yo tengo mejor vista, igual deberías usar gafas para focalizar mejor los pequeños detalles.

—Es posible que me cueste enfocar de lejos, pero de cerca veo bastante bien y ahora mismo tengo un monstruo frente a mí que me incomoda bastante. Disfruta de tu café.

—Nos vemos, nena.

—No me llames nena, es hortera incluso para ti.

# 18

Liza y el señor Paterson se despidieron del personal y de Gene, que seguía revisando varios diseños que acababa de recibir para el logo. No disponía de mucho tiempo para elegir uno y debía ser consecuente con la empresa de diseño gráfico que le había hecho el favor de colarla en su lista de prioridades. Además, el portero del edificio estaba avisado de que Gene saldría más tarde y este se encargaría de cerrar la puerta principal del bufete tras su marcha.

—Deberías irte —le dijo Carol portando su bolso al hombro.

—No puedo, Carol, quiero enviar el e-mail con la decisión.

—¿No será mejor que lo consultes antes con el señor O'Toole?

—Sí, tienes razón, no sé en qué estaría pensando —gimió llevándose las manos a la cabeza.

—Estás cansada, además, tienes una cita en veinte minutos.

—¿Una cita?

—Sí, con Jack. Lo localicé hace una hora y ha accedido a verte fuera de la oficina. Me ha dado esta dirección —le dijo tendiéndole un post-it.

—Gracias, Carol. Hoy me has salvado la vida.

—No te lo he dicho antes por no molestarte —dijo la mujer con una sonrisa compasiva—, pero ahora salgamos de aquí, ya hemos producido suficiente para el bufete.

Gene pensó en pasar por casa primero para refrescarse antes de ver a Jack, pero tenía el tiempo justo. Jack la había citado en un pub a las afueras y el bus que hacía la ruta de esa zona hacía su último viaje en diez minutos.

Durante el trayecto se dedicó a mirar por la ventana, pensando en cómo iba a plantearle el problema y que lo mejor sería pasar por alto que Lewis era conocedor del tema y se había burlado de sus suposiciones, sin comprobar si aquello era cierto o no. No quería meterlo en más problemas, ella no era esa clase de persona. Además, estaba el hecho de que estaba enamorada de él y lo estaba haciendo en parte por él. Sabía que Lewis era un hombre orgulloso, y ser consciente de que alguien le había robado aquellas pruebas era una losa

que cargaba sobre sus hombros, aunque le costara admitirlo.

Gene llegó tres minutos después de la hora prevista. El pub era oscuro y la música ambiental distaba de ser eso mismo, pues estaba demasiado alta como para mantener una conversación. Miró a su alrededor y en una mesa del fondo acompañado de una pinta de cerveza estaba Jack. No tenía buen aspecto.

—Hola, Jack —lo saludó Gene sentándose lentamente en la silla de enfrente.

—Hola, ¿por qué tanta urgencia en vernos?

—Lo siento, primero de todo me gustaría saber cómo estás —le dijo empáticamente.

—¿Tú qué crees? —contestó dando un largo trago a su jarra.

—Siento mucho lo que pasó en la oficina, en parte, siento que yo lo provoqué.

—No es culpa tuya, es que Lewis no sabe controlar sus instintos depredadores y no respeta los sentimientos de los amigos.

—¿Tenías algún tipo de relación con Miranda? —le preguntó intrigada.

—No, pero él sabía que bebía los vientos por ella.

—Entiendo, pero en ese caso la cosa no es tan grave —le respondió Gene agachando la mirada—, me refiero a que Miranda es libre de querer acostarse con quien quiera. Lo verdaderamente importante es lo que tengo que contarte ahora y creo que te ayudará a ver a Miranda de otro modo.

—¿De qué se trata? —preguntó incómodo en su silla.

—Verás, el sábado vi a Miranda a la salida de la Gala Stuart hablando con Mike Walts. Mark me dijo que era él.

—Mike es el abogado penal de AD Lawyers.

—En efecto, pero Mark me contó que Miranda colabora con ese bufete y que se pasa por sus oficinas bastante a menudo después del cierre.

Jack dio un golpe en la mesa que hizo temblar la jarra.

—¡Joder! ¡¿cómo no me he dado cuenta antes?!

—¿Crees lo mismo que yo?

—¿Que es la que les dio los dossiers con las pruebas del caso que nos valió el descrédito de la comunidad de abogados? Sí.

—Sé que no podemos inculparla sin pruebas, pero creía que debías saberlo. Podría haber hablado con los demás socios, pero creo que tú eras el más indicado.

—Has hecho bien, es mejor que llevemos la investigación con discreción.

—Puedo ayudarte si quieres.

—Te lo agradezco, ¿y con quién dices que fuiste a la Gala Stuart?

—Con el hijo de Elliot McGillis, Mark. Lo conocí de casualidad en un parque, ni siquiera sabía que era su hijo. Antes de trabajar en el bufete no conocía a la gente del mundillo.

—No hace falta que te justifiques, no te estoy pidiendo explicaciones de con quién sales, Gene. Solo me gustaría saber si colaboraría para atrapar a esa traidora.

—Si le digo que es para dismantelar los chanchullos del bufete de su padre no querrá ayudarnos. Pero somos buenos amigos, puedo sacarle información valiosa sin que se dé cuenta.

—No quiero meterte en líos, Gene.

—Tranquilo, todo saldrá bien —le dijo posando la mano sobre la de Jack.

—Pensaré en algo sin que te veas envuelta —repuso él mirándola agradecido—. No es algo que te afecte a ti directamente.

—Te equivocas, ahora formo parte activa del bufete. —Gene sonrió levemente.

—Es cierto. Ahora eres nuestro diamante en bruto —afirmó él—. Enhorabuena por lo de la granja O'Toole. Liza me ha informado de que estás haciendo un gran trabajo.

—Estoy contenta, sí, no lo voy a negar. Es una gran oportunidad de poner en práctica para lo que llevo media vida estudiando, y ha surgido un poco así, como de la nada.

—El que vale, vale, y tú vales mucho. Ya me lo dijo tu padre.

—Mi padre no podría jamás decir otra cosa de mí —ironizó ella, un poco azorada por sus palabras de reconocimiento.

—Tu padre sabe bien lo que dice —dijo Jack dedicándole una sonrisa radiante—. Aunque no vaya en unos días al despacho estaré pendiente de la evolución del negocio.

—Espero que vaya bien —suspiró ella.

—Estoy seguro de que irá estupendamente.

# 19

El resto de la semana fue un no parar. Durante las horas laborales, tenía tanto trabajo que apenas le quedaba tiempo para pensar en Lewis, al que trataba de evitar a toda costa, algo que le resultaba bastante fácil en la sala de juntas, ubicada en el otro lado de las oficinas. A la salida, dedicaba un par de horas más a espiar junto a Jack la puerta principal del edificio, donde se ubicaba el despacho de DA Lawyers, con el fin de pillar *in fraganti* a Miranda, sin ningún éxito de momento. En aquellas horas de vigilancia había empezado a tratar con Jack más allá de los asuntos profesionales y habían iniciado una amistad, que satisfacía a ambas partes. El viernes, tras las dos horas de rigor que dedicaban a vigilar la fachada del edificio, decidieron ir a tomar algo juntos.

—¿Te importa que pasemos por mi apartamento antes? Quiero cambiarme de ropa y dar señales de vida. Mis dos amigas piensan que he sido abducida por los extraterrestres.

—Claro y así las conozco. Tras escuchar tantas batallitas de ellas, ya siento a Janice y Sarah como si fueran parte de mi vida —dijo Jack soltando una carcajada.

—Estupendo, ¿nos vamos?

—Son más de las diez y no creo que Miranda venga ya. Así que... —dijo él con resignación levantándose de la silla.

—¿Todavía sientes algo por ella? —se atrevió a preguntarle recogiendo el bolso.

—Es difícil dejar de sentir de la noche a la mañana cuando lo que sentías era tan profundo.

—¿Y por qué nunca le dijiste nada?

Jack se encogió de hombros y le abrió la puerta del pub para dejarla salir delante.

—Supongo que era consciente de que ella no sentía nada por mí y no quería incomodarla al ponerla al corriente de mis sentimientos. Quería... —suspiró hondo— pretendía enamorarla con bonitos gestos cada día. Un café

expresso, una berlina, una rosa...

—¿Una rosa? —Gene se sorprendió—. Creo que eso es toda una declaración de amor, Jack. Ella debía estar muy al tanto de tus sentimientos.

—Puede, y es evidente que no sentía lo mismo que yo, pero estaba enamorado de ella hasta las trancas... ¿qué le voy a hacer?!

—¿Y ahora qué sientes?

—Estoy dolido con ella, mucho. Sobre todo, por lo que creo que le hizo y sigue haciéndole al bufete. Siempre he confiado en ella y, aunque ella no me quisiera, pensaba que era amiga mía, y al menos me quería como amigo, pero... no es así. Me ha traicionado. Nos ha traicionado a todos, incluso a Lewis con el que mantenía una relación a mis espaldas.

Al escuchar el nombre de Lewis, Gene se sintió agitada como una hoja al viento.

—¿Y qué tal con Lewis? ¿Has hablado ya con él? —se aventuró a preguntar. Hasta el momento no se había atrevido a sacar el escamoso asunto de la traición de su amigo.

—No —dijo con pena—. No para de llamarme y dejarme mensajes para que lo llame y hablemos, pero aún no puedo ni siquiera estar en el mismo edificio que él.

—Tendrás que volver algún día al despacho, lo sabes, ¿verdad?

Jack asintió y accionó el mando de su Mercedes, aparcado a varias calles de distancia del pub, donde habían decidido montar su garita de vigilancia cada noche, dada su estratégica posición justo enfrente de DA Lawyers.

—Este lunes volveré. Sin más excusas ya. Necesito salir de casa. Esta semana casi me vuelvo loco trabajando desde allí. Menos mal que hemos quedado para vigilar a Miranda por las noches, ha sido una buena vía de escape —aseguró entre risas.

—Aunque totalmente infructuoso —añadió Gene.

—Pero lo será. Algún día irá y yo estaré esperando para pillarla.

En veinte minutos llegaron al apartamento de Queen Charlotte Street. Gene vio que las luces del salón estaban encendidas y sonrió. Era un poco tarde, pero sus amigas seguían allí o habían decidido no salir a tomar una copa como era costumbre los viernes. Cuando se apearon del vehículo, charlando y riendo como si fueran amigos de toda la vida, no se dieron cuenta de que alguien en un coche aparcado un poco más adelante los observaba con el gesto contrariado.

Lewis no podía creer lo que estaba viendo. ¿Dónde iban Gene y Jack a

esas horas? ¿Por qué estaban juntos? ¿Y por qué parecía que se llevaban tan bien? ¿Qué demonios estaba pasando ahí? La cólera aumentaba como una espiral haciéndose infinita en su cabeza. Algo normal en él. Una vez se plantaba la semilla, empezaba a crecer sin medida hasta colapsarlo todo y nublarle la razón. Siempre había sido así, como una explosión imposible de canalizar. Con los años había conseguido autocontrolarse un poco, sin embargo, el regreso de Gene a su vida había desactivado ese botón de parada.

Sin darse ni un segundo para tranquilizarse salió como un rayo del coche de repuesto, que le había cedido el taller de reparaciones, y se dirigió hacia la pareja que, ajena a sus movimientos, se encontraba en la puerta del edificio con la clara intención de entrar para hacer a saber el qué.

Una mano se posó con fuerza sobre el hombro de Jack y tiró de este, obligándole a darse la vuelta.

—¿Lewis? —dijo Jack sorprendido de ver a su supuesto amigo allí.

—¿Qué cojones haces aquí, Jack? —le gritó Lewis fuera de sí.

—¿Cómo que qué hago yo aquí, qué haces tú aquí? —preguntó Jack desconcertado, sin entender la presencia de Lewis en la calle de Gene.

—Eso, ¿qué haces tú aquí? —intervino ella, que tampoco alcanzaba a creer que Lewis estuviera allí en aquel momento pidiendo explicaciones de nada. ¿Quién se creía que era?

Los dos se quedaron mirando a Lewis esperando una respuesta.

—¡He venido a verte! ¡Y me encuentro con esto! No tienes bastante con dos, ahora tres. Nunca estás satisfecha, Gene, nunca —bufó enrabiado.

—¡Pero serás imbécil! ¡¿Qué dices de tres?! Estás muy loco, Lewis.

Jack escuchaba la disputa sin entender ni una sola palabra. Su amigo en verdad se comportaba como un loco, nunca lo había visto tan descontrolado, e intervino:

—Creo que lo mejor será que te vayas.

—¡Cierra la boca! —siseó Lewis dando un paso hacia él—. ¡Te estás vengando por lo de Miranda!

Jack abrió los ojos como platos, confundido.

—¿Qué tiene que ver Miranda con todo esto?! ¡Solo he venido a acompañar a Gene a casa!

—¿Y por qué ibas a subir a su apartamento?! Te la quieres tirar —le repuso Lewis sin entrar en razones.

Eso sacó aún más de sus casillas a Gene que, harta de sus altibajos y sus insinuaciones, le dijo:

—¡Vete a la mierda, Lewis!

—¡Eres una maldita zorra! —repuso Lewis acercándose a ella de forma poco decorosa, provocando la ira de Jack.

Lewis no vio llegar el puñetazo que le había lanzado Jack y que le alcanzó de lleno la nariz. Fue como un estallido, el intenso dolor hizo que cerrara los ojos unos segundos. Cuando volvió a abrirlos se precipitó sobre Jack y lo tiró al suelo. Se enzarzaron en una pelea ante los ojos atónitos de Gene, que no podía hacer nada.

—¿Por qué se están peleando estos dos? —preguntó Janice que, tras escuchar el jaleo desde la ventana del salón, había bajado con Sarah y observaba con la boca abierta a los dos hombres, revolcándose en el suelo, entre puñetazos.

—No lo sé, Jack me acompañó a casa y Lewis ha aparecido de repente con ganas de gresca. Supongo que están arreglando viejos asuntos, porque no entiendo nada —respondió Gene sin poder dejar de mirar la pelea alucinada. Se estaban comportando como dos adolescentes.

—¿Quién es el otro hombre? —preguntó Sarah.

—Jack Lefkowitz, mi otro jefe.

—¿No piensas separarlos? —dijo Janice agarrando el brazo de Gene.

—Dudo que pueda, no tengo fuerza suficiente.

—¡Eres un capullo! —gritó Jack golpeando a su supuesto amigo.

—Y tú un desgraciado. Has ido a por ella, porque sabes que me gusta.

—¡¿Yo qué voy a saber?! —

—Es ella.

Las tres amigas se miraron perplejas.

—¿Quién es ella? —preguntó Jack que tampoco sabía a qué se refería Lewis.

—Gene.

Por unos segundos la pelea se detuvo y los dos amigos se miraron a los ojos.

—Claro, es Gene Johnson. Ya lo sé —dijo Jack sin entender aún.

—No, es Gene, Gene —recalcó Lewis—. La chica de la isla de Skye.

—¿Esa Gene?! —Jack se incorporó y de rodillas miró a Lewis estupefacto—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirle qué? —susurró Sarah a sus amigas que como ella contemplaban la escena intrigadísimas.

—Shhss, calla y déjame escuchar. Estoy en el mismo momento de la

película que tú —le replicó Janice.

—No podía, joder. Ya tenías decidido que fuera mi secretaria.

—¡Eres gilipollas! —gritó Jack alterado—. Habérmelo dicho, lo hubiera entendido.

—¿Pero qué pasa? ¿Entender qué? —preguntó Sarah, Gene no podía articular palabra.

Los dos jefes de Gene se habían separado y estaban de pie frente a frente. Lewis agachó la mirada mientras con el dorso de la mano se limpiaba la sangre que le brotaba de la nariz y, sin decir nada, se dio la vuelta y comenzó a andar hacia la calle.

—Lewis. —Jack corrió tras él y le puso la mano en el hombro, un gesto que su amigo despreció con una fuerte sacudida—. Tío, debiste decírmelo —añadió, luego siguió hablándole en un tono más bajo.

Gene atónita miró a las chicas y gruñó:

—No oigo nada.

—Ni yo —dijo Janice con pena—. Ahora que se estaba poniendo interesante.

Las tres vieron a los dos amigos alejarse conversando ya más tranquilos tras la tormenta.

—Verla de nuevo fue como un golpe en el centro de pecho, me dejó sin aire —le confesó Lewis a Jack—. Desde entonces estoy como ido. No pienso, solo actúo por impulsos.

—Ya decía yo que te veía raro —comentó Jack comprensivo, aunque eso no borraba lo de Miranda—. Estás enamorado de ella. Otra vez.

—No lo sé, pero no me la quito de la cabeza, y verla contigo ahora, no sé, Jack, lo siento, sé que soy la última persona que podría echarte nada en cara, pero me he cabreado muchísimo. Pensaba que me la querías jugar.

—Pero ¿cómo? No tenía ni la menor idea de que fuera esa Gene. Estábamos juntos porque estamos tratando de pillar a Miranda con los de AD Lawyers. Me contó que ella se veía asiduamente con Mike Walts y que posiblemente era el topo, la que nos traicionó con el caso Collins —le explicó Jack, pero tras decir aquello no observó que la revelación hubiera impactado a su amigo y socio—. ¿Tú ya lo sabías? —Lewis avergonzado bajó la cabeza—. Tío, tú ya lo sabías y no hiciste nada. Eres un traidor.

—Espera, Jack, no lo sabía antes, también me lo dijo Gene, solo que no le quise dar crédito. Ya te he dicho que esa mujer me nubla las neuronas, no soy

capaz de pensar con claridad desde que ha vuelto a mi vida.

Jack asintió confundido, descubrir que la hija de Albert Johnson era la misma chica con la que Lewis había estado saliendo durante el verano de su primer año de universidad, lo había descolocado por completo. Aquel segundo curso su nombre se escuchaba cada dos por tres en el dormitorio de la residencia que ambos compartían. Lewis había estado muy enamorado de Gene y ella le había roto el corazón, poniéndole los cuernos con otro, algo que su amigo no había podido perdonar. Por lo visto, ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse, si es que algo así podía tener explicación, y él la había dejado sin más.

—Vete a casa, Lewis —le pidió—. O al médico. Esa nariz no tiene buena pinta.

Lewis bajó los ojos y los desvió contrito hacia las tres amigas que, paradas junto a la puerta del edificio, los observaban con el corazón en un puño. Después volvió a centrar la mirada en los ojos de su amigo, le debía una disculpa.

—Siento lo de Miranda. He sido muy cabrón. Yo sí sabía que a ti te gustaba y aun así me acosté con ella.

—Eres un cabrón. De eso no hay duda —afirmó Jack serio.

—Puede que no quieras perdonarme, y lo entenderé. Yo no soy de los que perdonan.

—Tienes suerte, Lewis —dijo Jack—. Yo sí. Sé que algún día te perdonaré.

—Espero que sea pronto.

—Anda, vete y cúrate esa nariz.

—¿Te quedas?

Jack asintió y dijo:

—Hablaré con Gene.

—¿Qué vas a decirle?

—Si no te importa, la verdad.

Lewis asintió conforme, tal vez era lo mejor, y se marchó en dirección al coche de repuesto. Jack volvió al lado de las chicas.

—¿Estás bien? ¿De qué narices hablaba Lewis? —le preguntó Gene preocupada.

—Lo siento, ha sido un espectáculo lamentable.

—Puedes explicarme —volvió a insistir Gene.

—Me gustaría que fuera en privado. —Jack miró a las dos chicas

expresivamente.

—Son mis amigas, cualquier cosa que tengas que decir sobre mí puedes decirlo delante de ellas —repuso ella con verdadera intriga.

—Está bien —bufó—. No te portaste muy bien con él el verano que pasasteis en la isla de Skye. Está dolido contigo y lo entiendo.

—¿Qué le pude hacer yo? Yo le quería, fue mi primer y único amor. He estado con otros hombres, pero no los he querido como a él.

—Le pusiste los cuernos, Gene. Eso dista mucho del amor —dijo Jack.

—¿Los cuernos? Pero ¿qué dices?!

—Te vio, Gene. He escuchado esa historia demasiadas veces. Vio cómo te besabas con un tal Mathew Anderson en el muelle.

—Recuerdo perfectamente lo del embarcadero, pero yo no besé a ese chico, fue él quien me besó a mí. Si se hubiera quedado el tiempo suficiente hubiera visto que lo rechacé.

—No lo sé, Gene. Solo sé que le dolió en el alma.

—Debes creerme, no soy esa clase de mujer, no le haría a nadie algo que no me gustaría que me hicieran a mí. Yo no besé a ese chico y siento mucho que viera aquello, entiendo que pueda confundirse, pero debió hablar conmigo en vez de dejarme sin ninguna explicación. Las cosas hubieran sido más fáciles.

—Supongo que sí, pero aún estáis a tiempo de arreglar las cosas. Lewis todavía te quiere, me ha confesado que volverte a ver ha aflorado sus sentimientos y sus rencores.

—Yo diría más bien sus rencores, se ha comportado conmigo de muy mala manera.

—Él es así, cuando una mujer le nubla la razón pierde la cordura. Y sé que te quiere más de lo que te odia.

—La verdad es que yo también siento algo por él, pero me ha puesto las cosas muy difíciles.

—Perdonad que os interrumpa —dijo Janice observando lo atractivo que era Jack—, pero opino que ese tío es un capullo.

—Lo es, pero es un capullo enamorado —le replicó él, esbozando una sonrisa, pensando a su vez que la amiga de Gene era muy guapa.

## 20

Gene decidió ir a visitar a sus padres, aunque Janice y Sarah intentaron convencerla de que harían algo entretenido ese fin de semana para ayudarla a olvidar aquel incidente. Pero Gene necesitaba la tranquilidad de su hogar y los mimos de su madre, que supo reconocer enseguida que a su hija le pasaba algo con solo mirarle la cara. Aunque Gene no estuvo dispuesta a contarle la verdad de lo sucedido, y solo le indicó que estaba estresada en el trabajo y necesitaba un respiro y salir de la ciudad.

Su decisión había sido acertada, pues volvió con las ideas más claras y la esperanza de poder tener una conversación con Lewis que apaciguara un poco la imagen que se había creado de ella.

Cuando llegó a casa ese domingo por la tarde, las chicas la estaban esperando con una gran pizza cuatro quesos, su favorita, y una botella de vino rosado. No quisieron sacar el tema, sabían que Gene habría colmado la mente de esos pensamientos y había que distraerla con otra cosa, así que Sarah les contó algunos detalles de su misteriosa relación con Luke, un hombre que le quitaba el sentido a golpe de caderas, hasta que el cansancio pudo con ellas.

El lunes llegó inevitablemente, y Gene se levantó con el estómago revuelto. El vino y la pizza que tan bien le sentaron por la noche, habían hecho un amasijo junto a los nervios y tenía el cuerpo para el arrastre. Sin embargo, se arregló especialmente bien con unos pantalones pitillos grises y una blusa blanca sin mangas, algo informal pero con estilo. No quería mostrarse débil o abatida frente a Lewis, eso le restaría credibilidad y ella quería ir con la verdad por delante. Debía cerrar ese capítulo de su vida, por ella y por Lewis. No quería ser la causante de aquella inestabilidad mental que atormentaba a Lewis y le hacía a ella la vida menos agradable.

—Buenos días, Gene, bonita blusa —le dijo Liza nada más verla. Aquella mujer y Gene habían hecho buenas migas.

—Gracias, Liza, ¿qué tal tu fin de semana?

—Cansado, tengo algunas cosas en la cabeza y he estado haciendo

números e intentado aclarar mis ideas.

—¿Problemas financieros? —preguntó Gene.

—No, son otras cosas que ya te contaré a su debido tiempo —respondió posando la mano en la de Gene.

—Claro, lo entiendo, Liza.

—Pasa un buen día, pronto será tu gran estreno.

—No me lo recuerdes que me pongo más nerviosa.

—Todo saldrá genial, confiamos en ti.

Liza y Carol eran las personas más encantadoras del bufete, habían acogido a Gene muy bien desde el primer momento, a diferencia de Carter con el que había tenido poco trato y ni siquiera le dirigía la palabra. Seguramente era conocedor de la historia entre Lewis y ella en el pasado y, fiel a su jefe, había interpuesto una barrera entre ambos. Con Miranda estaba la cosa también algo tensa y se limitaban a saludarse levantando las barbillas cuando se cruzaban por las oficinas.

Entró en el pequeño despacho que le habían habilitado para sus funciones la semana anterior, dejando libre la sala de juntas a disposición de los abogados. Repasó la agenda para arreglar los últimos detalles antes de la gran presentación en la Summer Fest. Tan solo quedaba una semana y no había pensado en un eslogan para la valla publicitaria.

El señor O'Toole no había reparado en gastos, quería que se hiciera todo lo preciso y necesario ese día, y Gene tenía que ofrecerle el mejor servicio sin error alguno.

—¿Te interrumpo? —dijo alguien llamando con los nudillos a la puerta aunque estuviera abierta.

—¡Jack! No sabía que habías vuelto, tienes mejor aspecto —dijo levantándose con una gran sonrisa de recibimiento.

—Sí, supongo que no podía alargarlo más. Ya no tiene mucho sentido. Y, además, tenemos que disimular, ella no debe saber en ningún momento que la estamos investigando. Es duro, pero hay que hacer de tripas corazón si queremos pillarla.

—No, es lo mejor.

—¿Has podido hablar con Lewis? —preguntó él cambiando de tema.

—Todavía no, no lo he visto en toda la mañana.

—Quizá a la hora de comer sea un buen momento, deberías llamarlo a su despacho, su extensión es la 12.

—Gracias por recordármelo, creo que me la sé —rio Gene—. Te

agradezco la sugerencia, pero no estoy muy segura.

—Debes hacerlo, por vosotros y por el bien del bufete.

—Tomaré nota de ello, me alegra mucho de verdad verte por aquí.

—¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Por supuesto, tengo muchas ganas de pillarla.

—Luego nos vemos, y piensa en lo que te he dicho.

—Descuida.

Por mucho que trató de no pensar en lo que le había dicho Jack sobre quedar con Lewis fuera del bufete para hablar, no podía quitárselo de la cabeza, era como un clavo, molesto y doloroso. Hacia las diez miró el teléfono, mordiéndose la uña del pulgar, pensando en cómo podría iniciar la conversación, tal vez un «hola» distendido y natural fuera lo más adecuado. Tenía puesta la mano sobre el auricular, a punto de levantarlo, cuando el teléfono empezó a sonar. En el panel pudo ver que era una llamada desde la extensión 12, y se puso nerviosa. Era Lewis. Soltó un largo suspiro tratando de calmarse, pero no lo consiguió, luego descolgó y dijo:

—¿Sí?

—Buenos días, Gene. Soy Lewis. —Por su voz ella percibió que él estaba tan nervioso o más que ella.

—Buenos días, Lewis. ¿Querías algo?

—Comer contigo, si te apetece, claro. No es ninguna orden.

Gene no pudo evitar esbozar una sonrisa y dijo:

—Claro. ¿Es por algún asunto de trabajo? —preguntó para atormentarlo un poco, ya que suponía que aquella cita no tenía nada que ver con el trabajo.

—Eh... —Lewis al otro lado de la línea tragó saliva incómodo, Gene se lo estaba poniendo difícil aun sabiendo los sentimientos que él albergaba hacia ella, pero quizá se lo merecía. Se había comportado como un energúmeno—. No, no es por trabajo —recalcó—. ¿Te parece que nos veamos luego en Earthy a la una? —le propuso, no quería demorar la conversación ni un solo día más.

—Perfecto —dijo Gene, preguntándose por qué no podían ir los dos andando desde el bufete, pero tal vez Lewis no quería que los vieran salir juntos.

—De acuerdo.

Tras retocarse el maquillaje en el aseo y adecentarse el pelo, salió al

vestíbulo, donde Carol estaba comiéndose un sándwich, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Ha salido ya el señor Maddox?

La recepcionista asintió con la cabeza y, tapándose la boca, farfulló:

—Hace más de dos horas. Tenía que ir a una cita con un cliente. ¿Quieres que le deje una nota para cuando vuelva?

—No, gracias, Carol. Ya hablaré con él. No era nada importante.

—Muy bien. ¿Te vas? —dijo señalándole con el dedo el bolso colgando del hombro, antes de darle otro bocado a su sándwich.

—Sí. He quedado con unos clientes.

Carol sonrió y terminó de masticar el bocado.

—Ahora eres muy importante, Gene.

—Qué va —le repuso ella riendo—. Algún día podríamos salir juntas a comer.

—¿Sí? —dijo feliz—. Eso me encantaría. Muchas gracias.

—No hay de qué. Somos amigas.

—Claro, amigas.

—Bueno, me voy, que llego tarde a mi cita.

—Mucha suerte con esa cita. —Carol le guiñó el ojo.

—Gracias, la necesito —respondió ya encaminándose al ascensor.

Recorrió a buen paso las pocas manzanas que había hasta Earthy, pero aun así llegó cinco minutos tarde. Enseguida vio a Lewis, sentado en una mesa del rincón, vestido con una americana azul oscuro y corbata, aunque con el nudo flojo, algo que le restaba un poco de seriedad. Encima de la mesa había una copa de vino tinto. Estaba hablando por el móvil mirando hacia la mesa con gesto serio, pero cuando levantó la mirada y vio a Gene se le iluminó la cara. Con un ademán, la invitó a acercarse, mientras se levantaba para saludarla, dejando el móvil sobre la mesa.

—Hola, Gene. —La miró desde su posición, considerando si debía besarla en la mejilla o darle la mano. Finalmente optó por esto último.

Gene miró su mano extendida y la aceptó, pensando que, a juzgar por aquel gesto tan formal, aquello parecía más bien una cita de trabajo.

—Hola, Lewis. ¿Cómo estás?

—Bien. Siéntate —le pidió señalando la silla de enfrente con la mano.

—¿Mucho trabajo? —dijo ella para romper el hielo.

—No tanto como me gustaría. Limpiar la imagen del bufete tras lo de Collins está siendo demasiado duro, pero —chasqueó la lengua— lo

conseguiremos. Y más ahora —añadió incómodo y algo avergonzado— que vamos a destapar a Miranda. Siento no haberte creído —se enfrentó con los ojos de Gene, que eran los ojos más bonitos que había tenido el placer de contemplar en la vida—. Soy un idiota, Gene. El más idiota del mundo. No quise escucharte cuando viniste a prevenirme sobre ella, porque estaba dolido y enfadado contigo por... —hizo un vaivén de manos sobre la mesa—... por lo que pasó hace mil años. Éramos unos críos y cuando uno es así de joven hace muchas tonterías. Yo me comporté como un autentico capullo y lo sigo haciendo a dí...

El camarero se acercó y le preguntó a Gene qué quería beber. Ella le pidió otra copa de tinto para acompañar a Lewis, que lo estaba mirando con el ceño fruncido por su inoportuna interrupción. Gene se lamió el labio inferior y centró de nuevo los ojos en Lewis que volvía a ser de nuevo ese chico amable y cariñoso que conoció en la isla de Skye y, animándolo a seguir, dijo:

—¿Decías, Lewis?

Él la miró y tomó aire, le estaba costando mucho sincerarse, pero era necesario si quería que ella lo perdonara y le diera una segunda oportunidad. Y Lewis quería que ella lo perdonara y le diera una segunda oportunidad. Lo había querido incluso antes de saber la verdad sobre Mathew Anderson. Jack se lo había contado el sábado cuando Lewis fue a su casa arrepentido y avergonzado por su mal proceder, tanto con él como con Gene.

—Y lo sigo haciendo —retomó la frase—. Lo sigo siendo, Gene. Todo el tiempo. Un gilipollas de manual. Ni siquiera entonces, aun pensando que tenía razón, debí portarme así contigo. Te dejé sin más. Te dije que no quería verte nunca más y que te olvidaras de mí, sin darte oportunidad a explicarte. —Lewis bajó la mirada, pesaroso. Había sido un completo idiota. Orgullosa. Prepotente. Lo sabía y no se sentía orgullosa de su proceder, pero como siempre le había sobre podido la cólera. Esa cólera instantánea que se instalaba en el centro de mandos de su cuerpo y que arrasaba con todo—. Te odié mucho, Gene, sin tú merecerlo. Durante mucho tiempo fuiste el centro de mis pensamientos más oscuros y me arrepiento. Porque incluso siendo verdad lo de Mathew, tampoco merecías la inquina que te prodigaba. Dije muchas cosas de ti horribles. Imperdonables, pero espero que tú puedas perdonarme. Si no hoy, algún día. Pronto —dijo esbozando una leve sonrisa—. ¿Podrás, Gene? ¿Podrás, Gene, perdonarme?

Ella lo estaba mirando alucinada y estupefacta, por sus palabras no solo parecía estar al corriente de lo que verdaderamente había sucedido en la isla

de Skye, sino que además Lewis parecía estar completamente enamorado de ella, aunque no lo había dicho con esas palabras en ningún momento. Sonrió, devolviéndole la sonrisa, y dijo:

—Creo que podría perdonarte, Lewis. De hecho —hizo una breve pausa para tomar aire—, creo que ya te he perdonado.

Él sonrió aliviado y alargó la mano para posarla sobre la de Gene, que descansaba al lado de la copa de vino. El camarero la había dejado sobre la mesa discretamente en el curso de la declaración de Lewis sin atreverse a interrumpirlo esta vez. Pero ella la retiró, rechazando el contacto, y la sonrisa de Lewis se desdibujó de golpe. Ambos tomaron las copas y les dieron un largo trago, ganando tiempo.

—¿Entonces? —preguntó él.

Gene se encogió de hombros y respondió:

—Nada más de momento. Te perdono, eso sí, pero necesito tiempo para pensarme lo otro. No sé si quiero darte otra oportunidad. Ahora soy yo la que no se fía de ti. Me cuesta reconocerte, Lewis. Has cambiado mucho desde la isla de Skye, y no sé si me gusta el hombre en el que te has convertido.

—Te entiendo. Tómame el tiempo que necesites —dijo él, sintiéndose muy incómodo. Aún no habían pedido la comida y ya se habían dicho todo lo que necesitaban hablar. ¿Y ahora qué? Miró a Gene que, delante de él, miraba su copa fijamente, sintiéndose tan incómoda como Lewis.

—¿Te importa si me voy ya? —preguntó ella, como si le hubiera leído el pensamiento. Estaba tan nerviosa que dudaba pudiese comer algo—. Acabo de recordar que tengo que estar a las dos y media en el despacho —se explicó con una mueca de disculpa, pero Lewis supo que solo era una excusa para irse.

—No. Claro que no.

—Lo siento —dijo Gene, levantándose de la silla y colgándose el bolso del hombro—. ¿Nos vemos luego?

—No sé si volveré esta tarde —mintió él.

—Está bien —dijo ella y se despidió con un gesto de la mano.

Lewis la siguió con la vista hasta que vio su figura desaparecer por la puerta del restaurante, luego le hizo una señal al camarero y pidió la cuenta.

## 21

Aquella tarde Lewis no regresó al despacho, desde que Jack le había contado su plan para descubrir a Miranda le había estado dando vueltas al asunto. La pelirroja se las iba a pagar, por su culpa Lefkowitz y Maddox Asociados se las estaba viendo muy mal para mantenerse a flote, y él se sentía particularmente culpable también, pues presumía que Miranda le había robado las pruebas en un descuido. Así que, decidió llamarla y quedar con ella en su casa con la excusa de echar un polvo de reconciliación, aunque no sabía cómo después iba a escaquearse. Acostarse con ella ahora era lo que menos le apetecía, no tanto por su traición, sino por Gene. Iba a recuperarla y para ello su conducta sería intachable, tanto de puertas adentro como hacia fuera.

No podía dejar que Jack y Gene cargaran con la tarea de pillarla *in fraganti*, debía resolver sus propios asuntos. Había trazado un plan más arriesgado, pero también más eficaz en caso de tener éxito, aprovechando un pleito que se traían entre manos y en el que DA Lawyers participaba en la parte contraria. Iría a casa de Miranda y dejaría olvidada una carpeta con unas pruebas falsas sobre ese caso. Estaba seguro de que si Miranda era el topo de la empresa, no dudaría en usarlas en su contra. Si su plan funcionaba, Miranda provocaría la pérdida de la vista para AD Lawyers, que al presentar pruebas falsas y sin sentido no tendrían más remedio que desvelar su fuente de información en público, desacreditando a Miranda y al bufete para el que trabajaba en secreto.

Tras pensarlo unos minutos, preparó la carpeta y llamó a Miranda, que no vaciló en quedar con él y se mostró encantada con la idea.

Gene ultimó unos detalles para el señor O'Toole, antes de marcharse y encontrarse con Jack para seguir con la investigación. Apagó el ordenador y las luces de su despacho y fue al hall del edificio en su búsqueda.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó sonriendo a su compañera y amiga. Ambos habían congeniado muy bien y habían sido cómplices de muchas cosas aparte de lo laboral.

—Liado, pero contenta. ¿Nos vamos? —contestó Gene echando a andar.

—Espera, creo que de momento vamos a dejarlo.

—¿Bromeas? No podemos dejarlo, Jack. Tenemos que dismantelar el complot de esa mujer.

—Lo sé y lo haremos, pero Lewis me ha pedido que lo dejemos, que él se encargaría.

—¿Y lo has creído? Lewis quiere a toda costa que nos distancie, lo hace por celos —dijo Gene decepcionada, sabía que no podía confiar en él.

—Creo que dice la verdad, me ha dicho que había pensado en algo y que le dejáramos probar.

—Está bien, pero sigo sin fiarme.

—Démosle el beneficio de la duda y vayamos a tomar algo. Igual podrías llamar a tu amiga Janice para que nos acompañe, me pareció una chica encantadora.

—¿Te gusta? —preguntó Gene ladeando la cabeza, fascinada con la idea, pues Janice le había comentado que Jack era un hombre muy atractivo con el que no le importaría quedar algún día.

—Digamos que me parece atractiva y no me importaría conocerla.

—Haber empezado por ahí. Vayamos a un pub cerca de mi casa, seguro que estará encantada de acompañarnos y prometo que os dejaré solos.

—No hace falta, puedes quedarte.

—Sé que puedo, pero no quiero, os conoceréis mejor sin mí aguantando la vela.

Lewis llegó puntual a casa de Miranda. Esta le estaba esperando con un camisón demasiado sugerente y le tendió una copa de vino para darle la bienvenida.

—¿A qué debo este honor? Creí que me dijiste que lo nuestro había terminado.

—Supongo que hay vicios difíciles de dejar —le repuso él forzando una sonrisa.

—¿Crees que soy un vicio? —contestó ella con picardía.

—Un vicio y un placer, Miranda. Eres muchas cosas.

—Sentémonos y deja esa carpeta por ahí, no querrás manchar esos papeles tan importantes.

—Solo es una copia de las pruebas del caso Grant, pensaba repasarlas en casa esta noche.

—Igualmente ponte cómodo —dijo ella arrebatándole la carpeta y dejándola sobre el mueble de la entrada.

Lewis tuvo que capear muchas insinuaciones y tocamientos subidos de tono, aquella situación lo incomodaba y, cuando Miranda atacó su cuello para besarlo, se apartó bruscamente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dijo ella molesta con su gesto.

—Lo siento, no es por ti, supongo que soy yo. No debería haber venido.

—Y entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Quería verte una última vez.

—Eso, Lewis, es una gilipollez. Puedes verme en la oficina todos los días si es lo único que quieres.

—Supongo, lo siento, Miranda.

—No lo sientas, vete —dijo ella con desprecio.

Lewis recogió su chaqueta y se cercioró con la mirada de que la carpeta seguía a la vista de Miranda antes de marcharse.

—Nos veremos pronto —se despidió antes de cerrar la puerta. El cebo estaba listo.

Gene dejó en intimidad a Jack y Janice en el pub y se marchó sola a casa. Janice había tardado poco en acceder a tomar algo con ellos en cuanto Gene la llamó. Esos dos habían tenido un flechazo y merecían una oportunidad para ver si lo suyo podría funcionar. Sarah, por su parte, había salido con el misterioso Luke, y en la soledad de su casa pensó en Lewis. ¿Qué estaría haciendo? Aquello que le había contado Jack sobre su plan para pillar a Miranda le escamaba y decidió llamarlo dejándose el orgullo a un lado.

—Gene, qué alegría que me hayas llamado —dijo nada más descolgar, emocionado con aquello.

—He estado pensando en ti.

—¿En serio? Me encanta oírte decir eso.

—No de ese modo, siento decepcionarte.

—Bueno, que me llames ya es un paso. ¿Qué sucede? —preguntó intentando guardar las formas y no parecer realmente afectado por aquello que le acababa de decir.

—Jack me ha contado lo de tu plan para Miranda.

—Sí, supongo que se lo debo a la empresa. Ella debió robarme las pruebas del caso Collins en un descuido, mientras...

—No hace falta que lo menciones —le repuso molesta ante la idea de

imaginar a Lewis con otra mujer.

—Le he tendido una trampa. ¿Recuerdas las pruebas del caso Grant que preparamos juntos hace poco?

—Sí, perfectamente. ¿La parte contraria no es competencia de DA Lawyers?

—En efecto. He falseado las pruebas y he dejado una carpeta en su casa. Ella cree que solo es una copia, no creo que se moleste siquiera en devolvérmelas. Irán derechas a donde quiero que vayan.

—Muy astuto por tu parte.

—Espero que funcione, se lo debo a Jack.

—Me alegra que me lo hayas contado.

—Necesito que confíes en mí, Gene. Necesito recuperarte.

—Voy a necesitar algo más que palabras, voy a necesitar pruebas de ello.

—Y las tendrás, te lo prometo.

—He de dejarte. Nos vemos mañana.

—Está bien, que descanses princesa.

## 22

Durante el resto de semana, intercambiaron llamadas y mensajes, y Lewis se había comportado como un verdadero caballero todo el tiempo con Gene. Cada mañana, al llegar a su despacho, una rosa y una nota aguardaban sobre el teclado del ordenador y, cuando menos lo esperaba, Lewis aparecía con una taza de café en las manos. Eran gestos pequeños, pero estaban consiguiendo despertar de nuevo en ella sentimientos que no creía que volverían a aflorar.

El fin de semana, Lewis le propuso salir a algún lado y ella accedió a ir al cine. El domingo apareció vestido de manera informal, casi tanto como lo recordaba en la isla de Skye, y fueron a ver una película y compartieron unas palomitas. Cada vez que sus manos se rozaban intentando coger un puñado, a Gene le recorría una electricidad por el cuerpo que la hacía sentirse viva, como si el amor le diera una segunda oportunidad devolviéndole a Lewis en estado puro, aquel Lewis que casi no reconocía días atrás. Cuando la película terminó, Lewis la acompañó a casa y le pidió permiso para besarla y Gene accedió a ello. Fue un beso tierno, de esos que duran poco, pero evocan muchas cosas, llenando su corazón y calmando su alma. Sabía que lo quería, que deseaba con todas sus fuerzas declararle que no podía vivir sin él, que quería compartir su vida con él, despertar cada mañana a su lado y no dejarlo marchar jamás. Había sido el amor de su vida y seguía siéndolo a pesar de todo. Pero contuvo las ganas, debía ser cautelosa y no precipitarse, aquello estaba siendo demasiado bonito y las prisas eran malas consejeras.

—Lo he pasado muy bien esta tarde —dijo ella.

—Yo también, hacía tiempo que no iba al cine con una chica.

—Cuando creces perdemos la inocencia de ciertas cosas, de las citas de verdad. Supongo que has sido más de aquí te pillo, aquí te mato.

—Así es, y me apena, pero por otro lado me alegra que seas tú quien me devuelva esa capacidad de disfrutar de un bol de palomitas —dijo él sonriendo.

—Ha sido fantástico y deseo poder seguir construyendo esto.

—He de confesarte algo. —Aquello puso en alerta a Gene—. Estoy

aguantando mucho las ganas de poseerte, te deseo, Gene. No veo el día que me dejes hacerte el amor, tocar tu cuerpo, besar tu pecho, hundirme en ti y hacernos uno.

—Créeme que yo también tengo ganas de que llegue ese día, pero todavía no puedo. No sería real.

—Esperaré lo que haga falta, te lo prometo.

—Te lo agradezco. —Gene besó su mejilla—. He de subir a casa, mañana nos vemos en la oficina.

—No olvidaré tu rosa.

—Estoy deseando leer tu nota —dijo Gene esbozando una sonrisa—. Hasta mañana.

Aquella mañana de lunes, Gene se levantó con energías renovadas, su vida había cambiado gracias a su padre, al que le había recriminado en su momento que la metiera a traición en el bufete. Se hizo un café y decidió llamarlo, su padre era un hombre madrugador y seguro que ya estaría en su oficina organizándose la semana.

—Mi preciosa Gene, ¿cómo estás? Nos dejaste muy preocupados cuando te marchaste de casa tras pasar esos días desestresantes.

—Estoy bien, papá. Solo quería darte las gracias por todo.

—¿Por todo? Eres mi hija, no tienes que agradecerme nada.

—Sí, debo hacerlo. No te traté demasiado bien cuando me conseguiste el puesto de becaria en el bufete de Jack. Tu iniciativa me ha cambiado la vida, ahora trabajo para ellos como asesora de marketing y tengo clientes propios y un cargo en el bufete.

—Tú vales mucho, hija mía, sabía que te iría bien con los Lefkowitz.

—Gracias, papá.

—No se merecen.

Aquella conversación puso aún más en calma a Gene, debía cerrar cualquier capítulo de su vida para empezar a afrontar los nuevos retos con la conciencia tranquila.

Cuando llegó al despacho encontró sobre la mesa la rosa roja a la que Lewis ya la tenía acostumbrada sobre un gran paquete. Era una enorme caja envuelta con papel de regalo y no había ninguna nota a la vista. Dejó su bolso en la silla y cogió el paquete con cierto nerviosismo. No solía recibir regalos si no era su cumpleaños o Navidad y aquello le hacía especial ilusión. Cuando

descubrió lo que había en su interior se emocionó el doble. Eran unas botas Hunter negras y en la pernera de una de ellas había una nota.

«Sé que el miércoles tienes que ir a la granja O'Toole. No quisiera que estropearas otro par de zapatos ni que te caigas en una zanja. Disfrútalas, sé que te gustan. Te amo, Lewis.»

Eran unas botas preciosas, las mismas botas que la realeza británica usaba para sus paseos por la campiña inglesa y que ahora todo el mundo usaba no solo para el campo, también de forma sofisticada. Le encantaban esas botas y ya tenía unas rojas, pero le vendría bien tener otro par y no iba a despreciarle el gesto a Lewis.

—¿Te gustan? —preguntó él, irrumpiendo en su despacho, sobresaltando a Gene.

—Me encantan. ¿Cómo has sabido que me gustan estas botas?

Lewis sonrió con orgullo y respondió:

—Me lo dijiste en la isla de Skye.

—Y te has acordado —dijo ella mirándolo fijamente con una sonrisa.

—Nunca he olvidado nada de ti.

—Muchas gracias, me encantan de verdad.

—Disfrútalas mucho.

—Las disfrutaré contigo, pasearé orgullosa con mis Hunters de tu mano.

—Eso espero —dijo él con confianza.

—¿Quién te ha chivado mi número?

—Tu amiga Janice. Me costó, esa chica me odia —respondió riendo.

—Se le pasará, estoy en ello. —Rio ella también.

Ambos volvieron a sus tareas hasta la hora de comer, en la cual habían quedado para hacerlo juntos. La gente en la oficina ya se había hecho eco de que entre los dos había algo y ellos optaron por no seguir ocultándolo, no tenían nada de lo que avergonzarse. Pero a Lewis le dolía en cierta manera que ella siguiera guardando ciertas distancias, estaba demostrándole que realmente quería arreglar las cosas y que la quería. Pero la entendía y era paciente, sabía que acabaría conquistándola, que Gene terminaría por confiar en él y serían felices recuperando el tiempo perdido desde el desafortunado malentendido en la isla de Skye.

A la una menos cinco, Gene decidió ir a buscar a Lewis a su despacho. Era la primera vez que se atrevía a ello, pero el gesto que había tenido con ella regalándole las botas, que tanto quería, se merecía que ella empezara a dar muestras de afecto hacia él.

Pero antes de llegar alguien la cogió del codo arrastrándola a la otra parte del pasillo.

—¿Estás loca?! Menudo susto me has dado —le dijo a Miranda que la sostenía del brazo con un mal gesto en la cara.

—No estoy loca, estoy sorprendida de lo zorra que puedes ser.

—Retira eso ahora mismo —dijo Gene zafándose de su atrevimiento al cogerla del brazo.

—No voy a retirar nada, ya has conseguido todo lo que querías. Tienes a Lewis a tus pies como un perrito faldero y a Jack maravillado con tu trabajo, pero a mí no me la cueles. Sé que eres muy amiguita de Mark McGillis.

—Sí, somos amigos, pero no entiendo a qué te refieres.

—Me refiero a que eso no beneficia al bufete. A saber qué eres capaz de hacer para ganar notoriedad en el mundo laboral. AD Lawyers jodió la reputación de este bufete y tú te codeas con su hijo. A saber qué más cosas escondes.

Aquello dejó con la boca abierta a Gene que, con ganas de decirle que ella sabía que la única que tenía contactos pocos decorosos con el señor McGillis y todo su equipo era ella, tuvo que morderse la lengua para no tirar por tierra el plan de Lewis.

—¿Insinúas que yo pueda tener algo que ver con eso? —le preguntó Gene.

—Es posible, y lo que tengo claro es que voy a destruirte, Gene Johnson.

—Creo que vas a destruirte tú solita primero, Miranda —le replicó dignamente antes de marcharse y dar por terminado aquel atropello a su persona.

Tan solo quedaba un día para que se celebrara la vista del caso Grant y Lewis le había contado cuáles eran las pruebas falsas que iban a presentar los abogados de AD Lawyers, poniendo en preaviso al juez designado, y que los dejarían en muy mala posición durante el juicio. En esos casos los jueces pedían a los letrados que expusieran el nombre de la persona que había facilitado la información y el nombre de Miranda Prescott saldría a la luz, desenmascarándola y poniéndola en un serio problema con la justicia. Gene estaba tranquila y a la vez muy ansiosa por que a esa señorita le dieran su merecido.

## 23

El miércoles llegó y Gene debía ir a la granja O'Toole para seleccionar los quesos con mejor aspecto para la primera presentación del producto, así como esperar a que el fotógrafo fuera a hacer la sesión de fotos para los anuncios y etiquetas. Sacó las botas de la caja y se las colocó como si fueran de cristal, con suma delicadeza, disfrutando de cómo entraban en sus pies. Estaba especialmente feliz y Janice fue la primera en despertarse esa mañana y darse cuenta de la felicidad de su amiga.

—¿Y esas botas? —le preguntó, aún con el pelo revuelto, al verla entrar en la cocina.

—Me las ha regalado Lewis, y no disimules, que ya lo sabías. Me dijo que fuiste tú la que le informó de mi número de pie. ¿Te gustan?

—Sí, me gustan. Pero no entiendo todavía cómo has podido darle una oportunidad.

—Porque le quiero y porque me lo debo a mí misma.

—¿Qué es exactamente lo que te debes?

—Ser feliz y recuperar al que fue el amor de mi vida. ¿Podrás alegrarte por mi algún día?

—Me alegro por ti, pero no quiero que vuelvan a hacerte daño.

—Te lo agradezco, pero me gustaría que te empezaras a comportar, le duele que seas así con él.

—Lo intentaré —dijo con falsa mojigatería.

—Gracias.

Gene miró el reloj y se sobresaltó por lo tarde que era. El señor O'Toole la esperaba en treinta minutos y tardaría al menos una hora en llegar.

—Tengo que irme —se despidió dándole un beso en la mejilla.

—Suerte —dijo Janice con la boca llena de galletas.

A las dos, calada hasta los huesos por la llovizna de aquella mañana, Gene llegó al bufete con ganas de saber qué había pasado con el tema de Miranda. Aunque se había concentrado en las peticiones y excentricidades del

señor O'Toole, su mente se trasladaba a ratos a la vista del caso Grant.

Subió en el ascensor con el alma en vilo y cuando las puertas se abrieron se encontró a toda la plantilla brindando con champán y gritando de alegría.

—¡Gene! —exclamó feliz Carol nada más verla, sosteniendo una copa mientras se acercaba a ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, aunque intuía lo que había sucedido.

—El señor Lefkowitz y el señor Maddox han preguntado por ti, están deseando contártelo todo.

Gene saludó a Liza y al señor Paterson que, muy alegres y con sendas copas en la mano, le agradecieron de todo corazón que les hubiera contado lo que sabía de Miranda, ya que su intervención había sido clave en todo el asunto y le estaban agradecidos por la parte que les tocaba. También la informaron de que Jack y Lewis estaban en el despacho de Lewis.

—Supongo que gracias —dijo Carter cuando pasó por su lado.

—Gracias, Carter —respondió ella sonriéndole.

—No hay de qué —dijo él desconcertado, dibujando lo que parecía ser una sonrisa—. Supongo que podemos tomar café algún día.

—Por supuesto, lo estoy deseando —respondió Gene, complacida de ver que para ese chico ella había dejado de ser una rival y podían ser por una vez compañeros—. Entiendo que venir de buenas a primeras y robarte tu puesto de trabajo no fue un plato de buen gusto.

—No, no lo fue, pero yo sigo aquí, el bufete va a recuperar lo que es suyo gracias a ti y el señor Maddox se lleva a la heroína —dijo agachando la mirada.

—¿Te gusta Lewis? —preguntó Gene que acababa de adivinar la mosca que le había picado a Carter cuando la vio aparecer por la oficina.

—Nooo, ¿qué dices? —Soltó una carcajada como si aquello fuera del todo ridículo—. Nunca pondría mis miras en un hetero. Una lástima que tu Lewis no quiera venirse al lado oscuro, porque es divino. —Suspiró teatralmente con los ojos en blanco.

—Te entiendo, Carter. Lewis levanta muchas pasiones —bromeó ella.

—Y otras cosas, querida, y otras cosas —dijo Carter más relajado riendo.

En cuanto atravesó la puerta del despacho no vio otra cosa que no fuera a Lewis. Lucía tal sonrisa que no le cabía en la cara. Estaba muy feliz y ella se alegraba profundamente de haber ayudado a conseguirlo. Charlaba animado y más guapo que nunca con Jack, recordando los mejores momentos de la vista,

retransmitiéndola como si fuera un partido de fútbol con grandes carcajadas y gritos. Al verla parada en la puerta, de repente paró de reír y se puso serio. Gene sintió el corazón galopándole en el pecho y un nudo de nervios se instaló de pronto en la boca de su estómago. En cinco largos pasos Lewis recorrió la distancia que los separaba y la besó con pasión, levantándola en el aire por unos segundos. Después la dejó de nuevo en tierra y mientras seguían besándose notó el suelo temblando bajo sus pies. Cuando consiguieron dejar de besarse, descubrieron que Jack se había marchado del despacho y había cerrado la puerta, dejándolos solos.

—Creo que hemos incomodado a Jack —dijo Gene riendo.

—Qué va, no es la primera vez que me ve besarme con una chica. Hemos sido comp...

Gene puso el dedo índice sobre los labios de Lewis, instándolo a callarse. Estaba estropeando el momento.

—No me hables de otras chicas. No me interesa ni me importa.

—¿Celosa?

—¿Debería? —Levantó la ceja, combativa.

—No —respondió y volvió a besarla. Sumidos en aquel beso, Lewis la fue llevando hacia la mesa, de un manotazo apartó algunos papeles y enseres de escritorio, la levantó y la sentó encima, mientras profundizaba el beso—. Estoy loco por ti. Te quiero, Gene. Necesito poseerte.

—¿Ahora?

Lewis asintió con la respiración entrecortada por el deseo que lo dominaba, sus manos aventurándose por los muslos de Gene.

—¿Están todos fuera? —receló ella.

—Me da igual.

—¿Y qué pensarán?

—Que estamos celebrando la victoria de Lefkowitz y Maddox Asociados por todo lo alto.

Gene rio, no sería la primera vez que se acostaban en el bufete, pero la vez anterior no estaban en el centro de la picota y nadie se había enterado. Ahora sí, todos estaban pendientes de ellos y eso cambiaba un poco las cosas. Sin embargo, le apetecía tanto acostarse con Lewis que no pudo resistirse más a sus besos y caricias.

La excitación era tan apabullante que apenas pudo retener los gemidos escapando de su garganta en cuanto Lewis la embistió, tras bajarle las medias y las braguitas de un rudo tirón. Su boca, perdiéndose en su cuello, lamiendo

su piel y bajando hasta el escote, era tan deliciosa que dejó de importarle el resto del mundo. Solo quería que siguiera penetrándola con ese ritmo tan perfecto y cadente que la sumiría en el placer más absoluto. Se corrieron a la vez, con la mano de Lewis ahogando los fuertes gemidos de Gene que habían ido creciendo como una espiral, saturando de sexo el ambiente de aquel despacho.

Cuando terminaron, él la abrazó y continuó besándola en los labios con besos pequeños y los ojos teñidos de ternura. Ella supo que era suya por siempre, que nunca podría negarle nada, pero quería seguir prorrogando aquella relación. Sabía que no tenía ningún sentido ya, pero no estaba preparada para hacérselo saber.

—Ha sido fantástico.

Él se separó un poco y, recolocándole algunos mechones de cabello, sonrió complacido aunque le hubiera gustado escuchar otra cosa.

—¿Cuándo podré escucharte decir que me quieres? —le dijo pesaroso.

—Cuando esté segura del todo, no quiero decir cosas que verdaderamente no sienta —contestó ella a pesar de que sí lo amaba.

—Yo nunca he dejado de quererte.

—¿Incluso cuando me odiabas? —bromeó ella.

—Incluso entonces. —Volvió a besarla y se sintió el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra de tenerla entre sus brazos.

## 24

El despacho estaba vacío. Una nota pegada en la puerta del despacho de Lewis indicaba que todos habían salido a comer juntos a The Kitchen para continuar la celebración, y ellos decidieron unirse a la fiesta. Recorrieron juntos, tomados de la mano, las dos manzanas hasta el restaurante, y Lewis le fue contando cómo había sido la vista y la paliza que les habían dado a los de AD Lawyers.

—¿Y Miranda? —preguntó Gene acordándose de pronto de ella. No la había visto y suponía que había salido huyendo por patas del bufete nada más enterarse del resultado de la vista.

—Estaba presente.

—¿Qué?! —A Gene la mandíbula casi le tocó el suelo.

Él asintió riéndose y respondió:

—Una vez en el juzgado, la llamó Jack para pedirle unos documentos que habíamos olvidado y luego le pedimos que se quedara.

—¿Qué malos sois! —dijo ella soltando una carcajada.

—Queríamos verle la cara cuando todo saliera a la luz y tenías que haberla visto. Se puso de todos los colores.

—Me hubiera gustado verla. Se lo tenía merecido. No está bien jugar a dos bandas.

En el restaurante, las risas y conversaciones animadas de sus compañeros llegaban hasta la puerta. Lo estaban celebrando a su manera por todo lo alto y ellos también lo iban a hacer. Tomaron asiento uno al lado del otro, en los únicos sitios libres y que claramente habían reservado para ellos, y fingieron no darse cuenta de las miraditas significativas que les dirigían los demás. Gene estaba segura de que la habían oído gemir como una gata en celo y sintió que la sangre le subía a las mejillas, poniéndoselas coloradas. Lewis notó su rubor y le posó la mano en la rodilla, algo que no ayudó. El contacto era electrificante y sintió que empezaba a derretirse.

—Tranquila, a nadie le importa —le susurró cerca del oído.

—Ya, pero no es decoroso. ¿Qué pensarán de mí?

—¿O de mí? —dijo él falsamente contrariado.

—De ti ya piensan que eres un picha brava.

Lewis estalló en una carcajada y se quedó mirándola fijamente.

—¿Un picha brava?

—Sí, lo eres.

—¿Qué más puedo hacer para que dejes de pensar tan mal de mí?

—¿Quién dice que pensar que eres un picha brava sea algo malo?

Él fingió ofenderse y sonrió de lado.

—Voy a demostrarte cada día que soy mucho más que eso. Conseguiré que me quieras tanto como yo te quiero a ti, Gene Johnson.

El resto de la tarde la pasaron todos en un karaoke, pasando por alto el trabajo que tenían. Era un día de celebración y Gene lo tenía todo controlado con respecto al señor O'Toole. Cuando dieron por terminada la fiesta, Lewis la acompañó a casa.

—Vaya día más completo —dijo ella agarrándole ambas manos.

—Ha sido un día maravilloso en todos los sentidos.

—¿Por qué no subes a casa? —preguntó ella ladeando la cabeza.

—¿Puedo?

—No veo por qué no.

—¿No me atacará tu amiga Janice?

—No seas cretino —rio ella—. Es inofensiva y además Jack está intentado calmarle ese genio que tiene.

—¿Está saliendo con Jack? —preguntó Lewis sorprendido.

—Digamos que se están conociendo a fondo.

—Me alegro, Jack es un buen tío.

—Y Janice. En cuanto te conozca bien se le pasará.

—Eso espero —contestó él pasándose la mano por el pelo.

Subieron nerviosos al piso de Gene. Se podía palpar la tensión sexual entre los dos. En el ascensor dieron rienda suelta a sus instintos, besándose, tocándose y susurrándose cosas indecentes al oído. Lewis era pura pasión en la cama y eso a Gene le encantaba.

Torpemente ella abrió la puerta entre risas, pero la cara se le desencajó cuando vio a Sarah con Mark en el sofá.

—¡Mark! No te esperaba.

—Ya ves, he querido darte una sorpresa al igual que tú me la has dado

esta tarde.

—Os dejaré solos —dijo Sarah, retirándose a su habitación.

—No sé de qué me hablas.

—¿No te ha contado tu amiguito ya el triunfo de su bufete?

—No soy tu amiguito, modera el tono, tío —dijo Lewis cabreado.

—No deberías fiarte de esta mujer, me ha utilizado para sonsacarme información, seduciéndome sin tener en cuenta que a quien iba a destrozar es mi padre.

—Yo no te he utilizado, ni te he sacado información. Y mucho menos seducido —le replicó Gene molesta.

—Utilizaste lo que te conté de Miranda para ultrajar al bufete de mi padre. ¿Sabes en qué lugar me deja a mí eso?

—Tu padre no tiene por qué saber que me contaste aquello —dijo Gene mientras sujetaba el brazo a Lewis para que no hiciera una tontería.

—Miranda ya se ha encargado de insinuárselo.

—Lo siento mucho, pero no tuve elección.

—Sí la tenías, yo quería darte todo lo que este imbécil no ha sabido darte. Me has traicionado por él, y él me ha robado a la chica y también la dignidad.

—¿A quién llamas imbécil, niño? —Lewis se deshizo del brazo de Gene y se aproximó a Mark.

—No, Lewis. No lo hagas —le pidió Gene.

—Pégame, atrévete, te demandaré. —Mark dio un par de pasos hacia Lewis.

—No le pegues, Lewis. Es lo que quiere y no te conviene —volvió a intervenir Gene con el alma en vilo.

—Lárgate de aquí, Mark —le ordenó Lewis retrocediendo un paso.

—Me iré cuando me lo pida ella. —Mark miró desafiante a Gene.

—Mark, deberías irte —dijo Gene, deseando que aquel desagradable encuentro llegara a su fin.

—Me iré, pero quiero que sepas que soy mejor hombre que él —afirmó Mark apretando los puños.

—No dudo que seas un buen hombre, pero no eres para mí ni yo para ti. Siempre te lo dejé claro y te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí. Si te he hecho daño ha sido de manera involuntaria. Solo espero que algún día puedas perdonarme.

Mark no dijo nada más, salió del apartamento y cerró de un portazo, dejando en Gene la amarga sensación de haber destrozado el corazón de ese

chico y provocándole un llanto desconsolado.

—No llores, mi princesa. —Lewis la abrazó con fuerza.

—No puedo evitarlo. Es cierto que Mark se portó bien conmigo aunque no quiso escucharme cuando le dije que entre él y yo no había nada. He de confesar que lo utilicé para darte celos y eso no está bien, he jugado con sus sentimientos.

—A veces las personas nos equivocamos porque deseamos tanto una cosa que nos cegamos en conseguirla. Y, en este caso, me alegra que así fuera.

—Eso suena egoísta —se lamentó ella entre sollozos.

—Puede que lo sea, pero, cuando se trata de ti, soy el hombre más egoísta del mundo.

## 25

El sábado amaneció especialmente soleado. Los astros se habían puesto de parte de Gene, y la Summer Fest y en concreto la presentación del queso del señor O'Toole estarían enmarcados por un día de verano como Dios manda.

Toda la oficina había prometido asistir. Además de querer probar oficialmente aquel maravilloso queso, estaban dispuestos a dar un paseo en globo, todos menos Lewis.

—Tienes que subir, lo haremos todos —le dijo Gene la noche antes.

—Tengo pánico a las alturas, no es tan difícil de entender.

—Prometo no tirarte al vacío —bromeó ella.

—Muy graciosa, señorita Johnson, muy graciosa.

El parque The Meadows estaba repleto de gente disfrutando de las actividades estivales preparadas para el Summer Fest. Algunos niños correteaban tras una pelota, mientras otros hacían carreras de sacos. Al fondo, sobre un escenario, una banda local amenizaba la fiesta con música gaélica. El estand de queso del señor O'Toole gozaba de muy buena posición, junto al puesto de la empresa de globos aerostáticos, que agrupaba un gran número de personas, que se entretenía degustando el queso mientras esperaba su turno.

Lewis ayudó a Gene a repartir folletos y a ofrecer catas de queso hasta que llegaron los demás.

—No sabía que tenías dotes de camarero, Lewis —dijo el señor Paterson cogiendo un trozo de queso de la bandeja que este portaba.

—No todo en la vida es revisar papeles o sería muy aburrida.

—Desde luego que este queso está delicioso, es un gran producto.

—Lo es, Gene es muy lista y tendrá contento al señor O'Toole —le dijo orgulloso al señor Paterson, mirando con devoción a Gene.

El señor O'Toole estaba pletórico, con una sonrisa radiante, recibía pedidos de las tiendas locales como churros. Tenía la cara iluminada de felicidad y dejó un momento el puesto a cargo de su ayudante para darle las gracias a Gene.

—Te estoy muy agradecido, nunca se me hubiera ocurrido, soy un hombre poco dado a las ideas brillantes —dijo riéndose de sí mismo.

—Le recuerdo que ese queso lo produce usted mismo, así que yo sí creo que tiene un don especial para las ideas brillantes.

—En cualquier caso, esto no hubiera sido posible sin ti. Casi todas las tiendas locales quieren comercializar mi queso, voy a tener que contratar a más gente.

—Recuerde que se trata de un producto gourmet —le dijo ella.

—Es cierto, aun así necesitaré ayuda para los primeros pedidos.

—No se preocupe, estudiaremos esas cosas la próxima semana.

—Así será, ahora disfruta un poco, ya has hecho demasiado por aquí. Tienes a Lewis Maddox esperando por ti toda la mañana —le dijo el señor O'Toole antes de volver a su puesto con una sonrisa.

Gene dejó el resto de folletos y cogió su bolso. Miró a su alrededor y encontró a toda la oficina disfrutando de unas pintas en unas mesas de madera habilitadas para la ocasión.

—¿Qué me he perdido? —dijo sentándose al lado de Liza.

—Estábamos hablando del gran trabajo que has hecho desde que llegaste.

—Muchas gracias, pero me vais a hacer sonrojar.

—Tú ya te sonrojas sola cuando estás con Lewis —bromeó Jack, dedicándole una mirada conciliadora a su amigo mientras todos reían.

—Eso no ayuda, ahora estoy aún más colorada —le repuso Gene, pidiendo con un gesto al camarero que le pusiera una pinta.

—¿Estáis preparados para subir a los globos? —preguntó Carter.

—Lo estamos, es el plato fuerte del día. Siempre he querido subir en uno, debe ser alucinante ver toda la ciudad desde ahí arriba —comentó Liza.

—Charles, ¿crees que el globo aguantará tu peso? —dijo Jack al señor Paterson.

—Esta barriga es bien ligera, todo aire —respondió el señor Paterson entre risas haciendo círculos con la mano en su estómago.

—¿Dónde está Carol? —preguntó Gene.

—Vendrá más tarde, tenía que cuidar a uno de sus nietos en Dunfermline —comentó Carter apurando su pinta.

—Oh, vaya, espero que pueda venir luego —dijo Gene con pena.

—Es casi la hora, hemos reservado nuestros vuelos esta mañana —avisó Liza.

—Cierto, deberíamos acercarnos para que nos expliquen las medidas de

seguridad —dijo Jack levantándose junto a los demás—. ¿No venís? —les preguntó a Gene y Lewis que no hicieron mención de levantarse.

—Ahora vamos, id adelantándoos —respondió ella.

—Como queráis.

Gene sabía que Lewis estaba paralizado por el miedo, y escuchar aquello de las medidas de seguridad no había ayudado.

—¿Estás bien? —le preguntó Gene sentándose a su lado.

—Estoy genial, porque estoy aquí contigo, pero he de reconocerte que la idea de subirme a ese globo me aterra.

—No va a pasarnos nada, han estado subiendo y bajando personas toda la mañana y están todos sanos y salvos.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentir pánico a subirme a ese cacharro.

—No te preocupes, no tienes que subir.

—Pero quiero hacerlo, por ti.

—A mí no tienes que demostrarme nada.

—Quiero que veas de lo que soy capaz de hacer para que me ames.

—¿Crees que subirme a un globo hará que te ame?

—No el hecho en sí, pero sí podrás ver de lo que sería capaz por ti. Disipar cualquier duda que tengas y que me digas que me quieres. Necesito oírlo de tu boca o no estaré del todo en paz conmigo.

—Puedes estar en paz, te quiero, Lewis Maddox —le dijo ella mirándolo a los ojos.

—Quiero que me lo digas ahí arriba —le repuso él tirando de ella para ir hacia los globos.

—Estás loco, deja de correr o nos caeremos —dijo ella entre risas en medio de la carrera hacia el puesto.

—Pero nos caeremos juntos. Vamos a subir al cielo, Gene Johnson.

A Lewis le sudaban las manos, Gene podía percibir su nerviosismo esperando que les tocara el turno.

—¿Estás seguro? —quiso saber Gene antes de abrir la puerta metálica que separaba la cola del lugar de despegue.

—Sí, hagámoslo. —Lewis apretó con fuerza la mano de Gene y dio un paso al frente.

El encargado de los viajes en globo abrió la puertecilla de la barquilla y los invitó a pasar.

—¿Y las medidas de seguridad? —preguntó Lewis con los ojos desorbitados, provocando una risilla en Gene.

—No hay medidas de seguridad. Traten de no asomar mucho el cuerpo durante el vuelo. Pero no se preocupen, David controlará todo —le aseguró el chico a Lewis.

—Puedes agarrarte fuerte a mí, no dejaré que te pase nada —le dijo Gene.

—Soy ridículo, lo sé.

—No lo eres. Eres humano.

—Yo a veces creo que tú no eres de este mundo, Gene. Eres extraordinaria y no te merezco.

El globo empezó a ascender dando unas leves sacudidas que alertaron a Lewis, haciendo que se agarrara a Gene con fuerza en un abrazo en el centro de la barquilla.

—Ya estamos subiendo, no mires abajo si no quieres.

—No pienso hacerlo —dijo Lewis ocultando los ojos en el cabello de Gene.

—Es una lástima, se ve precioso Edimburgo desde aquí arriba —intervino David, que iba dando fogonazos para hacer subir el globo.

—No lo dudo, pero estoy agarrotado —comentó Lewis más tieso que una vara.

—Tranquilo, ya lo has hecho. Estamos volando en globo, lo que demuestra lo mucho que estás dispuesto a hacer por mí. Te amo, Lewis, te quiero más de lo que jamás hubiera podido querer a nadie.

—Y yo a ti, Gene. He hecho tantas estupideces en mi vida que necesito que estés a mi lado, contigo soy mejor persona y me siento muy afortunado.

Ambos se fundieron en un beso, abrazados entre las nubes, provocando la sonrisa de David mientras dirigía el globo.

—Quiero soltarme y ver Edimburgo.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro y quiero que grites conmigo que me quieres, y que nuestras palabras queden para siempre flotando en el aire. ¿Lo harás?

—Por supuesto que lo haré.

—Yo puedo hacer la cuenta atrás si queréis —dijo David.

—De acuerdo —respondieron los dos.

—Tres... dos... uno.

—¡TE QUIERO!

Y gritando ambos al cielo lo mucho que se querían, se declararon legalmente enamorados ante la ciudad bajo sus pies y el mundo entero.

**FIN**

Y ahora un poquito de:

**Inevitablemente enamorados**

**Patty Love**

# 1

—Qué guapa te has puesto. ¿Dónde vas? —le dijo Sarah Morgan a su amiga y compañera de piso, Janice Stone, cuando la vio entrar en el salón con aquel vestido negro tan elegante.

—He quedado con Jack. Quiere que cenemos con Gene y Lewis.

—Y por la cara que pones deduzco que no te apetece.

—Evidentemente no, no por Gene a la que, por cierto, casi no le vemos el pelo por casa. —Gene Johnson era su otra compañera de piso, además de amiga.

—Está enamorada, es normal.

—Lo sé, pero no me fio de Lewis.

—Debes quitarte esa manía de encima, Gene es feliz —le dijo Sarah.

—Y me alegro por ella, no me malinterpretes, pero es mi amiga y me asusta que vuelvan a hacerle daño.

—Ya llevan tres meses saliendo y no hay indicios de nada raro, no debes preocuparte. Yo no lo hago.

—Tú eres la más ingenua, no te ofendas.

—No me ofendo, yo siempre estoy del lado del amor.

—Pues en nombre del amor tienen algo que contarnos —afirmó con el ceño fruncido.

—¿Gene y Lewis?

—Sí, espero que no esté embarazada.

—No lo creo, igual quieren casarse.

—¡¿Tan pronto?! —exclamó Janice.

—Yo que sé, a veces se hacen locuras por amor, como aquello del globo. Gene dijo que a Lewis le temblaba todo el cuerpo.

—He de reconocer que aquello fue bonito. Lástima que nos lo perdiéramos.

—Eres malvada —dijo Sarah a sabiendas que Janice hubiera dado un ojo por ver el miedo instaurado en Lewis.

Janice seguía dudando de las intenciones de Lewis Maddox, era

demasiado protectora con su amiga Gene, y aunque esta le hubiera repetido por activa y por pasiva que Lewis era un buen hombre no acababa de creérselo. Sin embargo, de lo que sí estaba segura era de que Jack Lefkowitz era un firme candidato a formar parte de su corazón.

La relación había empezado hacía ya tres meses y se había afianzado de forma pausada y sin ningún altibajo. Jack era atento, siempre estaba pendiente de ella, nunca hubo un mal gesto por su parte y eso a Janice le agradaba. Ella era una mujer temperamental, de esas que no aguantan cualquier cosa y de las que sueltan las verdades y algunas barbaridades sin filtro alguno.

Compaginaba los estudios y un trabajo de camarera en una cafetería en el Old Town de Edimburgo con las prácticas en un hospital, y pronto se convertiría en médico residente. Ese carácter suyo bien le vendría para sobrellevar la dura profesión.

Janice parecía una mujer frívola, pero en el fondo había un corazoncito capaz de crear bellos sentimientos y empatizar con algunos pacientes. En las últimas semanas había conocido a Ben, un chico de su misma edad, que había acudido aquejado de unos dolores en la espalda y al que había mandado hacer unas pruebas, preocupada de que aquello fuera algo grave más allá de una lumbalgia. Ben hablaba con entusiasmo de sus planes en la vida y era por ese tipo de cosas que a Janice se le agriaba el carácter a veces, pero Jack sabía calmarla como nadie. Era el compañero perfecto para ella.

Jack llegó puntual y juntos llegaron a Purslane Restaurant. Él la estaba malcriando, era un hombre de gustos caros, podía permitírselo, pero Janice era de otra pasta, no le gustaban las ostentaciones y abogaba por gastar el dinero en causas más nobles como la caridad. Aun así, aguantaba con resignación aquellos buenos restaurantes y era la primera en terminarse la primera copa de champán, no estaba en sus planes hacerle un feo a su novio, no lo merecía.

—Dichosos los ojos —le reprochó Janice a Gene cuando se hubieron sentado a la mesa.

—Me tiene secuestrada en su casa —dijo Gene entre risas.

—Veo que la cosa va en serio —comentó Jack—. Me alegro por vosotros.

—Muy en serio, amigo mío. He pedido a Gene que se mude definitivamente a mi casa.

—Vaya, eso es rapidez —comentó Janice con una falsa sonrisa.

—Podrías fingir que te alegras —la reprendió su amiga.

—Lo siento —sonrió esta vez más sinceramente—, me alegro mucho por

vosotros.

—Lo vuestro tampoco es ninguna broma, Janice. Jack me tiene al corriente de todo —dijo Lewis apurando la copa de vino.

—Eso parece, pero no tengo previsto mover mi armario a su apartamento de momento —le replicó ella con una sonrisa.

—Algún día tendrá que ser, cariño —dijo Jack posando la mano sobre la rodilla de Janice.

—Algún día. —Sonrió Janice a Jack, cogiendo la carta del restaurante.

—Y ese día tendrás que llevar cuidado con la madre de Jack —dijo Lewis entre risas.

—¡Oye!, ¿qué tienes en contra de mi madre?! —le preguntó Jack, contrariado, a su amigo.

—¿No me negarás que es de armas tomar? —Lewis alzó las cejas divertido.

—No te lo niego, pero es una buena persona.

—No me asustas, Lewis —dijo Janice ladeando la cabeza—. A mí ninguna madre se me resiste, las ancianitas me adoran.

—Mi madre no es tan anciana, y seguro que le encantarás.

—Pero para eso falta mucho tiempo. Ahora quiero comer, me rugen las tripas —dijo ella estudiando la carta con detenimiento.

A Janice la idea de formalizar cualquier relación le suponía un verdadero agobio. Ella siempre presumía de ser la más moderna, la más independiente, pero en el fondo quería lo que todo el mundo quiere, tener el amor de su lado.

Desde que Jack había retomado su amistad con Lewis, amigo suyo desde la universidad y socio en Lefkowitz y Maddox Asociados, seguía muy de cerca la relación de Gene con Lewis. Su amiga ya no pasaba mucho tiempo en casa. Entre las clases del máster, el trabajo a tiempo parcial en el bufete de Jack y Lewis y ahora su relación más que establecida con Lewis, apenas tenía tiempo libre y el poco que tenía no lo pasaba con sus amigas. Sentía que la estaba perdiendo por culpa de su novio, al que, por otra parte, no le tenía demasiada estima. No había podido quitarse de la cabeza todas aquellas cosas que le había hecho a Gene y todavía estaba en proceso de asumir que ella le hubiera perdonado todo entregándose por completo. Janice era de naturaleza desconfiada y con Lewis no iba a hacer una excepción, no por el momento.

—Estos dos están muy enamorados, ¿no crees? —le dijo Jack a Janice mientras volvían a casa en el coche.

—Eso parece. Espero que tu amigo no la fastidie.

—No lo hará, hemos hablado mucho de eso. Me quise asegurar de que lo que sentía por Gene era verdadero.

—¿Y qué ha querido decir con lo de tu madre? —Janice le había estado dando vueltas a aquello.

—No le hagas caso, mi madre es una mujer de férreas convicciones, tradicional y algo estirada, pero es una buena mujer.

—No lo dudo, es una mujer judía y por lo tanto llevará su cultura muy arraigada.

—Mi madre no es judía, es escocesa de pura cepa, su apellido de soltera es McCan.

—Pensaba que eras judío cien por cien.

—Pues ya ves que no, aún hay muchas cosas que descubrir el uno del otro y espero poder conocerte como la palma de mi mano. A veces eres muy hermética.

—Si sabes que soy así de reservada es que ya me vas conociendo mejor.

—Así es, doctora Stone, y por eso me gustas tanto. Eres todo un misterio para mí.

*Continuará en octubre...*